

**ARTHUR SCHNITZLER**

*La*  
**SEÑORITA ELSA**

**HUIDA A  
LAS TINIEBLAS**



**EDITORIAL LOSADA, S. A.**  
**BUENOS AIRES**

VASCONCELLOS  
BIBLIOTECA DE MEMÓRIAS  
VASCONCELLOS

g 1

S

r



i



B



d



o

**LA SEÑORITA ELSA**  
**HUIDA A LAS TINIEBLAS**

LA PAJARITA DE PAPEL.

*Colección dirigida por*

GUILLERMO DE TORRE

ARTHUR SCHNITZLER

# LA SEÑORITA ELSA

HUIDA A LAS TINIEBLAS



EDITORIAL LOSADA, S. A.  
BUENOS AIRES

Titulos del original alemán:  
*FRÄULEIN ELSE*  
*FLUCHT IN DIE FINSTERNIS*  
Traducción directa de  
D. J. VOGELMANN

Ilustraciones de  
S. ONTAÑÓN

*PRINTED IN ARGENTINA*

Queda hecho el depósito que  
previene la ley núm. 11.723

Marcá y Características gráficas registradas

Copyright by Editorial Losada, S. A.

Buenos Aires, 1946.

## ARTHUR SCHNITZLER

*En la "Capua del espíritu", en la encrucijada cosmopolita, en aquella ciudad imperial y valsante donde lo alemán perdía felizmente su lastre específico, quedándose sólo con la espuma barroca, en la Viena que cabalga entre dos siglos, Arthur Schnitzler fué quizá el ingenio más representativo.*

*Oficialmente la "Jung Wien" encarnaba más bien en un espíritu tan múltiple como Hermann Babr, cuya elasticidad se demuestra por el hecho de que habiendo nacido en el decadentismo fin de siglo, fuera no obstante uno de los primeros defensores e intérpretes del expresionismo, tendencia sólo madurada —como es sabido— tras la primera guerra mundial. Pero en el café Grünstein los dioses eran otros. Eran Hugo von Hofmannsthal, Arthur Schnitzler, Peter Altenberg y Karl Krauss. Y el café constituía una de las tres plataformas, si no potencias, de la vida intelectual vienesa; las otras dos eran el Burgtheater y el periódico, entendiend-*

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

do por este último aquella especie admirable de periodismo literario expresada en el folletón.

La tercera parte de la primera plana de los dos diarios entonces más importantes, la Neue Freie Presse y el Wiener Tageblatt, sucediera lo que sucediera en el mundo, estaba cotidiana y sagradamente reservada al folletón. No era éste solamente el "rez-de-chaussée" crítico de los diarios franceses, no era tampoco la "terza pagina" de los periódicos italianos, era algo más amplio, puesto que tal espacio comprendía géneros tan diversos como el cuento o la novela corta, la crítica literaria, el estudio filosófico, la crónica de viajes, etc. Stefan Zweig, en su melancólico libro de recuerdos, en ese libro de presuicida titulado El mundo de ayer, ha descrito muy bien la importancia consagratoria de aquellos folletones, donde se daban cita no sólo las celebridades vienesas, sino los mayores prestigios europeos.

De los cuatro escritores austriacos antes mencionados que reinaban en el café Grünstein y en la primera plana de la Neue Freie Presse, sólo los dos primeros alcanzaron renombre general europeo: Hofmannsthal y Schnitzler. La identidad que en un momento dado, pese a diferencias posteriores, existió entre ambos tuvo manifestación concreta: ocultos bajo el mismo pseudónimo, "Lewis", llevaron una campaña contra el naturalismo alemán, predicando como reacción un lirismo difuso, sensitivo, musical. Hofmannsthal era el poeta, lo fué siempre; Schnitzler era entonces el dramaturgo,

*aunque luego abundase con más obras y excelencias en la novela.*

*Hasta los treinta años en que abandonó su carrera para entregarse únicamente a la literatura, Arthur Schnitzler, nacido en Viena el 6 de mayo de 1862, había sido solamente un médico de naciente prestigio. Descendía de una familia de médicos; su padre había alcanzado fama como laringólogo. El hijo siguió el mismo rumbo y después de graduarse trabajó algunos años en la clínica paterna. Viajó por Alemania e Inglaterra, ampliando sus estudios y dando conferencias. Llegó a ser conocido como brillante operador, especialista en laringología, y escribió un libro sobre "trastornos nerviosos de la voz".*

*Pero otra voz, la que percibía difusamente en su interior, y de modo más claro en la atmósfera literaria de sus frecuentaciones vienesas, tiró de su destino con mayor fuerza, y así fué como cierta noche del 90 hubo de asomarse al proscenio del Burgtheater, estrenando Das Märchen, aunque la subsiguiente obra, Anatol, publicada como libro en 1893, conociera mayor fortuna y posea una frescura que aún conserva: no es raro, en efecto, encontrarla actualmente en el cartel de los teatros experimentales. En Anatol amanece ya la técnica dramática original de Schnitzler, más acusada en Liebele (1895) y que se repite a lo largo de obras luego famosas, como Der grüne Kakadu (1899) hasta el Prof. Bernhardt (1912). En cuanto narrador, la lista de sus obras empieza con Sterben en 1895 y concluye con Therese (1928), una de las pocas veces en que*

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

*Schnitzler afrontó la novela larga. Su maestría narrativa se muestra más airoosamente en las "nouvelles", en los relatos que apenas rebasan el centenar de páginas y de los cuales son espléndida muestra los dos que componen el presente libro.*

*La Señorita Elsa es para muchos la obra maestra de Schnitzler. Por mi parte puedo agregar que me parece la más feliz adaptación del "monólogo interior" a la novela psicológica. ¿Y Ulises? se me replicará al punto. La epopeya de James Joyce es eso: es una suerte de epopeya neoprimitiva con la grandiosidad y el barroquismo de un recomenzar cósmico; es un intento de captar lo absoluto, la visión y la sensación multilateral del mundo con medios relativos, cuales son los de la palabra escrita. Y en el mosaico tan diverso de procedimientos estilísticos que Joyce utiliza y combina, el monólogo interior es sólo uno de ellos.*

*Aplicación más constante tiene dicha técnica en un libro sutilísimo, no tan recordado como fuera justo: Amants, hereux amants (1924), de Valéry Larbaud, aunque aquí lo poético prive sobre lo novelesco. De modo diferente, en Fräulein Else (1924) el procedimiento del monólogo interior se aplica en todo momento con su puro significado novelesco y aun dramático como la cifra más exacta de la introspección psicológica.*

*En efecto, si ante esta magistral realización recapitamos un momento, habremos de advertir que todos los demás procedimientos, técnicas o estilos con que*

suelen expresarse en sus innumerables variantes la novela psicológica resultan inconducentes, rudimentarios, tímidos, comparados con la riquísima gama de posibilidades imaginativas que brinda el monólogo interior. Cualquiera otro recurso utilizado para desnudar a las almas, para verlas por dentro, con sus crudezas, sus heroísmos o sus negruras, para pintar o interpretar su verdadero mecanismo interior, sea el del simple diálogo, la correspondencia, la narración en primera persona simulada, y aun por mucha perfección con que se practique, jamás logrará darnos la sensación de autenticidad, o de verdad poética, más verdadera que lo real, que nos da el monólogo interior. En rigor éste es el único procedimiento verosímil, la clave del estilo novelesco por excelencia. ¿Por qué habrá suscitado tantos reparos o abominaciones, presentándolo como algo arbitrario, como un engendro artificioso, como un capricho de bizantinismo literario, cuando en puridad es el sistema más directo y espontáneo, el más natural y flúido?

En algún otro lugar y ocasión, con mayor oportunidad y vagar, habré de detenerme algún día puntualizando las excelencias y bellezas del sistema; haciendo en definitiva su apología, pero sin rebuir el contracanto de sus riesgos. Por hoy sólo añadiré aquí que únicamente el monólogo interior puede darnos como ninguna otra técnica el verdadero reflejo del ser, su doble vertiente de luz y tinieblas, su mundo externo y su repliegue secreto. Hablo —precisaré a fin de evitar todo equívoco— no del monólogo dramático, tan utilizado en los apartes del teatro y que en realidad es siempre conven-

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

*cional —por muy ilustres que sean sus ejemplos desde Hamlet y Segismundo hasta el Strange Interlude de Eugene O'Neill— pues en este caso, el personaje no se dirige tanto a sí mismo como al espectador que aparenta ignorar; hablo del monólogo que no tiene expresión hablada congruente, que por ello con justicia llaman los ingleses y norteamericanos silent monologue, y cuya característica inconfundible y antiteatral es de consiguiente el ilogismo, la incoherencia. Ilogismo e incoherencia en cuyos últimos extremos está la "escritura automática" del surrealismo, ya situada deliberadamente en el extrarradio de la posibilidad novelesca; pero en cuyos planos más próximos cabe reflejar percepciones oscuras que mediante la secuencia racional del discurso serían inasibles. Ni largos diálogos, ni minuciosas autoscopias coherentes lograrán jamás reflejar con tanta verdad y transparencia las vicisitudes de conciencia, la interacción constante entre lo subjetivo y lo objetivo, en un momento de crisis y agonía, como el monólogo interior.*

*Este aserto se ejemplifica magistralmente en La señorita Elsa. La doncella se desquicia de modo paranoico, sale fuera de sí ante la amenaza de perder su virginidad, la simple ineditéz ocular de su cuerpo, mejor dicho. Menos valerosa o más compleja que Lady Godiva, en su orgullo pudoroso hay tanto la resistencia ante una profanación personal como a una vejación de clase. Como lo erótico puro se mezcla aquí con otros factores dramáticonovelescos no cabe hablar de freudismo a propósito de La señorita Elsa, según algunos glosadores han*

*hecho ligeramente. Lo freudiano en todo caso estará en el aura envolvente del libro como en cualquier conflicto erótico-moral que se haya planteado después de las primeras divulgaciones psicoanalíticas en Centroeuropa. Por lo demás ningún empaque teórico en Schnitzler; aquel caballero barbado que desde su lujosa "villa" en la Sterwatterstrasse contemplaba Viena un poco a lo lejos, también se mantenía distante de todo espíritu sistemático; respondía al tipo neto del artista, cuyas obras encuentran su grandeza en sí mismas, sin pretender probar nada.*

*Bajo una forma literaria menos sorprendente, más tradicional, la otra novela incluida en este tomo, *Flucht in die Finsternis* (Huída a las tinieblas) (1925) quizá encierre no obstante mayores intenciones demostrativas; al menos, desde luego, trasluce con más claridad la oriundez profesional de Schnitzler. Pero también aquí antes que la disolución mental de otro personaje, esta vez en la locura, antes que la narración matizada de sus diversas fases disgregadoras, aquello que nos interesa y admira esencialmente es la finura psicológica del autor, su arte de morosas gradaciones y toques atmosféricos al pintar la lucha entre dos hermanos, mutuamente recelosos; oposición que un técnico freudiano —ahora sí— personificaría como un desdoblamiento en dos caras del mismo personaje, el yo y el ello.*

*Harry Slochower, vienés yanquizado, en un libro reciente *No voice is wholly lost...* donde estudia, según reza el subtítulo, a "escritores y pensadores en la guerra*

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

*y en la paz" considera la obra de Schnitzler como una "crítica intencionada de la superestructura bobemia vienesa", de la "bobemia feudal" por otro nombre. Con o sin matices peyorativos el caso es que tal época se nos presenta ya infinitamente más lejos de lo que en realidad está y por lo tanto aureolada de un seguro encanto novelesco. Schnitzler habrá sido uno de sus más agudos intérpretes centroeuropeos, pero su obra supo vencer el cambio profundo de gustos operado entre las dos guerras y guardar vigencia actual. El autor desapareció antes, en 1931, sin duda a tiempo, felizmente, dado sus orígenes israelitas, a tiempo para no ver manchada su ciudad con la represión de Dollfuss, antes de la tragedia del Anschluss, antes de que las divisiones motorizadas hollaran el Prater.*

GUILLERMO DE TORRE

LA SEÑORITA ELSA





“¿REALMENTE no quieres seguir jugando, Elsa?” “No, Paul, no puedo seguir. Adiós. — Hasta luego, señora.”<sup>1</sup> “Pero Elsa, ¿por qué no me dice usted: señora Cissy? O, mejor aún,

<sup>1</sup> A fin de no alterar excesivamente la forma peculiar del original, se ha conservado en esta versión el uso de las comillas para el diálogo (que sólo aparece ocasionalmente, interpolado en el monólogo interior que constituye la obra); asimismo se ha respetado aquel guión que indica transiciones bruscas o suple acotaciones, y que, en rigor no equivale al punto suspensivo. (N. del T.)

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

¿simplemente Cissy?" "Hasta luego, señora Cissy."  
 "Pero ¿por qué se va usted ya, Elsa? Faltan todavía por los menos dos horas para el *dinner*." "Haga usted no más su single con Paul, señora Cissy; hoy, realmente, no es un placer jugar conmigo; ya lo ve." "Déjela usted, señora, es que ella tiene hoy su día de humor negro. — Por otra parte, Elsa, el mal humor te sienta a la maravilla. — Y el *sweater* rojo mejor todavía." "Esperemos que el color azul te brinde un humor más grato, Paul. *Adieu*."

Fué un mutis bastante bueno. No vayan a creer, esos dos, que estoy celosa. — Entre el primo Paul y Cissy Mohr pasa algo: podría jurarlo. Nada en el mundo me importa menos. — Y ahora volveré la mirada y los saludaré con la mano. Saludaré sonriendo. ¿Pareceré de mejor humor, así? — Dios mío, ya están jugando otra vez. En verdad, yo juego mejor que Cissy Mohr; y Paul no es tampoco ningún campeón que digamos. Pero buen físico tiene . . . con ese cuello abierto y esa cara de chico malo. Con que sólo fuera menos afectado. No tengas miedo, tía Emma. . .

¡Qué tarde magnífica! Tiempo ideal, el de hoy, para la excursión a la Cabaña Rosetta. ¡Cómo se yergue el Cimone hacia el cielo! — A las cinco de la madrugada habríamos partido. Claro que, al principio, me hubiera sentido mal, como de costumbre. Pero eso pasa. — Nada más delicioso que una marcha a la luz del alba. — El americano tuerto de la Rosetta tenía cara de boxeador. Le habrán sacado ese ojo en un match de box. Me gustaría bastante ir a Amé-

rica para casarme allí; pero no con un americano. O bien, me casó con un americano y vivimos en Europa. Un chalet en la Riviera. Una escalinata de mármol que desciende al mar. Y yo, tendida sobre el mármol, desnuda. . . ¿Cuánto hace que estuvimos en Menton? Siete u ocho años. Yo tenía trece o catorce. Oh, sí, entonces todavía estábamos en mejor situación. — Fué realmente una tontería postergar esa partida. Ahora ya estaríamos de regreso. — A las cuatro, cuando fuí al tennis, aún no había llegado el expreso de mamá anunciado por telegrama. Quién sabe si ahora . . . Bien podría haber jugado otro set. — ¿Por qué me saludan esos dos jóvenes? Ni los conozco. Se alojan desde ayer en el hotel; se sientan a comer junto a la ventana, allá a la izquierda, donde antes se sentaban los holandeses. ¿No agradecí su saludo malhumorada? ¿O hasta altiva? Pero si no lo soy. ¿Cómo decía Fred cuando volvíamos a casa viniendo del *Coriolano*? Magnánima . . . no, «altánime»<sup>1</sup>, «Altánime» es usted, y no altiva, Elsa — Linda palabra. Él siempre encuentra lindas palabras. ¿Por qué camino tan despacio? ¿No será que temo esa carta de mamá? Bueno, no traerá sin duda nada agradable. ¡Por expreso! No vaya a ser que tenga que emprender, ya, el viaje de regreso. Ay, ay. Qué vida — a pesar del sweater rojo de seda, y de las medias de seda. ¡Tres pares! La pobre parienta, invitada por la tía rica. Segura-

<sup>1</sup> Corresponde a un juego de palabras del original, con su respectivo neologismo, o más bien arcaísmo usado neológicamente (*hochgemutb*). (N. del T.)

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

mente está arrepentida ya. ¿Quieres que te lo dé por escrito, querida tía: que ni en sueños pienso yo en Paul? Ay, yo no pienso en nadie. No estoy enamorada. De nadie. Nunca en mi vida estuve enamorada. Tampoco lo estuve de Albert, aunque viví con esa ilusión unos ocho días. Creo que no soy capaz de enamorarme. Es verdaderamente extraño. Porque, sin duda, soy sensual. Pero el caso es que también soy, gracias a Dios, «altánime» y malhumorada. Puede que a los trece haya estado enamorada de veras; aquélla fué la única vez. De ese Van Dyck — o más bien del abate Des Grieux, y también de la Renard. Y luego, cuando tuve dieciséis, allá junto al lago Wörthersee. — Oh, no; aquello no fué nada. Y para qué pensar en todo eso: yo no me dedico a escribir mis memorias. Ni siquiera llevo un diario como Berta. Fred me resulta simpático, y nada más. Quién sabe, si fuera más elegante. . . Es que soy una snob a pesar de todo. Papá también lo cree y se ríe de mí. Oh, querido papá, cuántas preocupaciones me causas. ¿La habrá engañado alguna vez a mamá? Seguramente. Muchas veces. Mamá es bastante tonta. De mí no tiene ni la más vaga idea. Otras personas tampoco. ¿Fred? Bueno, apenas una vaga idea. — Noche divina. Qué aire festivo tiene el hotel. Eso se siente: allí a todo el mundo le va bien. Gente sin preocupaciones. Yo, por ejemplo. ¡Jajá! Lástima. He nacido, sin duda, para llevar una vida despreocupada. ¡Qué lindo sería! Lástima. — Un resplandor rojo envuelve al Cimone. Paul diría: el arrebol alpino. Falta mucho para que

## — — — — — LA SEÑORITA ELSA

esto sea el arrebol alpino. Pero es tan lindo que dan ganas de llorar. Oh ¡por qué será necesario volver a la ciudad!

"Buenas noches, señorita Elsa." "Muy buenas noches, señora." "¿Del tennis?" — Pero, ¡si lo ves! ¿Por qué pregunta? "Sí, señora. Jugamos durante casi tres horas. Y la señora, ¿paseando todavía?" "Sí, mi acostumbrado paseo vespertino. Tomo siempre por esa carretera que tan gratamente atraviesa los prados. Durante el día, ese camino está casi excesivamente asoleado." "Sí, estos prados son magníficos. Especialmente bajo el claro de luna, desde mi ventana."

"Buenas noches, señorita Elsa. — Muy buenas noches señora." "Buenas noches, señor von Dorsday." "¿Del tennis, señorita Elsa?" "¡Qué perspicacia, señor von Dorsday!" "No se burle, Elsa." — ¿por qué no dirá: señorita Elsa? — "Cuando la raqueta sienta tan bien, es, por así decirlo, lícito llevarla como adorno." — Burro. A semejantes palabras yo ni siquiera contesto. "Hemos jugado toda la tarde. Lástima que no fuimos más que tres. Paul, la señora Mohr, y yo." "En otro tiempo, fui un rabioso jugador de tennis." "¿Y ahora, ya no lo es?" "Ahora soy demasiado viejo para eso." "Oh, viejo... en Marienlyst había un sueco, de sesenta y cinco años, que jugaba todas las tardes de seis a ocho. Y un año antes, hasta había tomado parte en un campeonato." "Bien: yo, gracias a Dios, no tengo todavía sesenta y cinco, pero desgraciadamente tampoco soy sueco." ¿Y por qué: desgraciadamente? Eso sin duda le parece un chiste. Lo mejor será que

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

sonría cortésmente, y me marche. "Muy buenas noches, señora. Adiós, señor von Dorsday." Qué profunda su reverencia, qué ojos. Ojos de ternero. ¿No lo habré ofendido con ese sueco de sesenta y cinco años? Bueno, tampoco importaría. La señora Winawer ha de ser una mujer desdichada. Sin duda ya se acerca a los cincuenta. Esos sacos debajo de los ojos... como si hubiera llorado mucho. Oh, qué terrible es ser tan vieja. El señor von Dorsday se apiada de ella. Ahí va, caminando a su lado. Todavía tiene bastante buen aspecto, con su barbita entrecana. Pero no es simpático. Se está sosteniendo artificialmente. ¿De qué le sirve a usted su sastre de primera, señor von Dorsday? ¡Dorsday! Sin duda hubo un tiempo en que no se llamaba usted así... — Ahí viene la dulce niñita de Cissy, con su Fräulein. — "Hola Fritzi. *Bonsoir, Mademoiselle. Vous allez bien?*" "*Merci, Mademoiselle. Et vous?*" "¿Qué veo, Fritzi, tienes un bastón de alpinista? ¡No querrás ascender al Cimone!" "Oh, no, tan alto todavía no me dejan." "El año que viene ya te dejarán. Adios, Fritzi. *A bientôt, Mademoiselle.*" "*Bonsoir, Mademoiselle.*"

Linda muchacha, ¿Por qué será institutriz? Y para colmo en casa de Cissy. Suerte amarga. Dios mío, yo también podría caer en eso. No, de todas maneras, yo sabría elegirme algo mejor. ¿Algo mejor? — Noche deliciosa. El aire es como champagne, dijo anoche el doctor Waldberg. También anteanoche lo dijo alguien. — ¿Por qué se quedará la gente sentada en el hall, con ese tiempo tan magnífico? Es inconcebible.

¿O acaso cada uno de ellos estará esperando un expreso? El portero ya me vió...; si hubiese llegado un expreso para mí, me lo habría traído en el acto. De modo que no llegó. Gracias a Dios. Me recostaré todavía un ratito antes del *diner*. ¿Por qué Cissy dirá «*dinner*»? Una afectación tonta. Hacen buena pareja, Cissy y Paul — ¡Oh, con que sólo ya estuviera esa carta! Por último, llegará durante el «*dinner*». Y si no llega pasará una noche intranquila. También la noche pasada dormí miserablemente. Claro: con estos dichosos días. De ahí también esa sensación en las piernas. Estamos hoy a tres de septiembre. De modo que, probablemente: el seis. Hoy tomaré veronal. Oh, no, no me acostumbraré. No, querido Fred, no tienes por qué preocuparte. Mentalmente, siempre lo tuteo. Debería uno probarlo todo, hasta haschisch. El abandonado de la marina, Brandel, se trajo haschisch, creo que de la China. El haschisch ¿se bebe o se fuma? Dicen que las visiones son maravillosas. Brandel me invitó a beber —o a fumar— haschisch con él. Es un insolente. Pero buen mozo.

"Sirvase, señorita, una carta." ¡El Portero! ¡A pesar de todo—. Me volveré con toda naturalidad. También podría ser una carta de Carolina o de Berta o de Fred o de Miss Jackson. "Muchas gracias." Pero es de Mamá. Expreso. ¿Por qué no dice sin más: un expreso? "¡Oh, un expreso!" No la abriré antes de llegar a mi cuarto, y la leeré con toda tranquilidad. La *marchesa*. Qué joven parece, en la penumbra. Sin duda: cuarenta y cinco. ¿Dónde estaré yo a los cua-

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

renta y cinco? Tal vez muerta ya. ¡Ojalá. Y qué sonrisa tan amable me brinda; como siempre. La dejaré pasar, con un leve movimiento de cabeza. — No vaya a creer que me importa gran cosa el que me sonría una *marchesa*. — "*Buona sera.*" — Me dice *buona sera*. Ahora, por lo menos, tengo que responder con una reverencia. ¿Me habrá salido demasiado profunda? Pues ella es mucho mayor que yo. Qué andar tan magnífico tiene. ¿Estará divorciada? Mi modo de andar también es lindo. Pero ... ya lo sé. Sí, ésa es la diferencia. — Un italiano podría resultarme peligroso. Lástima que ya se ha ido ese moreno tan apuesto, el de la cabeza de romano. — Tiene cara de *filou*, de pillo, decía Paul. Dios mío, yo nada tengo contra los *filous*: al contrario. — Bien, hemos llegado. Setenta y siete. En verdad: un número de suerte. Lindo cuarto. Madera de cembro. Allí está mi lecho virginal. — Ahora sí, es un verdadero arrebol alpino. Pero frente a Paul lo negaré. Paul es de verdad tímido. ¡Médico, médico de señoras! Tal vez precisamente sea por eso. Anteayer, en el bosque, cuando nos adelantamos tanto, bien hubiera podido mostrarse un poquito más atrevido. Pero entonces sí que hubiera tenido que arrepentirse. En realidad, nadie, hasta ahora, se mostró verdaderamente atrevido conmigo. A no ser aquella vez en el Wörthersee, durante el baño, hace tres años. ¿Atrevido? No, ése fué simplemente un sinvergüenza. Pero buen mozo. Apolo del Belvedere. En verdad, yo no comprendía eso, del todo, en aquel entonces. Y bien, a los ... dieciséis años. ¡Mi prado divino! ¡Mío...!





— — — — — LA SEÑORITA ELSA

Si pudiera una llevárselo a Viena. Neblinas tan tenues. ¿Otoño? Bien, sí; el 3 de septiembre; los Alpes.

Bien, señorita Elsa, ¿no quisiera usted, con todo, decidirse a leer esa carta? Pues no es absolutamente necesario que se trate de papá. ¿No podría ser, acaso, algo referente a mi hermano? ¿No se habrá comprometido con uno de sus amoríos? ¿Con una corista, o con una guanterera? Oh, no; es demasiado inteligente para hacer eso, a pesar de todo. A decir verdad, lo cierto es que no sé mucho de él. Cuando yo tenía diez y seis, y él veintiuno, éramos casi amigos, durante un tiempo. Me contaba muchas cosas sobre una tal Lotte. Y luego, de pronto, cesaron sus confianzas. Esa Lotte debe de haberle jugado una mala pasada. Y desde entonces, ya no se le ocurre contarme nada. Ahora la carta está abierta y yo ni siquiera me di cuenta de que la abrí. Voy a sentarme en el alféizar para leerla. Cuidado, que podría caerme. «Según nos informan de San Martino, ha sucedido en ésa, en el Hotel Fratazza, un lamentable accidente. La señorita Elsa T., una muchacha bellísima, de diecinueve años, hija del conocido abogado...» Claro que dirían que me suicidé a causa de un amor desdichado, o porque estaba en estado interesante. Amor desdichado: ¡ah, eso no!

"Mi querida niña." —Ante todo, echaré una ojeada al final—. "Una vez más entonces, no te enojés con nosotros, mi hija buena y querida, y recibe mil veces..." ¡Por el amor de Dios, no se habrán suicidado! No —en ese caso habría llegado un telegrama, de

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

Rudi—. "Mi querida niña, puedes creerme cuánto lamento tener que irrumpir de tal modo en tus bellas semanas de vacaciones" —como si yo no estuviera siempre de vacaciones, por desgracia— "con una noticia tan desagradable". —Mamá tiene un estilo horrible—. "Pero realmente, luego de muchas reflexiones, no me queda más remedio. Bueno, pues, dicho brevemente, el asunto de papá se agudizó. No sé qué pensar ni qué hacer." —¿Para qué tantas palabras?— "Se trata de una suma relativamente ridícula —treinta mil florines" —¿ridícula?— "que es necesario conseguir en el término de tres días, pues de lo contrario todo estará perdido." —por el amor de Dios, ¿qué quiere decir eso? —"Imagínate, mi querida niña, el barón Höning" — ¿cómo?, ¿el fiscal? — "citó esta mañana a papá. Ya sabes cuánto aprecia el barón a papá, y cómo lo quiere, de verdad. Hace un año y medio, en aquel momento, ya sabes, cuando también todo pendía de un hilo, él personalmente habló con los acreedores principales, y arregló el asunto, a último momento. Pero esta vez es absolutamente imposible hacer nada si no se consigue el dinero. Y aparte de que nos veremos todos definitivamente arruinados, será un escándalo mayúsculo como no hubo ningún otro hasta la fecha. Imagínate: un abogado, un famoso abogado, que . . . no, no puedo ni escribirlo. Qué lucha con las lágrimas . . . Ya sabes, hija mía —porque tú eres inteligente—, que ya varias veces, ¡Dios se apiade de nosotros!, estuvimos en situaciones parecidas, y la familia siempre nos ayudó a salir de

## — — — — — LA SEÑORITA ELSA

ellas. La última vez hasta se trataba de ciento veinte mil. Pero en esa oportunidad, papá tuvo que firmar un documento, declarando que nunca más acudirá, en este sentido, a los parientes, especialmente a tío Bernhard." — Bueno: ¿qué más, qué más? ¿A qué viene todo eso? ¿Qué puedo hacer yo? — "El único en quien eventualmente podría pensarse todavía es el tío Víctor, pero éste, desgraciadamente, se encuentra de viaje, rumbo al cabo Norte o a Escocia" — si, ese sí que se pasa la gran vida, ese cochino —. "Él nos es por lo tanto absolutamente inalcanzable, en este momento cuando menos. En los colegas de profesión... ya ni que pensar; especialmente en el doctor Sch., que ya muchas veces ayudó a papá." — Dios, ¡cómo estamos! — "Ni que pensar en él, desde que volvió a casarse." — Bueno, ¿qué entonces, qué entonces? ¿Qué queréis, pues, de mí? — "Y entonces llegó tu carta, mi querida niña, en la que entre otros mencionas a Dorsday, quien también se aloja en el Fratazza, y esto nos ha parecido como una señal del ciclo. Tú sabes con qué asiduidad frecuentaba Dorsday años atrás nuestra casa" — bueno, no es para tanto — "y por pura casualidad, desde hace dos o tres años, no viene con tanta frecuencia; dicen que está atado por unos lazos bastante firmes — dicho sea entre nosotros; nada muy distinguido—". —¿Por qué "dicho sea entre nosotros"? — "En el Club Residencial, papá todavía sigue teniendo con él sus partidas de whist, cada jueves, y el invierno pasado le salvó una buena suma de dinero en un pleito contra

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

otro comerciante en objetos de arte. Por lo demás ¿por qué no habrías de saberlo?, ya en otra oportunidad ha sacado a papá de un apuro." — Ya me lo figuraba. — "Entonces se trataba de una bagatela: ocho mil florines; pero, al fin y al cabo, para Dorsday treinta mil tampoco es una suma de importancia. Por eso, pues, pensé que tú bien podrías ser tan amable y hablar con Dorsday", —¿cómo?— "él siempre te ha querido mucho", —nunca noté nada de eso; me acariciaba la mejilla cuando tenía doce o trece años: "¡ya toda una señorita!", — "y como, felizmente, papá no lo abordó más desde aquellos ocho mil, no podrá negarle ese servicio de amistad. Dicen que hace poco, en un solo Rubens que vendió a América, ganó ochenta mil. Claro que tú no debes mencionar eso." — Pero mamá, ¿me crees tan estúpida? — "Pero, por otra parte, puedes hablarle con toda franqueza. Hasta puedes mencionar, si fuera necesario, que el barón Höning mandó llamar a papá. Y que con los treinta mil evitaremos realmente lo más grave, no sólo por el momento, sino, si Dios quiere, para siempre." — ¿Lo crees de veras, mamá? — "Porque el pleito Erbesheimer, cuya perspectiva es brillante, le rendirá a papá sin duda cien mil, aunque es natural que justamente en la fase actual del pleito no pueda pedirles nada a los Erbesheimer. Te ruego pues, hija, que hables con Dorsday. Te aseguro que eso no tiene nada de particular. Papá hubiera podido mandarle sencillamente un telegrama; hemos considerado con detenimiento también esa posibilidad, pero es sin embargo

otra cosa, hija, hablar con una persona directamente. El dinero tiene que estar aquí el seis, a las doce; el doctor F." — ¿quién es el doctor F.?, ah, sí: Fiala — "es implacable. Claro que de su parte interviene también cierto resentimiento personal. Pero como desgraciadamente se trata de dineros pupilares" — ¡por el amor de Dios! ¿qué has hecho, papá? —, "nada puede hacerse. Y si el cinco, a las doce del mediodía, el dinero no está en poder de Fiala, se dará la orden de arresto; es decir, hasta entonces el barón Hönning podrá retenerla. De modo que Dorsday tendría que girar la suma telegráficamente, por medio de su banco, a la orden del doctor F. En tal caso estaremos salvados. De otro modo, sólo Dios sabe qué sucederá. Créeme que no faltarás a tu dignidad en absoluto, mi hija querida. Papá, al comienzo, tuvo sus escrúpulos; hasta intentó todavía mover otros recursos, por dos lados distintos. Pero llegó a casa desesperado, completamente desesperado" — ¿acaso papá es capaz de desesperarse? —, "tal vez ni siquiera tanto por el dinero, como por el hecho de que la gente se portara con él tan miserablemente. Uno de ellos fué, en otro tiempo, el mejor amigo de papá; ya te imaginarás a quien me refiero." — Yo no me imagino nada. Papá tuvo a tantos que fueron sus mejores amigos; y no tuvo en realidad a ninguno. ¿Será Warnsdorf? — "A la una llegó papá a casa, y ahora son las cuatro de la madrugada. Ahora, por fin, está durmiendo; gracias a Dios." — ¡Si no despertara...! Sería lo mejor para él. — "Llevaré esta carta muy temprano al co-

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

rteo, y la despacharé por expreso, de modo que el  
 tres a la mañana la habrás recibido." — ¿Cómo se  
 imaginó mamá eso? Ella nunca entiende nada de estas  
 cosas. — "De manera que habla en seguida con Dors-  
 day, te lo suplico, y comunicame el resultado inme-  
 diatamente, por telegrama. Y no permitas, por Dios,  
 que tía Emma note nada; ya es bastante triste, por  
 cierto, el que en semejante trance no pueda una di-  
 rigirse a su propia hermana; pero ciertamente, el mis-  
 mo efecto se obtendría hablándole a una piedra. Mi  
 hija querida, queridísima: cuánto siento que ya en  
 tus años de juventud, tengas que pasar por semejantes  
 experiencias; pero créeme que papá es el último a  
 quien podría culparse de todo esto." — ¿Pues, a quién,  
 entonces, puede culparse, mamá? — "Bueno, espere-  
 mos que con la ayuda de Dios el pleito Erbesheimer  
 sea, en todo sentido, algo decisivo en nuestra existen-  
 cia. Sólo es necesario que nos salvemos por esas pocas  
 semanas. Sería verdaderamente bochornoso que por  
 esos treinta mil florines sucediera una desgracia..."  
 — No querrá decir en serio que papá... ¿pero acaso  
 lo otro no sería más grave aún? — "Voy a conducir,  
 hija mía, y espero que en todo caso" — ¿en todo  
 caso? — "podrás quedarte en San Martino hasta des-  
 pués de las fiestas, por lo menos hasta el nueve o el  
 diez. Por nosotros no vayas a volver, de ninguna ma-  
 nera. Saluda a tía y sigue siendo amable con ella.  
 Una vez más entonces, no te enfades con nosotros,  
 mi hija buena y querida, y recibe mil veces..." —  
 sí, eso ya lo sé.

Que dé yo, pues, un sablazo al señor Dorsday... Locura. ¿Cómo se imagina mamá eso? ¿Por qué no tomó papá el tren, sencillamente, para venirse hasta aquí? Habría llegado exactamente tan rápido como la carta expreso. Pero acaso en la estación... sospechando que pretendía fugarse... lo hubieran... ¡terrible, terrible! Y tampoco estos treinta mil nos servirán para algo. ¡Siempre las mismas historias! ¡Desde hace siete años! No... desde hace mucho más. ¿Quién sospecharía eso, viéndome a mí? A mi nadie me nota nada; ni a papá tampoco. Y sin embargo, todo el mundo lo sabe. Es un enigma cómo todavía conseguimos mantenernos a flote. ¡Cómo se acostumbra una a todo! Y eso que, en realidad, vivimos bastante bien. Mamá es una verdadera artista; esa comedia de Año Nuevo, para catorce personas... ¡inconcebible! Pero, en cambio, mis dos pares de guantes de baile motivaron una gran cuestión. Y cuando Rudí pidió hace poco esos trescientos florines que necesitaba, mamá casi se echa a llorar. Y papá, siempre de tan buen humor... ¿siempre? No. ¡Oh, no! Hace poco, en la Ópera, daban el *Figaro*... esa mirada, repentinamente vacía e inexpresiva... ¡cómo me sobresalté! ¡Como si fuese otra persona! Pero luego cenamos en el Grand Hotel, y su buen humor era más brillante que nunca.

Y aquí tengo ahora esta carta en mis manos. Esta carta es una locura. ¿Que yo hable con Dorsday? Me moriría de vergüenza... ¿Morirme de vergüenza, yo? ¿Por qué? ¡Si no es mía la culpa! ¿Y si, a pesar de

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

todo, hablara con tía Emma? Absurdo. Lo más probable es que ella ni siquiera tenga tanto dinero disponible. Tío es un hombre tacaño. Dios mío: ¿por qué no tengo dinero yo? ¿Por qué no he ganado nada todavía? ¿Por qué no aprendí nada? ¡Oh, sí que aprendí algo! ¿Quién osa decir que yo no aprendí nada? Sé tocar el piano; sé francés, inglés, y también un poquito de italiano; he seguido cursos de Historia del Arte... ¡Jajá! Pues, aunque hubiese aprendido algo mejor, ¿de qué me serviría? De ningún modo habría ahorrado treinta mil florines...

Se apagó el arreból de los Alpes. Ya no es maravilloso el anochecer. ¡Qué triste el paisaje! No, no es triste el paisaje: la vida es triste. Y yo me quedo aquí, tranquilamente sentada en el alféizar. Y a papá que lo lleven a la cárcel. No. Nunca. Jamás. Eso no puede ser. Lo salvaré. Sí, papá, yo te salvaré. Es sencillísimo: unas pocas palabras dichas con *nonchalance*, cosa que tan bien me queda a mí, que soy "altánime"... ¡jajá! Trataré al señor Dorsday como si fuese un honor para él prestarnos dinero. Y lo es, por cierto. — Señor von Dorsday, ¿no dispone usted de unos minutos para mí? Acabo de recibir una carta de mamá; está pasajeramente en apuros... mejor dicho, papá... — Pero desde luego, señorita, con el mayor placer. ¿De cuánto se trata? — Conque sólo no me fuerz tan antipático... Y ese modo que tiene de mirarme... No, señor Dorsday: yo no creo en su elegancia, ni en su monóculo, ni tampoco en su nobleza. Exactamente como compra y vende usted cuadros

viejos, podría hacerlo con ropa vieja. — ¡Pero Elsa! Elsa, cómo se te ocurre... — Oh, yo puedo permitirlo. A mí nadie me nota nada. Hasta soy rubia, de un rubio rojizo, y Rudi tiene toda la traza de un perfecto aristócrata. A mamá, claro que se le nota en seguida, por lo menos cuando habla. En el caso de papá, en cambio, no se nota nada, en absoluto. Por otra parte, que lo noten, pues. Yo no intento negar nada, y Rudi mucho menos todavía. Todo lo contrario. — ¿Qué haría Rudi si metieran a papá en la cárcel? ¿Se pegaría un tiro? ¡Tonterías! Pegarse un tiro, la cárcel: cosas todas que ni siquiera existen, que sólo aparecen en los periódicos.

El aire es como champaña. Dentro de una hora, el *diner*, el "dinner". Yo no soporto a esa Cissy. Por su niñita, ella no se preocupa en absoluto. ¿Qué voy a ponerme? ¿El azul o el negro? Tal vez sería más adecuado el negro... hoy. ¿Demasiado escotado? *Toilette de circonstance*, llaman a eso en las novelas francesas. De todas maneras es necesario que esté encantadora, fascinadora, al hablar con Dorsday; después del "dinner", *nonchalant*. Sus ojos se clavarán en mi escote. Es un sujeto repugnante. Lo odio. Odio a todo el mundo. ¿Por qué tendrá que ser precisamente Dorsday? ¿Acaso ese Dorsday es el único ser en el mundo entero que tiene treinta mil florines? ¿Si hablara con Paul? Si él le dijese a tía que tiene deudas de juego... ella seguramente podría procurarse el dinero...

Casi de noche ya... Noche. Noche sepulcral. Có-

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

mo me gustaría estar muerta... Pero si eso no es cierto, no es cierto en absoluto. ¿Si bajara ahora mismo, y hablara con Dorsday, antes del *diner* todavía? ¡Ah, qué terrible!... Paul, si me consigues los treinta mil, podrás obtener de mí lo que quieras. Pues... ¡eso ya lo saqué nuevamente de una novela! La noble hija, que se vende para salvar a su amado padre, y a la postre ese gran sacrificio le causa placer. ¡Puf, al diablo! No, Paul, ni por treinta mil podrás obtener nada de mí. Ni tú, ni nadie. ¿Y por un millón? ¿Por un palacio? ¿Por un collar de perlas? Si alguna vez llego a casarme es probable que lo conceda más barato. ¿Y acaso sería tan grave? Al fin y al cabo, Fanny también se vendió. Me lo dijo ella misma: su marido le da asco, un asco espantoso. Bueno, papá: ¿qué, si esta noche me vendiera al mejor postor? Para salvarte del presidio. ¡Sería sensacional...! Tengo fiebre, sin duda alguna. O acaso... ¿será ya mi indisposición? No, tengo fiebre; tal vez como consecuencia de este aire. Que es como champaña. — Si Fred estuviera aquí, ¿sabría darme un consejo? Pero yo no necesito consejos. Por lo demás, no hay nada que aconsejar. Hablaré con el señor Dorsday de Éperies, y le daré un sablazo; yo, la "altánime", la aristócrata, la *marchesa*, la pordiosera, la hija del estafador. ¿Y por qué? ¿Por qué he de hacerlo? No hay quien me gane en el alpinismo, ni quien sea tan elegante como yo... *sporting girl*; yo debería haber nacido en Inglaterra, o bien, condesa.

¡Ahí están los vestidos, colgados en el armario! A

propósito, ¿ya está pagado ese verde de paño tirolés, mamá? Yo creo que sólo se dió algo a cuenta. Me pondré el negro. Anoche todos me clavaron los ojos. También aquel señor pequeño y pálido, el de los lentes dorados. En realidad, no soy hermosa, pero sí interesante. Debiera haberme dedicado al arte escénico, a las tablas. Berta ya tiene tres amantes, y nadie se lo toma a mal... En Dusseldorf, fué el director. En Hamburgo, estuvo viviendo en el Atlantic, en un departamento con baño privado, con un hombre casado. Hasta creo que está orgullosa de ello. ¡Qué tontos, todos ellos! Yo tendré cien amantes, ¡mil! ¿Por qué no? El escote no es bastante profundo; si fuera casada, el escote podría ser más bajo... Suerte que lo encuentro, señor von Dorsday: acabo de recibir una carta de Viena... Llevaré la carta conmigo, por las dudas. ¿Toco el timbre para llamar a la mucama? No; sabré arreglarme sola. Para el vestido negro no necesito a nadie. Si yo fuera rica, no viajaría nunca sin doncella.

Tengo que encender la luz. Está refrescando. A cerrar la ventana, ¿Debo bajar la cortina?... No hace falta. Nadie me observa con anteojo de larga vista, desde la montaña. Lástima... Acabo de recibir una carta, señor von Dorsday... Quizás sería mejor después del *diner*, a pesar de todo. El ánimo es más liviano entonces, y también Dorsday... Bueno, si es por eso, yo podría beber primero un vaso de vino; y si el asunto quedara concluído antes del *diner*, la comida me aprovecharía mejor. *Pudding a la mervei-*

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

*lle, fromage et fruits divers.* ¿Y si el señor Dorsday dice que no? ¿O bien, si llega a insolentarse? ¡Oh, no, hasta ahora nadie se insolentó todavía conmigo! Quiero decir... sí, el teniente de marina Brandel, pero no lo hizo con mala intención... Estoy otra vez un poco más delgada, y eso me queda bien... El crepúsculo me mira desde afuera. Me clava la vista, como un fantasma. Como cien fantasmas. Desde mi prado vienen subiendo los fantasmas. ¿A qué distancia está Viena? ¿Cuánto hace ya que estoy ausente de allí? ¡Qué sola me encuentro! No tengo ninguna amiga; tampoco tengo un amigo. ¿Dónde están todos ellos? ¿Con quién me casaré? ¿Quién se casará con la hija de un estafador?... Acabo de recibir una carta, señor von Dorsday... Pero si ni vale la pena hablar de eso, señorita Elsa; ayer no más he vendido un Rembrandt; me ofende usted, señorita Elsa. Y arranca una hoja de su libreta de cheques, y firma con su estilográfica de oro. Y mañana temprano tomaré el tren, y llevaré el cheque a Viena. Lo haré de todas maneras: también sin el cheque. No me quedaré aquí por más tiempo. No puedo, ni debo hacerlo. Yo viviendo aquí, dándome aires de elegante dama joven, y papá con un pie en el sepulcro... no, en la cárcel. Mi penúltimo par de medias de seda. Ese pequeño desgarrón, justamente debajo de la rodilla, no lo notará nadie. ¿Nadie? Quién sabe. No seas frívola, Elsa... Berta, sencillamente, es una descarada. ¿Pero acaso es mejor Cristina? Ni pizca mejor. ¡Su futuro marido, ese sí que tendrá motivos para alegrarse! Ma-

ma fué siempre, sin duda, una esposa fiel. Yo no seré fiel. Yo soy "altánime", pero no seré fiel. Los *filous* me resultan bastante peligrosos. La *marchesa* tiene sin duda a un *fi'ou* por amante. Si Fred me conociera de veras, se acabaría su admiración. — "Usted hubicra podido llegar a mucho, señorita: concertista de piano, tenedora de libros, actriz, tantas posibilidades hay en usted. Pero el caso es que le ha ido siempre demasiado bien." Demasiado bien. Jaja. Fred me sobreestima. En realidad, yo no tengo talento para nada. — ¿Y quién sabe? Tan lejos como Berta hubiera podido llegar yo también. Pero a mí me falta la necesaria energía. Señorita de buena familia... ¡Ja!, buena familia. El padre, que defrauda dineros pupilares... ¿Por qué me haces eso, papá? ¡Si eso, por lo menos, te sirviera para algo! ¡Pero con el único fin de perderlo en especulaciones de Bolsa! ¿Acaso vale la pena? Y tampoco te servirán de nada estos treinta mil. — Tal vez las cosas se arreglen por un trimestre... Al fin tendrá que fugarse, a pesar de todo. Hace año y medio ya casi había llegado a eso. Y entonces todavía se encontró ayuda. Pero un día la ayuda dejará de presentarse, ¿y qué será entonces de nosotros? Rudi se irá a Rotterdam, a trabajar en el banco de Vanderhulst. ¿Y yo? Pues: un buen partido. ¡Oh, si eso me interesara, no sería nada difícil! Soy realmente hermosa esta noche. Esto se debe, probablemente, a la excitación. ¿Y para quién, pues, soy hermosa? ¿Me sentiría más contenta si Fred estuviera aquí? Oh, en el fondo, Fred no significa nada para mí. ¡No es nin-

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

gún *filou*! Pero si él tuviera fortuna, lo tomaría. Y luego aparecería un *filou*... y la desgracia estaría hecha. — ¿A usted le gustaría, sin duda, ser un *filou*, señor von Dorsday? ... Pues bien, de lejos, tiene usted a veces aspecto de serlo. Tiene usted aspecto de vizconde en decadencia, de Don Juan — con su estúpido monóculo y su traje blanco de franela. Pero falta mucho todavía para que sea usted un *filou*... ¿Lo tengo todo? ¿Estoy lista para el "dinner"? — ¿Pero qué haré durante una hora entera, si no encuentro a Dorsday? ¿Si él sigue paseando con la desventurada señora Winawer? Ay, ¡ella ni siquiera es tan desdichada! Ella no necesita treinta mil florines. Bueno, pues, voy a sentarme regiamente en el hall, en un sillón; voy a mirar el *Illustrated News* y la *Vie Parisienne*; con las piernas cruzadas... el desgarrón bajo la rodilla no se verá. Quién sabe si no acaba de llegar, justamente, algún multimillonario... "Usted, o ninguna..." Llevaré mi chal blanco; me queda muy bien. Así, con toda negligencia, me lo echaré sobre mis espléndidos hombros. ¿Para quién los tengo, en verdad, estos espléndidos hombros? Yo podría hacer muy dichoso a un hombre. Con que sólo se presentara el hombre adecuado. Pero no quiero tener un hijo. Yo no soy maternal. Marie Weil es maternal. Mamá es maternal. Tía Irene es maternal. Tengo una frente noble, y un cuerpo hermoso. "Si yo pudiera pintarla tal como quisiera, señorita Elsa." Sí, eso es lo que desea usted. Nada menos. — Ya no sé ni siquiera cómo se llamaba. Con seguridad no se llamaba Ticiano, de mo-

do que fué una insolencia. — Acabo de recibir una carta, señor von Dorsday... Un poco más de polvo en la nuca y en el cuello; una gota de verbena en el pañuelo; a cerrar el armario; a abrir nuevamente la ventana: ¡ah, qué maravilla! Es para echarse a llorar. Estoy nerviosa. Ay, ¡como para no estar nerviosa en semejante trance! La caja de veronal está entre la ropa interior. También ropa interior necesito. ¡Qué cuestión se suscitará nuevamente! ¡Dios mío!

¡Extraño, gigantesco, el Címon! ¡Como si fuera a venirse encima! Ni una estrella en el cielo todavía. El aire es como champaña. ¡Y esa fragancia de los prados! Viviré en el campo. Me casaré con un hacendado y tendré hijos. El doctor Froriep fué tal vez el único hombre con quien yo hubiera llegado a ser feliz. Qué hermosas aquellas dos veladas, una tras otra; la primera en casa de los Kniep, y luego la otra en el baile de los artistas. ¿Por qué habrá desaparecido, tan repentinamente...? ¿De mi horizonte, por lo menos? ¿Acaso por papá? Es probable. Quisiera gritar un saludo al aire, antes de ir a meterme nuevamente entre esa gentuza allá abajo. ¿Pero a quién se dirigiría mi saludo? Yo estoy completamente sola. Estoy tan terriblemente sola que nadie es capaz de imaginárselo. ¡Te saludo, amado mío! ¿Quién eres? ¡Te saludo, novio mío! ¿Quién eres? ¡Te saludo, amigo mío! ¿Quién eres?... ¿Fred?... Ni en sueños. Bueno, la ventana quedará abierta. Aunque luego refresque. A apagar la luz. Así... Ah, es cierto: la carta. Debo llevarla conmigo, en todo caso. El libro voy a ponerlo sobre

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

la mesita de noche; esta noche seguiré leyendo *Notre Cœur*; sin falta, suceda lo que suceda. Buenas noches, bellísima damisela, allá en el espejo: guárdeme usted un grato recuerdo; hasta pronto...

¿Por qué cierro la puerta? Aquí no hay ladrones. ¿Dejará Cissy su puerta abierta durante la noche? ¿O sólo le abre cuando él llama? ¿Pero acaso es tan seguro eso? Pues, naturalmente. Y luego se quedan juntos, acostados en la cama. ¡Qué repugnante! Yo no tendré un dormitorio común con mi matido... y con mis mil amantes... ¡Toda la escalera desierta! Como siempre a esta hora. Mis pasos resuenan. Hace ahora tres semanas que estoy aquí. El doce de agosto partí de Gmunden. La estadía en Gmunden fué aburrida. ¿Dónde habrá sacado papá el dinero para mandarnos al campo, a mamá y a mí? Y Rudi también estuvo de viaje, nada menos que cuatro semanas. Vagando por Dios sabe dónde. Ni dos veces ha escrito en todo ese tiempo. Jamás llegaré a comprender nuestro modo de vivir. Cierto es que mamá ya no tiene alhajas... ¿Por qué se quedó Fred nada más que dos días en Gmunden? ¡Sin duda también él tiene una amante! Aunque, a decir verdad, no puedo imaginármelo. Yo, en realidad, no puedo imaginarme nada, absolutamente nada. Hace ocho días que no me escribe. Y él escribe, si quiere, cartas tan lindas... ¿Quién es el que está sentado ahí, junto a esa mesita? No; no es Dorsday. Gracias a Dios. Ahora, antes del *diner*, me sería, con todo, imposible decirle nada... ¿Por qué me mira el portero con esa mirada tan extraña? ¿Habrá leído, pa-

ra colmo, la carta expreso de mamá? Me parece que estoy loca. Tendré que darle otra propina, uno de estos días. — Aquella rubia, por ejemplo, también ya está vestida para el *diner*. ¡Cómo se puede ser tan gorda! — Saldré un poco todavía; me pasearé delante del hotel. ¿O voy a la sala de música? ¿No está tocando alguien? ¡Una sonata de Beethoven! ¿Cómo se puede tocar, aquí, una sonata de Beethoven? Yo estoy abandonando los estudios de piano. En Viena volveré a hacer mis ejercicios con regularidad. Comenzaré, en general, otra vida. Todos tenemos que hacerlo. Así no pueden seguir las cosas. Voy a hablar seriamente con papá . . . si todavía hay tiempo para ello. Ya habrá, ya habrá. ¿Por qué no lo he hecho nunca hasta ahora? En nuestra casa lo despachan todo entre bromas; cuando, en realidad, nadie tiene el ánimo para bromas. La verdad es que cada uno de nosotros tiene miedo al otro; que cada uno está solo. Mamá está sola porque no es bastante inteligente, y no sabe nada de ninguno: ni de mí, ni de Rudi, ni de papá. Pero ella no lo advierte siquiera, y Rudi tampoco lo advierte. Es un buen muchacho, un muchacho elegante, pero cuando tenía veintiún años prometía más. Será muy bueno para él que vaya a Holanda. Y yo, ¿a dónde iré yo? Me gustaría poder marcharme de viaje, y hacer lo que quisiera. Si papá se fuga a América, lo acompañaré. Ya estoy completamente desconcertada y confundida . . . El portero, viéndome así sentada sobre el respaldo y mirando al vacío, creerá que estoy loca. Voy a encender un cigarrillo. ¿Dón-

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

de está mi cigarrera? Arriba. ¿Pero dónde? El veronal lo tengo entre la ropa. ¿Y dónde tengo la cigarrera? Ahí vienen Cissy y Paul. Claro: ella, por fin, tiene que cambiarse para el "dinner"; si no, hubieran seguido jugando aún en la oscuridad. — No me ven. ¿Qué le estará diciendo él? ¿Y por qué se ríe ella así . . . como una idiota flamante? Sería divertido escribirle a su esposo una carta anónima a Viena. ¿Sería yo capaz de hacerlo? Jamás. ¡Quién sabe! Ahora me vieron. Los saludo con un movimiento de cabeza. A ella le disgusta verme tan linda. Qué confundida está . . .

"¿Cómo, Elsa, ya está usted lista para el *diner*?" — ¿Por qué dice ahora *diner* y no "dinner"? No es ni siquiera consecuente. "Ya lo ve, señora Cissy." "Estás realmente encantadora, Elsa. ¡Qué ganas siento de galantearte un poco!" "No te molestes, Paul. Prefiero que me des un cigarrillo." "Pero . . . con verdadero placer." "Muchas gracias. ¿Cómo resultó el single?" "La señora Cissy me derrotó tres veces seguidas." "Le diré, él estaba distraído. Por otra parte, Elsa, ¿ya sabe usted que mañana llega al hotel el príncipe heredero de Grecia?" "Ah, sí, ¿de veras?" Dios mío; ¡Dorsday, con la señora Winawer! Saludan. Pasan de largo. Devolví el saludo con excesiva cortesía. Sí, de ningún modo como otras veces. Oh, ¡qué despreciable soy! — "Tu cigarrillo no está prendido, ¿verdad, Elsa?" "Bueno, dame fuego otra vez. Gracias." "Su chal es muy bonito, Elsa; y le sienta a la maravilla, con este vestido negro. Por otra parte, ya tengo que ir a cambiar-

me yo también." — Mejor sería que no se fuese. . . le tengo miedo a Dorsday. — "Además, para las siete cité a la peinadora; una peinadora fantástica; durante el invierno trabaja en Milán. Bueno, adiós, Elsa; adiós, Paul." "Hasta luego, señora." "Adiú, señora Cissy." Se fué. Suerte que por lo menos Paul se queda. — "¿Me permites sentarme un momento a tu lado, Elsa, o te estorbo en tus sueños?" "¿Por qué en mis sueños? Tal vez en mis realidades." Esto, en verdad, no quiere decir nada. Sería mejor que se fuera. Porque, de todas maneras, es necesario que yo hable con Dorsday. Allí sigue todavía de pie, junto a la desventurada señora Winawer, aburriéndose; puedo ver perfectamente cuánto le agradaría venir a hacerme compañía. — "¿Acaso existen realidades en las que tú no quieres que te estorben?" ¿Qué está diciendo? Que se vaya al demonio. ¿Por qué le estoy sonriendo, y de esa manera tan coqueta? Si esta sonrisa no es para él. Dorsday me está enviando miradas de soslayo. . . ¿Dónde estoy? ¿Dónde estoy? — "¿Pero qué tienes hoy, Elsa?" "Pues ¿qué quieres que tenga?" "Estás misteriosa, demoníaca, seductora." "No digas tonterías, Paul." "Uno realmente podría enloquecer mirándote." Pero ¿qué se le ocurre? ¿De qué manera me está hablando? . . . Es buen mozo. El humo de mi cigarrillo se traba en sus cabellos. Pero él no me sirve ahora. — "Me miras sin mirarme, Elsa: ¿por qué?" — No contestaré. No diré nada. Él no me sirve ahora. Pondré la cara más insoportable que pueda. Nada de conversación ahora. — "Tus pensamientos se esca-

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

pan muy lejos de aquí. . . ” “Esto bien puede ser cierto.” Él no es más que aire para mí. ¿Se dará cuenta Dorsday que lo estoy esperando? No miro hacia allí, pero sé que él sí está mirando. — “Bueno, adiós entonces, Elsa.” Gracias a Dios. Me besa la mano. Y no suele hacerlo nunca. “Adieu, Paul.” ¿De dónde me sale esa voz tan melodiosa? Ahí se va. . . ese embustero. Seguramente todavía tiene que convenir algo con Cissy, para esta noche. ¡Que se diviertan! Me pondré el chal sobre los hombros, y me levantaré y saldré un poco a la puerta del hotel. Por cierto, ya se sentirá el fresco. Lástima que mi abrigo. . . ah, pues lo dejé esta mañana colgado en la portería. Siento, a través del chal, la mirada de Dorsday en mi nuca. Ahora la señora Winawer sube a su habitación. ¿Y cómo puedo saberlo yo? Telepatía. “Por favor, señor portero. . . ” “¿La señorita desea su abrigo?” “Sí, por favor.” “Las noches ya se ponen un poco frías, señorita. Esto en nuestra región se produce así, imprevistamente.” “Gracias.” — ¿Saldré realmente afuera? Claro, ¿qué otra cosa puedo hacer? De todas maneras, me dirigiré a la puerta. Ahora vienen llegando, uno tras otro. El señor de los lentes de oro. El hacial rubio con su chaleco verde. Y todos me miran. Es bonita aquella pequeña ginebrina. Pero no, si es de Lausana. En realidad, no hace nada de frío.

“Buenas noches, señorita Elsa.” — Por el amor de Dios: es él. No le diré nada de papá. Ni una palabra. Sólo lo haré después de comer. O bien, me iré mañana a Viena. Iré personalmente a ver al doctor Fiala. ¿Có-

mo no se me ocurrió en seguida eso? Me volveré, aparentando con mi gesto no saber quién está detrás de mí. "Oh, señor von Dorsday." "¿Va usted a dar un paseo todavía, señorita Elsa?" "Oh, no precisamente un paseo; quisiera caminar un poco, antes del *diner*." "Todavía falta casi una hora para el *diner*." "¿De veras?" No hace nada de frío. Las montañas están azules... Sería divertido que, de pronto, pidiera mi mano. "Realmente, no hay en el mundo un rinconcito más hermoso que éste." "¿Le parece, señor von Dorsday? Por favor, no vaya a decir que el aire es aquí como champaña." "No, señorita Elsa; esto lo digo tan sólo a partir de los dos mil metros. Y aquí estamos a apenas mil seiscientos cincuenta sobre la superficie del mar." "¿Y es tan grande la diferencia?" "Pero, ¡desde luego! ¿Ya estuvo usted alguna vez en la Engadina?" "No, nunca. ¿De modo que allí el aire es realmente como champaña?" "Eso casi podría afirmarse. Pero el champaña no es mi bebida favorita. Y yo prefiero esta región. Aunque tan sólo fuera por sus maravillosos bosques." ¡Qué hombre aburrido es! ¿No se da cuenta de ello? Por lo visto, no sabe a ciencia cierta de qué hablar conmigo. Con una mujer casada sería más sencillo. Dice uno una pequeña indecencia, y la conversación va adelante. — "¿Se quedará usted mucho tiempo todavía aquí, en San Martino, señorita Elsa? ¡Qué estupidez! ¿Por qué lo estoy mirando con semejante coquetería? Y él ya se está sonriendo de ese modo consabido. Oh, qué tontos son los hombres. "Esto depende, en parte, de

las disposiciones de mi tía." ¡Pero si no es verdad! Yo puedo irme a Viena sola. "Hasta el diez, probablemente." "¿Y mamá, está aún en Gmunden?" "No, señor von Dorsday. Está en Viena. Desde hace tres semanas ya. Papá también está en Viena. Este año apenas si se tomó ocho días de vacaciones. Creo que el pleito Erbesheimer le está ocasionando muchísimo trabajo." "Me imagino. Pero su papá es, sin duda, también el único capaz de salvar a Erbesheimer. . . Pues ya es realmente un éxito haber convertido, en general, esa causa en una causa civil." Esto es bueno, sí que es bueno. "Me agrada saber que también usted tiene al respecto un presentimiento tan favorable." "¿Presentimiento? ¿En qué sentido?" "Pues, de que papá ganará el proceso a favor de Erbesheimer." "No he querido afirmar tal cosa con tanta certeza." ¿Cómo, ya se está retractando? Pues no lo conseguirá. "Oh, yo creo en los presentimientos. Imagínese usted, señor von Dorsday: justamente hoy recibí una carta de casa." Esto ya no fué muy hábil. Su expresión refleja verdadera perplejidad. Adelante, adelante, ¡es necesario no atragantarse ahora! Es un buen amigo de papá, un viejo amigo. Adelante. Adelante. Ahora o nunca. "Señor von Dorsday, acaba usted de hablar con tanto afecto de papá, que hasta sería injusto de mi parte no corresponderle con absoluta franqueza." ¿Por qué estará poniendo estos ojos de ternero? Ay, ay, ¡ya está notando algo! Sigamos, sigamos. "El caso es que en dicha carta también se le nombra a usted, señor von Dorsday. Es una carta de mamá."

"¡Ah, sí!" "A decir verdad, es una carta muy triste. Ya conoce usted las circunstancias en que vive nuestra familia, señor von Dorsday." ¡Por el amor del cielo! ¡pero si tengo lágrimas en la voz! Sigamos, sigamos, ahora ya no es posible retroceder... gracias a Dios. "En pocas palabras, señor von Dorsday, ya otra vez estamos en una de esas consabidas situaciones." Ahora, lo que más le gustaría sin duda, es hacerse humo. "Se trata de... una bagatela. Realmente no es más que una bagatela, señor von Dorsday. Y sin embargo, según escribe mamá, todo está en peligro para nosotros." Estoy diciendo estupideces, estoy hablando como una vaca... "Pero tranquilícese usted, por favor, señorita Elsa." Lo dijo muy amablemente. Pero no por eso tiene que tocar mi brazo. "Bueno, ¿qué hay entonces, señorita Elsa? ¿Qué dice esa carta tan triste de mamá?" "Señor von Dorsday, papá..." Me tiemblan las rodillas. "Me escribe mamá que papá..." "Pero por Dios, Elsa, ¿qué le pasa? No prefiere usted... venga, aquí hay un banco. ¿Me permite ponerle el abrigo? Está refrescando." "Gracias, señor von Dorsday. Oh, no es nada. Nada de importancia..." Bueno, aquí estoy, pues, sentada, de pronto, en el banco. ¿Quién es esta señora que pasa? Ni la conozco. Con que sólo no tuviera que seguir hablando. ¡Cómo me mira! ¿Cómo has podido tú pedirme eso, papá? Eso no está bien de tu parte, papá. Ahora ya está hecho. Debiera haber esperado hasta después del *dinner*. "¿Pues, bien, señorita Elsa?" Su monóculo se balancea. ¡Cómo fastidia eso! ¿Debo contestarle? Pues tengo que hacerlo.

Rápido, entonces; así sabré que ya pasó lo peor. En realidad, ¿qué puede sucederme? Él es un amigo de papá. "Dios mío, señor von Dorsday: usted es un viejo amigo de casa." Esto lo dije muy bien. "Y sin duda no le sorprenderá que se lo cuente: pues, una vez más, papá se encuentra en una situación fatal." Qué sonoridad extraña tiene mi voz. ¿Soy yo quien está hablando? ¿No estaré soñando, quizás? Seguramente tengo ahora también otra cara que de costumbre. — "Esto, por cierto, no me asombra mucho. En eso tiene usted razón, querida señorita Elsa. . . Aunque, por otra parte, lo lamento sinceramente." — ¿Por qué estoy levantando hacia él unos ojos tan suplicantes? Sonreír, sonreír. Ya me sale. — "Siento una amistad tan sincera por su papá como por todos ustedes." Que no me mire así: esto es indecente. Voy a hablarle en otra forma, y sin sonreír. Debo conducirme de una manera más digna. "Bueno, señor von Dorsday, ahora tendría usted la oportunidad de demostrar su amistad hacia mi padre." Gracias a Dios, ahora he recuperado mi voz, mi voz de antes. "Porque el caso es que al parecer, señor von Dorsday, todos nuestros parientes y conocidos. . . La mayor parte de ellos no han vuelto todavía a Viena. . . sin duda de otro modo a mamá no se le hubiera ocurrido. . . Porque la verdad es que hace poco mencioné casualmente, en una carta a mamá, su presencia aquí en Martino. . . entre otras cosas, claro está." "Ya me figuraba yo, señorita Elsa, que no represento el tema único de su correspondencia con mamá." —

¿Por qué aprieta sus rodillas contra las mías, mientras está ahí parado, delante de mí? Oh, voy a tolerarlo. ¡Qué importa! ¡Si ya me he rebajado tanto...! "Porque el asunto es el siguiente: es el doctor Fiala quien especialmente parece causarle dificultades, esta vez, a papá." "Oh, el doctor Fiala." Por lo visto, él también sabe cuánto debe pensarse de ese Fiala. "Sí, el doctor Fiala. Y el día cinco, esto es, pasado mañana, a las doce del mediodía, la suma de la cual se trata tendría que estar... más bien, tiene que estar en su poder, pues de otro modo el barón Hönning... sí, imagínese usted, el barón citó a papá particularmente, porque lo estima y lo quiere muchísimo." ¿Por qué estoy hablando de Hönning?... esto ni siquiera es necesario. — "¿Quiere usted decir, Elsa, que de otro modo sería inevitable la orden de detención?" ¿Por qué pronuncia estas palabras con semejante dureza? No contestaré, sólo asentiré con la cabeza. "Sí." Y ahora, con todo, dije: sí. — "Vaya, esto sí que es... grave, esto es realmente muy... ese hombre de tanto talento, genial. ¿Y de qué suma se trata, en realidad, señorita Elsa?" ¿Por qué está sonriendo? La cosa le parece grave y sonríe. ¿Qué quiere decirme con esa sonrisa? ¿Que no tiene importancia el monto de la suma? ¡Y si dijera que no! Si dice que no, me mato. Bueno; debo, pues, nombrar la suma. "¿Cómo señor von Dorsday, todavía no he dicho cuánto? Un millón." ¿Cómo estoy diciendo eso? Éste no es un momento para bromas. Pero si luego le digo de cuánto menos se trata en verdad, se alegrará. ¡Qué manera de abrir

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

los ojos! Le parecerá, para colmo, realmente posible que sea un millón lo que papá le... "Perdóneme, señor von Dorsday, que en semejante momento esté bromeando. Verdaderamente, no estoy para bromas." — Sí, sí... aprieta no más las rodillas, ya que tú puedes permitirte. "Desde luego, no se trata de un millón; se trata, en total, de treinta mil florines, señor von Dorsday, que pasado mañana al mediodía, a las doce en punto, tienen que estar en manos del doctor Fiala. Sí. Mamá me escribe que papá ya intentó todo lo posible; pero como ya se lo dije, los parientes que podrían considerarse para el caso, no están en Viena actualmente." ¡Oh, Dios, cómo me estoy rebajando! "No siendo así, a papá, naturalmente, no se le hubiera ocurrido dirigirse a usted, señor von Dorsday, o más bien a rogarme a mí que..."

— ¿Por qué permanece callado? ¿Por qué ni siquiera pestañea? ¿Por qué no dice que sí? ¿Dónde está la libreta de cheques y la estilográfica? ¡No se le ocurrirá, por el amor del cielo, decir que no! ¿Debo caer de rodillas ante él? ¡Dios mío! Dios mío...

"¿Dice usted que el cinco, señorita Elsa?" Gracias a Dios: habla. "Sí, señor von Dorsday, pasado mañana a las doce. De modo que sería necesario... creo que por carta esto ya apenas si podrá arreglarse."

"Claro que no, señorita Elsa, eso ya tendríamos que hacerlo telegráficamente..." — Tendríamos... esto es bueno, es muy bueno. — "Bueno, eso sería lo de menos. ¿Cuánto decía usted, Elsa?" ¡Pero si ya lo oyó! ¿Por qué me tortura? "Treinta mil, señor von Dorsday.

En verdad, una suma ridícula." ¿Por qué dije eso? Qué tontería. Y él sonríe. Qué muchacha tonta, pensará. Su sonrisa es bastante amable. Papá está salvado. Le hubiera prestado también cincuenta mil, y habríamos podido comprarnos un montón de cosas. Yo me compraría ropa interior. Qué infame soy. Pues... así se vuelve una. — "No tan ridícula, hija mía..." — ¿Por qué me dice *hija mía*? ¿Es bueno o malo eso? — "... como usted se lo imagina. También treinta mil florines... es necesario ganarlos." "Perdóneme, señor von Dorsday, yo no quise decir eso. Sólo pensé que es muy triste que papá por una suma así, por semejante bagatela..." Dios mío, ya estoy reincidiendo... "No puede usted imaginarse, señor von Dorsday, aunque tenga cierto conocimiento de nuestra vida, qué terrible es para mí, y particularmente para mamá..." — Coloca un pie sobre el banco. ¿Pretende que eso sea elegante... o qué? — "Oh, sí que puedo imaginármelo, querida Elsa." — Cómo vibra su voz, de un modo tan distinto, extraño... "Y yo mismo ya he pensado muchas veces: lástima, lástima de ese hombre genial." ¿Por qué dice *lástima*? ¿No querrá dar el dinero? No. Sólo lo dice en general. ¿Y por qué no dice que sí, por fin? ¿O es que lo da por sobreentendido? ¡Cómo me mira! ¿Por qué no continúa hablando? Ah: porque ahora pasan estas dos húngaras. Por lo menos, ya está otra vez decentemente en pie; ya no tiene el pie sobre el banco. La corbata es demasiado chillona para un señor entrado en años. ¿Se las elegiré su amante? Nada muy distinguido, *dicho*

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

*sea entre nosotros*, según escribe mamá. ¡Treinta mil florines! Pero si le estoy sonriendo. ¿Por qué sonrío? Oh, ¡si seré cobarde! "Si por lo menos se pudiera suponer, mi querida señorita Elsa, que con esta suma realmente se lograría algo. Pero . . . es usted una criatura inteligente, Elsa, ¿qué serían estos treinta mil florines? Una gota en el mar." ¡Por el amor de Dios! ¿No quiere, entonces, dar el dinero? No debo mostrarme asustada. Todo está perdido. Debo decir ahora algo inteligente, y decirlo con energía. "Oh, no, señor von Dorsday: esta vez no sería una gota en el mar. El proceso de Erbesheimer está por delante, no lo olvide usted, señor von Dorsday, y ya hoy día puede descontarse que está ganado. Usted mismo tuvo esa sensación, señor von Dorsday. Y papá tiene otros pleitos también. Y además abrigo la intención. . . no se ría usted, señor von Dorsday, abrigo la intención de hablar con papá, y muy en serio. Él me estima bastante. Bien puedo decir que si alguien es capaz de ejercer alguna influencia sobre él, esa persona soy yo más que nadie. . ." "Es usted realmente una criatura conmovedora, encantadora, señorita Elsa." Su voz ya vibra otra vez. Cómo me repugna percibir de pronto esa vibración en los hombres. Tampoco en Fred me gusta eso. "Una criatura encantadora, en efecto." ¿Por qué dice *en efecto*? Esto es de mal gusto. Y sólo se dice en el Teatro Nacional de Viena. "Pero por más que yo quisiera compartir su optimismo. . . cuando un asunto ya está de tal modo enredado. . ." "Pero no lo está, señor von Dorsday. Si yo no creyera en papá, si no estuviera absoluta-

mente convencida de que estos treinta mil florines él los . . ." No sé qué decir ahora. No puedo, simplemente, pedirselo como se pide una limosna. Está reflexionando, por lo visto. ¿Puede que no sepa la dirección de Fiala? Absurdo. Y esta situación es imposible. Estoy aquí sentada como un alma en pena. Y él está de pie delante de mí, y me pone el monóculo en la frente, y calla. Ahora voy a levantarme, será lo mejor. No permitiré que me traten así. Y papá, que se suicide. Yo también voy a suicidarme. Esta vida es ignominiosa. Lo mejor sería arrojarse desde aquel peñón allá enfrente; así todo se acabará. Y bien merecido lo tendrían, todos ustedes. Me levanto. "Señorita Elsa . . ." "Perdone, señor von Dorsday, que en tal caso le haya molestado siquiera. Desde luego, puedo comprender perfectamente su actitud negativa . . ." — Bien, se acabó, me voy. — "Quédese, señorita Elsa." ¿Quédese, dijo? ¿Para qué voy a quedarme? Dará el dinero. Sí. Con toda seguridad. Pues: tiene que hacerlo. Pero no volveré a sentarme. Me quedaré de pie . . . como si sólo fuera cuestión de un segundo. Soy un poquito más alta que él. — "No aguarda usted mi respuesta, Elsa. Quería decirle que ya una vez, y perdóneme, Elsa, que lo mencione en esta oportunidad" — no tendría por qué decir tantas veces Elsa — "ya una vez me vi en el trance de ayudar a su papá en un apuro semejante. Cierto que con una suma . . . más ridícula aún que esta vez, y de ningún modo alimentaba la esperanza de volver a ver jamás aquel importe . . . De manera que, en realidad, no habría motivo alguno para

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

negarle esta vez mi ayuda. Más aún si una muchacha como usted Elsa . . . si usted personalmente se presenta ante mí como intercesora . . ." — ¿A dónde querrá llegar con eso? Su voz ya no "vibra". ¡O bien, ahora vibra de otro modo! ¡Cómo me está mirando! ¡Que tenga cuidado! — "Pues, bien, Elsa; estoy dispuesto . . . El doctor Fiala podrá tener pasado mañana a las doce los treinta mil florines . . . bajo una condición." ¡Que no siga hablando, que no siga! "Señor von Dorsday: yo, yo personalmente me hago responsable de la garantía; mi padre le devolverá esta suma no bien reciba los honorarios de Erbesheimer. Los Erbesheimer no han pagado nada en absoluto hasta ahora. Ni tan siquiera un adelanto . . . mamá me escribe . . ." "Deje usted eso, Elsa, no hay que dar nunca una garantía por otro . . . y ni siquiera por uno mismo." ¿Qué es lo que quiere? Su voz ya vibra otra vez. Nunca nadie me ha mirado así. Ya presiento a donde se dirige. ¡Ay de él! — "¿Acaso, hace una hora apenas, yo hubiera creído posible que, en circunstancias semejantes, podría ocurrírseme siquiera poner una condición? Y ahora, sin embargo, lo hago. Sí, Elsa: no soy más que hombre; y no es culpa mía que sea usted tan linda, Elsa." — ¿Qué quiere? ¿Qué quiere . . . ? — "Puede que tarde o temprano, hoy o mañana, le hubiera yo pedido lo que ahora quiero pedirle, aun sin que usted me solicitase un millón, perdone . . . treinta mil florines. Pero claro está que, a no ser por las circunstancias presentes, usted, sin duda, apenas me habría brindado la oportunidad de conversar tanto tiempo a solas con usted..."

"Oh, es verdad que ya he abusado de su tiempo, realmente, señor von Dorsday." Esto está bien dicho. Fred se pondría contento. ¿Qué es eso? ¿Está tomando mi mano? ¿Cómo se le ocurre...? "¿Acaso no lo sabe usted, desde hace mucho tiempo, Elsa?" — ¡Que suelte mi mano! Bueno, gracias a Dios, la suelta. No tan cerca, no tan cerca. — "No sería usted mujer, Elsa, si no lo hubiera notado. *Je vous désire.*" También podía decirlo en nuestro idioma, el señor vizconde... "¿Es necesario que diga algo más todavía?" "Ya dijo usted demasiado, señor Dorsday." Y todavía sigo aquí. ¿Por qué? Me voy, me voy sin saludar. — "¡Elsa! ¡Elsa!" — Está otra vez junto a mí. "Perdóneme, Elsa. También yo sólo me permití una broma, exactamente como antes usted, con el millón. Tampoco la exigencia mía será tan elevada... como usted temía; y siento tener que decirlo... De modo que, tal vez la sorprenda gratamente la exigencia menor. Deréngase, Elsa, se lo ruego." Y yo, realmente, me detengo. ¿Por qué? Y nos enfrentamos. ¿No correspondería darle simplemente una bofetada? Y aún estoy a tiempo, aún puedo hacerlo. Pasan los dos ingleses. Éste sería el momento adecuado: justamente por eso. ¿Cómo se explica que no lo haga, entonces? Soy cobarde; estoy quebrantada, humillada. ¿Qué querrá ahora en lugar del millón? ¿Un beso quizá? En cuanto a eso, sería cuestión de ponerse de acuerdo, Un millón a treinta mil guarda la misma proporción que... ¡hay ecuaciones divertidas! "Si realmente llega usted a necesitar alguna vez un millón, Elsa... yo no soy, por cierto, un hombre

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

rico, pero ya veremos. Sin embargo, por esta vez quiero ser modesto, como usted. Y por esta vez no quiero otra cosa, Elsa, que... verla." — ¿Está loco? Si me está viendo... ¡Ah, así es eso! ¡Cómo no le pego en la cara, a ese canalla! ¿Me he puesto colorada o pálida? ¿De modo que quieres verme desnuda? Esto lo quisiera más de uno. Soy hermosa, desnuda. ¿Por qué no le pego en la cara? Su cara es enorme. ¿Por qué tan cerca, canalla? No soporto tu aliento sobre mi mejilla. ¿Por qué no lo dejo sencillamente ahí plantado? ¿Me fascina acaso su mirada? Nos clavamos los ojos mutuamente, como enemigos mortales. Yo quisiera decirle "canalla", pero no puedo. ¿O bien no quiero decirselo? "Me está usted mirando, Elsa, como si yo estuviera loco. Quizás lo esté un poco de verdad, porque de usted emana un hechizo, Elsa, del que usted misma sin duda ni tiene idea. Debiera sentir usted, Elsa, que mi ruego no es una ofensa. Sí: digo *ruego*, por más que esto se parezca, desesperadamente, a una extorsión. Pero yo no soy chantagista; sólo soy un ser humano; un hombre que ha recogido muchas experiencias, entre otras aquella de que en el mundo todo tiene su precio; y que quien regala su dinero cuando está en condiciones de recibir por él un valor equivalente, es un necio rematado. Y... lo que esta vez quiero yo comprarle, Elsa... Por mucho que sea... no se quedará usted más pobre vendiéndomelo. Y que todo esto será un secreto, por siempre, entre usted y yo, esto se lo juro, Elsa, por... por todos los encantos mediante cuya revelación usted me haría

dichoso." ¿Dónde aprendió a hablar así? Eso suena como letra impresa. "Y le juro, además, que no abusaré de la situación, en un sentido no previsto en nuestro contrato. No le pido otra cosa que el permiso de permanecer un cuarto de hora rindiendo silencioso culto a su belleza. Mi habitación se encuentra en el mismo piso que la suya, Elsa: sesenta y cinco. Un número fácil de recordar: el jugador de tennis sueco que usted mencionó hoy, ¿no tenía precisamente sesenta y cinco años?" ¡Está loco! ¿Por qué le permito que siga hablando? Estoy petrificada. — "Pero si por algún motivo no le pareciera bien visitarme en la habitación sesenta y cinco, Elsa, entonces le propongo un pequeño paseo, después del *diner*. Hay un claro en el bosque, que hace unos días descubrí por pura casualidad, a apenas cinco minutos de distancia de nuestro hotel... Tendremos hoy una noche de verano maravillosa; casi hace calor; y la luz de las estrellas le sentará a usted a las mil maravillas." Como si hablara con una esclava. Le escupiré en la cara. "No me conteste en seguida, Elsa. Reflexione. Después del *diner* tendrá usted la bondad de participarme su decisión." ¿Por qué dice *participarme*? Qué palabra idiota: participar... "Piénselo con toda tranquilidad. Tal vez llegue usted a sentir que lo que le propongo no es un mero negocio." — ¡Qué es entonces, canalla vibrante! — "Posiblemente se dará usted una idea de que quien así le habla es un hombre bastante solitario, no muy dichoso, y que quizá merezca alguna condescendencia." ¡Canalla afectado! Habla como un mal

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

actor. Sus dedos tan bien cuidados tienen aspecto de garras. ¡No, no, no quiero! ¡Por qué, pues, no lo digo! ¡Suicídase, papá...! ¿Qué quiere con mi mano? Mi brazo está inerte, completamente flojo. Lleva mi mano a sus labios. Labios calientes. ¡Qué asco! Mi mano está fría. Tendría ganas de quitarle el sombrero de un soplo. ¡Ja, qué divertido sería! ¿Terminarás pronto con tu beso, canalla...? Ya están encendidos los faroles delante del hotel. Dos ventanas están abiertas en el tercer piso. Aquella donde se mueve la cortina, es la mía. Allá arriba, sobre el armario, hay algo que brilla. No tengo nada sobre el armario, han de ser los adornos de bronce... "Hasta luego entonces, Elsa." No contesto nada. Me quedo inmóvil. Me mira en los ojos. Mi gesto es impenetrable. No sabe nada. No sabe si iré o no. No lo sé yo tampoco. Yo sólo sé que todo se acabó. Estoy medio muerta. Ahí anda. Un poco agachado. ¡Canalla! Siente mi mirada en su nuca. ¿A quién saluda ahí? Dos señoras. Saluda como si fuera un conde. Que Paul lo rete a duelo, y lo mate de un tiro. O Rudi. ¿Qué se ha creído? ¡Sujeto infame! Jamás, jamás. No tendrás más remedio, papá; tienes que quitarte la vida... Por lo visto, esos vienen de una partida. Son guapos los dos, él y ella. ¿Tendrán tiempo todavía de cambiarse antes del *dinner*? Están sin duda realizando su viaje de bodas. O, tal vez, ni siquiera estén casados. Yo nunca realizaré un viaje de bodas. Treinta mil florines. ¡No, no, y no! ¿No hay, en este mundo, treinta mil florines? Iré a ver a Fiala. Aún llegaré a tiempo. ¡Clemencia, clemen-

— — — — — LA SEÑORITA ELSA

cia, doctor Fiala! — Con el mayor placer, señorita. Pase usted a mi dormitorio. . . Hazme el favor, Paul, pídele treinta mil florines a tu padre. Dile que tienes deudas de juego; que de otro modo tendrás que pegarte un tiro. — Encantado, querida prima. Mi habitación es número tantos y tantos, te espero a medianoche. — Oh, señor von Dorsday, ¡qué modesto es usted!, por el momento. . . Ahora se está mudando de traje: smoking. Pues, decidámonos. ¿El prado bajo el claro de luna, o la habitación sesenta y cinco? ¿Me acompañará al bosque de smoking?

Todavía falta mucho para el *diner*. Pasearemos un rato y consideraremos el asunto con toda tranquilidad. — Soy un hombre solitario y viejo. ¡Jajá. . . ! Aire divino, como champaña. Ya no hace nada de frío. . . treinta mil. . . treinta mil. . . Debo de quedar bastante bonita en medio de este vasto paisaje. Lástima que ya no haya gente afuera. A aquel señor allá en el margen del bosque, le gusto sin duda muchísimo. ¡Oh, señor mío, desnuda soy mucho más bella aún! Y cuesta una miseria: treinta mil florines. Además, podría usted traerse a sus amigos, y entonces le saldría más barato. Espero que sólo tendrá usted amigos gallardos, más gallardos y más jóvenes que el señor von Dorsday. ¿Conoce usted al señor von Dorsday? Es un canalla. . . un canalla vibrante. . .

De modo que reflexionar, reflexionar. . . Hay en juego una vida humana. La vida de papá. Pero no, él no se quitará la vida, preferirá la cárcel. Tres años de presidio, o cinco. Con esa angustia eterna está

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

viviendo desde hace cinco o diez años ya... dineros pupulares... Y mamá lo mismo. Y yo también, pues. ¿Ante quién tendré que desnudarme la próxima vez? O bien, para mayor sencillez, ¿nos quedaremos con el señor Dorsday? Ya que su amante actual no es nada muy distinguido, *dicho sea entre nosotros*. Sin duda me preferiría a mí. En realidad, no sé si yo soy mucho más distinguida; no es cosa tan segura. No se haga usted la aristócrata, señorita Elsa: que yo sabría contar cada historia de usted... Referiría cierto sueño por ejemplo, que ya tuvo usted tres veces, y del que ni siquiera le ha contado nada a su amiga Berta. Y eso a pesar de que ella es capaz de tolerar un plato fuerte. Y por otra parte, ¿qué le sucedió este año en Gmundén; a las seis de la mañana, en el balcón, mi distinguida señorita Elsa? ¿Acaso no notó usted en absoluto a aquellos dos jóvenes del bote que le clavaban los ojos? Es cierto que no podían distinguir mi cara desde el lago, pero que sólo estaba en camisa, eso sin duda lo advirtieron. Y para mí, aquello fué un placer. Oh, más que un placer: yo estaba como embriagada. Con las dos manos me acariciaba las caderas y hacía como que no sabía que me estaban mirando, engañándome a mí misma. Y el bote no se movía de su sitio. Sí, así soy yo, así soy. Una descarada, sí. Y todos ellos lo sienten, lo perciben. También Paul lo siente. Desde luego... él es médico de señoras. Y el teniente de marina también lo percibía, y el pintor también; únicamente Fred, ese tonto, no lo percibe. Y por eso justamente me ama. Pero delante

de él, precisamente, no quisiera yo estar desnuda... nunca, jamás. Eso no me causaría ningún placer. Me daría vergüenza. En cambio, ante aquel *filou* con cabeza de romano: ¡cuánto me gustaría! Ante ése me gustaría más que ante ningún otro. Aunque debiera morirme inmediatamente después. Pero si ni siquiera es necesario morir luego. Son cosas, después de las cuales uno sobrevive perfectamente. Berta sigue viviendo, y a ella le ha pasado mucho más que eso. Cissy también ha de estar desnuda en la cama, cuando Paul se desliza hacia ella a través de los corredores del hotel, tal como yo, esta noche, me deslizaré al encuentro del señor von Dorsday.

¡No, no! No quiero. Cualquiera otro, pero no él. Por mí, que sea Paul. O bien, me elegiré alguno esta noche, durante el *diner*. Pues, da lo mismo, tanto uno como otro... ¡Pero si no puedo ir a decirle a todo el mundo que quiero treinta mil florines por eso! Entonces yo sería igual que una vulgar mujerzuela de la *Kärntnerstrasse*. No, yo no me vendo. Jamás. Jamás me venderé. Yo me regalo. Sí: si alguna vez encuentro a un hombre como es debido, me regalaré. Pero no me vendo. Seré una descarada, una pérdida, pero no una prostituta. Se equivocó usted en sus cálculos, señor von Dorsday. Y papá también. Sí, también él se equivocó en sus cálculos. Tendría que haberlo previsto: él conoce a los hombres. Conoce a este señor von Dorsday. Podría haberse imaginado que el señor von Dorsday no hace estas cosas así como así, sin retribución alguna. De otro modo, hubiera podido

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

mandar un cable, o tomar el tren y venirse hasta acá. Pero así fué más cómodo, y más seguro; ¿verdad, papá? Si tiene uno una hija tan linda, ¿para qué marcharse a la cárcel? Y mamá, tonta como es, va y se sienta y escribe esa carta. Papá ni se animó a hacerlo. Pues entonces yo, forzosamente, hubiera advertido en seguida la maniobra. Pero no tendréis suerte con esta maniobra. No, papá: con excesiva seguridad has especulado poniendo en juego mi cariño filial; con excesiva seguridad calculaste que yo preferiría soportar cualquier infamia a permitir que tú sufras las consecuencias de tu ligereza criminal. Eres un genio, sí. El señor von Dorsday lo dice; y lo dice todo el mundo. Pero de qué me sirve eso. Fiala es un cero; pero él no defrauda dineros pupilares. Ni siquiera el nombre de Waldheim, puede ser pronunciado junto con el tuyo... ¿Quién fué el que dijo eso? El doctor Fropiep. «Su papá es un genio...» ¡Y yo, que lo escuché hablar una sola vez! El año anterior, ante el tribunal de jurados... ¡por primera y última vez! ¡Estuvo magnífico! Las lágrimas me corrían por las mejillas. Y aquel individuo miserable a quien defendía, fué absuelto. Y puede que ni siquiera haya sido un individuo tan miserable. De todas maneras, sólo robó; no malversó dineros pupilares para jugar al bacará; ni para especular en la Bolsa. Y ahora, papá mismo tendrá que comparecer ante los jurados. Y eso se leerá en todos los periódicos. Segunda audiencia, tercera audiencia; el defensor se levantó para pronunciar una réplica. ¿Quién será su defensor? Ningún genio. Nada en el

mundo podrá ayudarle. . . Declarado culpable, unánimementé. Condenado a cinco años. La cantera; ropa de presidiario; cabeza rapada. Se admiten visitas una vez por mes. Yo y mamá tomamos el tren; tercera clase: porque no tenemos dinero; nadie nos presta nada. Un departamentito en la calle Lerchenfelder, como ése donde visité a aquella costurera, hace unos diez años. . . Le llevamos algo de comer. . . ¿De dónde lo sacaremos? Si no tendremos nada, ni para nosotros. Tío Viktor nos fijará una renta. Trescientos florines al mes. Rudi estará en Holanda, en la casa Vanderhulst. . . si entonces aún lo aceptan. ¡Los hijos del presidiario! Novela de Temme, en tres tomos. Papá nos recibe en su traje rayado. No está enojado; sólo está triste. Si él ni siquiera es capaz de enojarse. . . Elsa, si tú aquella vez me hubieses conseguido el dinero, pensaré. . . pero no diré nada. Su corazón no le permitirá reprocharme nada. Si es una alma de Dios. . . sólo que, esa ligereza que tiene. . . Su fatalidad es la pasión del juego. Él no tiene la culpa: es una especie de locura. Tal vez lo absuelvan por insano. También esta carta la hizo despachar irreflexivamente. Puede que ni se le haya ocurrido que Dorsday podría aprovechar la oportunidad para semejante vileza. Es un buen amigo de casa; ya le prestó a papá, una vez, ocho mil florines. ¡Quién iría a pensar tal cosa de una persona así! Sin duda, papá ha intentado primero todo lo que pudo. ¡Qué no habrá sufrido antes de inducir a mamá a escribir esta carta! Ha estado corriendo y acudiendo de uno a otro; de Warnsdorf a Burin, de Burin a

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

Wertheimstein, y Dios sabe a quién más. No cabe duda de que también fué a ver a tío Karl. Y todos lo han abandonado. Todos éstos, que se llaman amigos. Y ahora Dorsday es su esperanza, su última esperanza. Y si el dinero no llega, se quitará la vida. Claro que se quitará la vida. No permitirá que lo lleven a la cárcel. Detención preventiva; el proceso; el tribunal de jurados; la cárcel; el traje de presidiario. ¡No, no! Cuando llegue la orden de arresto, se pegará un tiro o se ahorcará. Colgará del crucero de la ventana. Mandarán a avisar de la casa de enfrente. Tendrá que abrir el mecánico. Y la culpa será mía. Y ahora está sentado, con mamá, en el mismo cuarto donde pasado mañana estará colgado, y fuma su cigarro habano. ¿Cómo hará para conseguir todavía estos puros de la Habana? Lo oigo hablar, lo oigo tranquilizar a mamá. — Pierde cuidado, Dorsday girará el dinero. Acuérdate que el último invierno le salvé una suma grande, gracias a mi intervención. Y luego llegará el proceso Erbesheimer. . . — Es la realidad. . . Lo oigo hablar. ¡Telepatía! Qué extraño. También a Fred veo en este momento: ahí viene pasando con una muchacha; es en el *Stadtpark*, frente al casino. Ella lleva una blusa celeste y zapatos claros, y es un pequito ronca. Lo sé todo con absoluta certeza. Cuando llegue a Viena, le preguntaré a Fred si el tres de setiembre, entre las siete y media y las ocho de la noche, estuvo con su querida en el parque.

Y sigo andando: ¿a dónde voy ahora? ¿Qué pasa conmigo? Ya la oscuridad es casi completa. Qué belleza

## ----- LA SEÑORITA ELSA

y qué tranquilidad. Ni un sólo ser humano hasta donde alcanza la vista. Ahora ya todo el mundo está sentado a la mesa: el *diner*. ¿Telepatía? No, esto no es ninguna telepatía, falta mucho para que lo sea... Pues, hace un momento, escuché el gong. ¿Dónde está Elsa?, se preguntará Paul. Si no llego cuando sirvan los fiambres, les llamará la atención a todos. Mandarán arriba, a mi habitación, a ver qué sucede. ¿Qué le sucede a Elsa? Ella siempre es tan puntual, ¿verdad? También los dos señores junto a la ventana pensarán: ¿dónde está hoy esa hermosa muchacha de pelo rojizo? Y el señor von Dorsday se asustará. Es cobarde, sin duda. Tranquilícese usted, señor von Dorsday, que a usted no le pasará nada: porque lo desprecio demasiado. Si yo quisiera, sería usted hombre muerto mañana a la noche. Estoy convencida de que Paul lo retaría a duelo si le contara el asunto. Le perdono la vida, señor von Dorsday.

Qué inmensos los prados, y qué negrura tremenda la de las montañas. Casi ninguna estrella. Sí, algunas, sin embargo... tres, cuatro... ya se multiplican. Y el bosque a mis espaldas, tan silencioso. ¡Qué agradable quedarse aquí sentada, en este banco, junto al margen del bosque! El hotel... tan lejos, tan lejos, y tan feéricas sus luces, desde aquí. Y qué canallas hay en él. Oh, no: hombres, pobres seres humanos; me dan lástima todos ellos. También la *marchesa* me da lástima, no sé por qué; y la señora Winawer; y la institutriz de la niña de Cissy. Ella no se sienta a la *table d'hôtes*: ya ha cenado antes, con Fritzi. ¿Qué

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

le pasará a Elsa?, pregunta Cissy. ¿Cómo, no está tampoco en su cuarto? Ahora con seguridad ya todos temen por mí. Únicamente yo no temo nada. Sí, aquí estoy, pues, en Martino di Castrozza, sentada sobre un banco en el linde del bosque, y el aire es como champaña, y casi me parece que estoy llorando. Pues, ¿por qué estoy llorando? No hay razón alguna para llorar. Son los nervios. Tengo que dominarme. No debo abandonarme así. Pero el llanto no es desagradable. El llanto siempre me hace bien. Cuando visité a nuestra vieja institutriz francesa, en el hospital, la que después murió, también lloré. Y durante el sepelio de abuelito, y cuando Berta partió para Nuremberg, y cuando murió el bebé de Agathe, y en el teatro, cuando dieron *La dama de las camelias*, lloré también. ¿Quién llorará cuando esté muerta? Oh ¡qué bello sería estar muerta! Estar de cuerpo presente en el salón, con los cirios de la capilla ardiente encendidos. Altos cirios. Doce altos cirios. Y abajo ya aguarda el fúnebre. Delante de la puerta de casa se aglomera la gente. ¿Cuántos años tenía? Diecinueve nada más. ¿De veras que sólo diecinueve...? Imagínese usted, su papá está en la cárcel. ¿Y por qué se suicidó? Por un amor desdichado; se enamoró de un *filou*. Pero no, ¿cómo se le ocurre? La verdad es que estaba por tener un bebé. No, señor, se despeñó desde lo alto del Cimone. Es un accidente... Buenos días, señor Dorsday: ¿también usted viene a acompañar a la pequeña Elsa a su última morada? Pequeña Elsa, dice esa vieja... ¿Cómo? Pues, claro que tengo que acompañarla. Tengo

que rendirle este último honor. Puesto que también le he rendido el primer ultraje. Oh, valia la pena, señora Winawer: jamás habia visto un cuerpo tan hermoso. Y sólo me costó treinta millones. Un Rubens cuesta tres veces más. Se envenenó con haschisch. Sólo ansiaba bellas visiones; pero tomó demasiado, y luego ya no despertó. ¿Y por qué lleva, el señor Dorsday, un monóculo rojo? ¿Y a quién le está haciendo señas con el pañuelo? Mamá baja por la escalera; y ahora le besa la mano. ¡Qué asco, qué asco! Están cuchicheando. Yo no puedo comprender nada, porque estoy amortajada, en el catafalco. La corona de violetas que ciñe mi frente es de Paul. Las cintas descienden hasta el suelo. Nadie se atreve a entrar. Será mejor que me levante y me ponga a mirar por la ventana. ¡Qué lago tan grande y azul! Cien barcas con velas amarillas. . . ¡Cómo resplandecen las olas! Tanto sol. Una regata. Todos los señores tienen camiseta de remo; las damas están en traje de baño. Esto es indecente. Se imaginan que estoy desnuda. Qué tontos son. Yo no tengo puesta mi ropa de luto, porque estoy muerta. Se lo demostraré a ustedes. Volveré a acostarme inmediatamente sobre el catafalco. ¿Dónde está el catafalco? Se fué. Se lo llevaron. Lo desfalcaron. Por ese desfalco papá está en la cárcel. Y sin embargo, lo absolvieron por tres años. Los jurados han sido todos sobornados por Fiala. Pues ahora iré al cementerio a pie; así mamá se ahorrará los gastos del entierro. Tenemos que reducir gastos. Estoy caminando tan de prisa que nadie puede seguirme. Oh, ¡qué de prisa

puedo caminar! Y todo el mundo se para en las calles y queda admirado. ¡Cómo se puede mirar así a una persona que está muerta! Es una impertinencia. Será mejor que tome a campo traviesa; el campo está todo azul, de tantas nomeolvides y violetas. Los oficiales de la marina están formando una calle de dos filas. Buenos días, señores. ¡Franquead la entrada, señor espada! ¿No me reconocéis? Pues yo soy la muerta... No por eso tiene que besarme usted la mano... ¿En dónde está mi tumba? ¿También la desfalcaron? Esto, gracias a Dios, no es en verdad el cementerio. ¡Esto es el parque de Menton! Papá se pondrá contento al saber que no estoy enterrada. Yo no les tengo miedo a las víboras. Con tal que ninguna me muerda, en el pie. ¡Ay!

¿Qué pasa? ¿Dónde estoy? ¿Me quedé dormida? Sí. Dormida. Hasta creo que he soñado algo. ¡Qué frío tengo en los pies! ¡Qué frío...! en el pie derecho. ¿Cómo es eso? Allí, en el tobillo, tengo un pequeño desgarrón en la media. ¿Y por qué estoy todavía sentada en el bosque? Hace mucho que deben de haber llamado para el *diner*. «Dinner».

Oh, Dios, ¿dónde estuve? ¡Qué lejos estuve! ¿Qué, pues, he soñado? Creo que soñé que ya estaba muerta. Ya no tenía preocupaciones, ni tenía que devanarme los sesos. Treinta mil, treinta mil... todavía no los tengo... Todavía me falta ganármelos. Y me quedo aquí sentada, sola, a orillas del bosque. El resplandor de las luces del hotel llega hasta aquí. Tengo que regresar. Es terrible que yo tenga que regresar. Pero ya

no hay tiempo que perder. El señor von Dorsday espera mi decisión. Decisión. ¡Decisión! No. No, señor von Dorsday; así, a secas: no. Usted bromeó, señor von Dorsday, claro que bromeó usted. Sí, voy a decirle eso. Oh ¡es una idea excelente! Su broma no fué una broma muy distinguida, señor von Dorsday, pero se la perdono. Mañana por la mañana mandaré un telegrama a papá, señor von Dorsday, diciéndole que el dinero estará puntualmente en poder del doctor Fiala. Maravilloso. Voy a decirle eso. No tendrá más remedio; tendrá que mandar el dinero. ¿Realmente? ¿Tendrá que hacerlo? ¿Por qué? Y aunque lo hiciera, luego, de algún modo, se vengaría. Se las arreglaría para que el dinero llegara demasiado tarde. O bien, mandaría el dinero, y después contaría a todo el mundo que fuí suya. Pero ni siquiera mandará el dinero. No, señorita Elsa; no fué así nuestro trato. Telegrafíe usted a su papá lo que le dé la gana, pero yo no mandaré ese dinero. No creerá usted, señorita Elsa, que me dejaré engañar por una muchachita como usted, yo, el vizconde des Éperies.

Debo caminar con cuidado. El camino está completamente a oscuras. Es extraño que me sienta mejor que antes. En realidad, nada se ha modificado, y yo sin embargo me siento mejor. ¿Qué habrá sido, pues, lo que he soñado? ¿Algo con un *matador* con espada? ¿Qué clase de torero fué ése? . . . El hotel está más lejos de lo que yo creía. Sin duda, todavía están todos sentados a la mesa. Me sentaré tranquilamente a la mesa, y diré que tuve jaqueca, y pediré que me sirvan

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

algo fuera del orden. Y por último, el señor von Dorsday se acercará por sí mismo, y me dirá que todo eso no fué más que una broma. Perdone usted, señorita Elsa, perdone esta broma de mal gusto; ya telegrafíe a mi banco... Pero no lo dirá. Ni mandó el telegrama. Todo está igual que antes. Él aguarda. El señor von Dorsday aguarda. No, no quiero verlo. Ya no puedo verlo. Ya no quiero ver a nadie. No quiero volver al hotel, ni quiero ya volver a casa; no quiero regresar a Viena; no quiero volver junto a ningún ser humano; ni junto a papá, ni junto a mamá, ni junto a Rudi, ni junto a Fred, ni junto a Berta, ni junto a tía Irene. Aunque ésta es la mejor de todos; ella lo comprendería todo. Pero ya no tengo nada que ver con ella, ni con nadie. Si yo fuera bruja, si supiera emplear artes de magia, me hallaría en otra parte del mundo. Sobre algún barco espléndido en el Mediterráneo... pero no sola. Con Paul por ejemplo. Sí, eso puedo imaginármelo perfectamente; o bien, viviría en un chalet junto al mar; y estaríamos acostados sobre los peldaños de mármol que descienden al agua, y él me sostendría firmemente en sus brazos y me mordería en los labios, como dos años atrás lo hizo, junto al piano, Albert, ese desvergonzado. No. Quisiera reposar yo sola junto al mar, sobre la escalinata de mármol, y esperar. Y finalmente vendría uno, o varios; y yo podría escoger, y los otros, a los que desdeñara, se arrojarían todos al mar, desesperados. O bien: tendrían que tener paciencia hasta el día siguiente. Oh, ¡qué vida deliciosa sería! ¿Para qué, pues,

tengo mis espléndidos hombros, mis piernas bellas y esbeltas? ¿Para qué estoy, en general, en el mundo? Y, en realidad, merecerían eso, todos ellos; puesto que sólo para eso me han educado: que me venda, así o así. Del arte escénico no quisieron saber nada. Se rieron de mí. Y el año pasado habrían merecido perfectamente que yo me casara con el director Wilomitzer, que ya frisa en los cincuenta. Sólo faltaba que trataran de persuadirme. En este sentido papá, con todo, sentía un poco de vergüenza. Pero mamá dejó escapar algunas insinuaciones bastante claras.

¡Qué gigantesco se yergue ahí el hotel: como un enorme y luminoso castillo encantado! Todo es tan gigantesco. También las montañas. Como para sentir miedo. Jamás las ví tan negras. Aún no apareció la luna. Ella sólo saldrá para la función: para la gran función en el prado, cuando el señor von Dorsday haga bailar desnuda a su esclava. ¿Y qué me importa a mí el señor Dorsday? Pues, bien, mademoiselle Elsa: ¿por qué tantas historias? ¿No se sentía usted dispuesta ya a fugarse; a ser la amante de hombres extraños; de uno tras otro? ¿Y repara usted en esta insignificancia que le exige el señor von Dorsday? ¿De modo que por una alhaja de perlas, por bellos vestidos, por un chalet junto al mar estaría dispuesta a venderse usted? ¿Y la vida de su padre no vale ni tanto para usted? Pues, sería justamente el comienzo adecuado. Y sería, a la vez, la justificación de todo lo demás. Fué por ustedes, podría yo decirles entonces; ustedes hicieron de mí lo que soy; todos ustedes tienen la culpa de que

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

yo haya llegado a ser así, y no sólo papá y mamá. También Rudi tiene la culpa, y Fred, y todos, todos, porque en verdad nadie se interesa por nadie. Un poco de cariño, cuando tienes un buen semblante y estás linda; y un poco de preocupación cuando tienes fiebre; y te mandan al colegio; y en casa, estudias el piano y el francés; y en verano vas al campo; y para tu cumpleaños recibes regalos; y durante la comida, oyes hablar de muchas cosas... ¿Pero de lo que sucede en mi interior; de aquello que hurga en mi entraña y siente angustia, os habéis preocupado jamás? A veces había en la mirada de papá como un presentimiento de ello, pero un presentimiento muy fugaz. Y luego adelantaban en seguida, otra vez, la profesión, y las preocupaciones, y las especulaciones de Bolsa... y probablemente también alguna mujer que permanecía a la sombra, *nada muy distinguido dicho sea entre nosotros...* y otra vez yo estaba sola. Bien: ¿qué harías tú, papá, qué harías tú hoy, si yo no estuviera?

Aquí estoy, sí, aquí estoy, de pie ante el hotel... Qué terrible tener que entrar allí, ver a todo el mundo, al señor von Dorsday, a tía, a Cissy. Qué hermoso fué aquello... hace un rato, en el banco, a la orilla del bosque, cuando ya estaba muerta. Espada... si sólo pudiera acordarme qué... era una regata, cierto, y yo estaba mirando desde la ventana. ¿Pero quién fué el espada?... Conque sólo no me sintiese tan cansada, tan horriblemente cansada. Y sintiéndome así, ¿pretenden que me quede despierta hasta medianoche y luego me deslice en la habitación del señor von

Dorsday? Pudiera ser que me encontrara con Cissy en el pasillo. ¿Tendrá puesto algo debajo del batón cuando va a visitarlo? Qué difícil es todo cuando no tiene una práctica en estas cosas. ¿No debería pedirle consejo a Cissy? Claro que en tal caso no diría que se trata de Dorsday; ella tendría que imaginarse que tengo una cita nocturna con uno de los jóvenes buenos mozos que se alojan en el hotel. Por ejemplo, con ese hastial rubio, que tiene los ojos tan ardientes. Pero si ése ya no está. Repentinamente ha desaparecido. ¿Y cómo es eso?, hasta este momento ni siquiera pensé en él. Pero, por desgracia, no es el hastial rubio con los ojos ardientes, ni es tampoco Paul: es el señor von Dorsday. ¿Bueno, cómo lo haré? ¿Qué le digo? ¿Sencillamente, que sí? Pero si yo no puedo presentarme sin más en la habitación del señor Dorsday. Él sin duda tiene una cantidad de frascos elegantes en su mesa lavatorio, y el cuarto olerá a perfumes franceses. No, por nada en el mundo iré allí. Prefiero el aire libre, allí él no me interesa... El cielo es tan alto y el prado tan grande. Ni siquiera tendré que pensar en el señor Dorsday. Ni tan siquiera tendré que mirarlo. Y si osara tocarme, recibiría un puntapié de mis pies desnudos. ¡Ay, si fuera otro! ¡Algún otro! Todo, todo podría obtener de mi esta noche, cualquiera que no fuese Dorsday. ¡Y es precisamente ése! ¡Precisamente él! ¡Cómo pincharán y penetrarán sus ojos! Estará ahí de pie, con su monóculo y su ancha risa. Pero no, nada de risa... Adoptará una expresión noble. Elegancia. No faltaba más; él está acostumbrado

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

a tales cosas. ¿A cuántas ya vió así? ¿A cien o a mil? ¿Pero ya hubo entre ellas alguna como yo? No, ciertamente que no. Yo le diré que él no es el primero en verme así. Le diré que tengo un amante, pero sólo una vez que haya despachado los treinta mil florines a Fiala. Entonces le diré que ha sido un necio, que por el mismo dinero hubiera podido tenerme... Que ya he tenido diez amantes, veinte, cien... Pero ¡si todo esto él no me lo creerá...! Y si me lo cree, ¿de qué me serviría?... ¡Oh, si de algún modo pudiera yo echarle a perder su placer! ¿Qué, si estuviera presente alguien más? ¿Por qué no? Pues: ¿acaso dijo que es indispensable que esté conmigo a solas? Ay, señor von Dorsday: ¡qué miedo le tengo! ¿No tendría usted la amabilidad de permitirme que me acompañe un buen amigo mío? Oh, esto de ningún modo contraría nuestro convenio, señor von Dorsday. Si fuera de mi agrado, podría yo invitar para ello a todo el hotel, y usted, a pesar de todo, estaría obligado a despachar los treinta mil florines. Pero yo me contentaré con llevar a mi primo Paul. ¿O prefiere usted, acaso, algún otro? El hastial rubio por desgracia ya no está, y aquel *filou* que tenía cabeza de romano tampoco; es una lástima. Pero ya encontraré algún otro. ¿Teme usted la indiscreción? Pero si eso no tiene importancia. A mí no me interesa la discreción. Cuando una ha llegado a lo que he llegado yo, ya todo da lo mismo. Pues, sepa usted que lo de hoy sólo es un comienzo. ¿O cree usted que, después de semejante aventura, regresaré a mi casa como si nada: una muchacha hon-





## ----- LA SEÑORITA ELSA

rada, y de buena familia? No: ni buena familia, ni muchacha honrada. Esto, pues, estará liquidado. En adelante andaré sin andaderas, como suele decirse; sosteniéndome sobre mis propias piernas. Yo tengo piernas hermosas, señor von Dorsday, cosa que usted, y los demás participantes de la fiesta, pronto tendrán ocasión de notar. Asunto concluido, señor von Dorsday: a las diez, mientras todo el mundo permanezca sentado en el hall, nosotros saldremos al prado, y bajo la luz de la luna, atravesaremos el bosque rumbo a su famoso claro, descubierta por usted mismo. En todo caso, traiga usted, por las dudas, el telegrama para el banco. Pues sin duda puedo exigir una garantía, de un villano como usted. Y luego, a medianoche, podrá usted volver a casa, y yo me quedaré con mi primo, o con quien sea, en el prado, bajo el claro de luna. ¿Supongo que no tendrá nada que objetar, señor von Dorsday? Ni tiene usted tampoco derecho a objetar nada. Y si mañana por la mañana casualmente me encontraran muerta, no se admire usted mayormente: en tal caso será Paul quien despache el telegrama. Esto ya se hará. Pero no vaya a imaginarse entonces, por el amor de Dios, que usted, sujeto miserable, me ha arrojado en brazos de la muerte. Ciertamente, hace rato ya que yo sé que éste será mi fin. Pregunte usted, se lo ruego, a mi amigo Fred, y él le informará si no se lo he dicho ya muchas veces. Fred, debe usted saberlo, es el señor Friedrich Wenkheim; dicho sea de paso, el único hombre decente que he conocido en mi vida. El único a quien yo hubiera amado, si no fuese

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

tan extraordinariamente decente. Si, una criatura tan abyecta soy yo. No estoy hecha para una existencia burguesa, y no tengo tampoco ninguna clase de talento. Para nuestra familia, de todas maneras, lo mejor sería que se extinguiese. Con Rudi, sin duda, también pasará alguna desgracia. Se meterá en deudas hasta los codos, a causa de alguna cancionista holandesa, y cometerá algún desfalco en la casa Vanderhulst. Así es como pasan las cosas en nuestra familia. El hermano menor de mi padre... ése se pegó un tiro cuando tenía quince años. Nadie sabe por qué. Yo no lo conocía. Pida usted que le muestren su fotografía, señor von Dorsday. La tenemos en un álbum... Dicen que yo me parezco a él. Nadie sabe por qué se quitó la vida. Y en mi caso tampoco lo sabrán. Por usted no será; eso de ningún modo, señor von Dorsday. Semejante honor no voy a concederle. Y si esto sucede a los diecinueve o a los veintiuno, lo mismo da. ¿O quiere usted que me haga institutriz, o telefonista, o que me case con algún Wilomitzer, o que sea mantenida suya, señor von Dorsday? Todo esto me repugna por igual, y no iré con usted al prado. No, todo esto es demasiado fatigoso, y demasiado estúpido y repelente. Viéndome muerta, ya tendrá usted la gentileza de enviar esos cuantos miles de florines para papá, pues sería demasiado triste que lo detuvieran justamente el mismo día en que llevaran mi cadáver a Viena. Pero dejaré una carta con una disposición testamentaria: el señor von Dorsday tendrá el derecho de contemplar mi cadáver; mi hermoso y desnudo

cadáver de muchacha. Y así no podrá usted quejarse, señor von Dorsday, de que yo lo haya engañado con una mala jugada. Recibirá usted algo por su dinero. Nuestro contrato no especifica que yo debo estar con vida. Oh, no. Esto no está escrito. Bueno, pues: dejo, al testar, la visión de mi cadáver al comerciante en artículos de arte Dorsday; y al señor Fred Wenkheim dejo mi diario de cuando tenía diecisiete años, porque luego no seguí escribiéndolo. . . y a la *Fräulein* de Cissy dejo las cinco monedas de a veinte francos que hace años me traje de Suiza. Están en el escritorio junto a las cartas. Y a Berta dejo mi vestido de noche, el verde. Y a Agathe mis libros. Y a mi primo Paul le dejo un beso sobre mis pálidos labios. Y a Cissy lego mi raqueta, porque soy noble. Y que me entierren aquí no más, en San Martino di Castrozza, en el bello y pequeño camposanto. Ya no quiero regresar a casa. Ni aún muerta quiero regresar. Y que papá y mamá no se aflijan, pues yo estoy mejor que ellos. Y les perdono. No es una lástima: nada se pierde conmigo. ¡Jajá, qué testamento más divertido! Estoy realmente conmovida. Si pienso que mañana, a la hora en que los demás se sienten para el *diner*, yo ya estaré muerta. . . Claro que tía Emma no bajará a la hora del *diner*, y Paul tampoco. Se harán servir en sus habitaciones. Tengo curiosidad por saber cómo se comportará Cissy. Sólo que, por desgracia, no llegaré a enterarme de ello. Ya no me enteraré de nada, en absoluto. ¿O acaso se sigue sabiendo todo mientras no se está sepultado? Y para colmo, podría suceder que sólo

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

esté muerta en apariencia: aletargada. Y cuando el señor von Dorsday se acerque a mi cadáver, yo despertaré y abriré los ojos, y a él, de susto, se le caerá el monóculo.

Pero desgraciadamente todo esto no es verdad; no estaré aletargada, ni muerta tampoco. Ciertamente, no voy a suicidarme; yo soy demasiado cobarde. Aunque soy, por cierto, una alpinista valiente, soy cobarde a pesar de todo. Y tal vez ni siquiera me alcance la cantidad de veronal que tengo. ¿Cuántas dosis se necesitan? Creo que seis. Pero con diez es más seguro. Y creo que todavía quedan diez. Sí, será suficiente.

¿Cuántas veces, en realidad, ya habré dado la vuelta al hotel? Bueno, ¿qué hago ahora? Aquí estoy delante del portal. No hay nadie todavía en el hall. Claro... todavía están todos a la mesa. Extraño aspecto tiene el hall así, sin un alma. En aquel sillón hay un sombrero. Un tirolés bastante chic; linda brocha de pelos de gamuza. Y en aquella butaca, un señor de edad. Seguramente ya no tiene apetito. Está leyendo el periódico. A ése le va bien. No tiene preocupaciones. Está leyendo tranquilamente su periódico, mientras que yo tengo que devanarme los sesos cómo procurarle a papá treinta mil florines. Pero no. Si ya sé cómo. Es tremendamente sencillo. ¿Qué pretendo? ¿Qué es lo que pretendo, pues? ¿Qué estoy haciendo aquí en el hall? En seguida vendrá todo el mundo, del *diner*. ¿Qué debo hacer? El señor von Dorsday está sin duda como sobre ascuas. ¿Dónde se habrá metido? —pensará—. Para colmo ¿no se habrá sui-

— — — — —  
cidadado? ¿No estará contratando a alguien que me asesine a mí? ¿O bien, no estará instigando contra mí a su primo Paul? —No tema usted, señor von Dorsday, que no soy persona tan peligrosa. Soy una pequeña perdida, y nada más. Por los temores que tuvo que soportar usted, recibirá su recompensa. A las doce, habitación sesenta y cinco. Al aire libre me parece que, con todo, sentiría yo un poco de frío. Y cuando lo deje a usted, señor von Dorsday, iré directamente a la habitación de mi primo Paul. ¿Supongo que no tendrá usted nada que objetar, señor von Dorsday?

“¡Elsa! ¡Elsa!”

¿Cómo? ¿Qué? Pero si es la voz de Paul. ¿Ya terminó el *diner*? — “¡Elsa!” — “Ah, ¡Paul! ¿Qué pasa Paul?” Me hago la inocente. “¿Pero, dónde te has metido, Elsa?” “¿Dónde pude haberme metido? Salí a pasear.” “¿Ahora, a la hora del *diner*?” “Pues, claro que sí. Es la hora más linda para hacerlo.” Estoy diciendo tonterías. “Mamá ya se imaginó mil cosas. Fui hasta tu cuarto y llamé.” “No oí nada.” “Pero en serio, Elsa: ¿cómo puedes inquietarnos así? Por lo menos, hubieras podido decirle a mamá que no vendrías al *diner*.” “Tienes razón, Paul, ciertamente; pero si te dieras una idea qué dolor de cabeza tan fuerte tuve...” Estoy hablándole con mi voz más melodiosa. Oh, qué descarada soy. “¿Y ahora te sientes mejor, por lo menos?” “Ni siquiera podría afirmarlo.” “Ante todo iré a decirle a mamá...” “Un momento, Paul, todavía no. Dile a tía que me excuse; que sólo quiero subir a mi cuarto por unos minutos, para arreglarme un poco. Ba-

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

jaré en seguida y me haré servir alguna cosa." "Estás tan pálida, Elsa . . . ¿Quieres que le diga a mamá que suba a tu cuarto?" "Pero no hagas tantas historias conmigo, Paul; y no me mires así. ¿Jamás has visto un ser femenino con dolor de cabeza? Sin falta bajaré luego. A más tardar dentro de diez minutos. Hasta entonces, Paul." "Hasta luego, Elsa." Gracias a Dios, se va. Es un chico tonto, pero amable. ¿Qué quiere ahora de mí el portero? ¿Cómo? ¿Un telegrama? "Gracias. ¿Cuándo llegó este telegrama, señor portero?" "Hace un cuarto de hora, señorita." Por qué me mira así, como . . . como si me compadeciera. ¿Por el amor de Dios, qué dirá este telegrama? Sólo lo abriré cuando llegue arriba; podría desmayarme . . . A la postre —podría ser de papá . . . Si papá ya no vive, entonces todo está en orden, entonces, ya no tendré que salir al prado con el señor von Dorsday . . . Oh, qué miserable soy. Dios mío, haz que no haya nada malo en el telegrama. Dios mío, haz que papá viva. Por mí, que lo hayan arrestado; pero que no esté muerto. Si no hay nada de malo en el telegrama me sacrificaré. Me haré institutriz, aceptaré un empleo en una oficina . . . ¡No estés muerto, papá! Porque yo estoy dispuesta . . . Lo haré todo, todo lo que tú quieras . . .

Gracias a Dios, ya estoy arriba. A encender la luz . . . hay que encender la luz . . . Refrescó. La ventana quedó abierta demasiado tiempo. Coraje, coraje. ¡Ah, a lo mejor dice que el asunto está arreglado! A lo mejor tío Bernhard dió el dinero, y me telegrafían:

## ----- LA SEÑORITA ELSA

«No hablar con Dorsday.» En seguida lo veré. Pero claro que si me quedo mirando el cielorraso, no podré leer lo que dice el telegrama. Tralalá, tralalá. Coraje... Pues: tiene que ser. «Repito súplica hablar con Dorsday. Suma no treinta, sino cincuenta. Caso contrario todo en vano. Dirección sigue siendo Fiala.»... sino cincuenta. Caso contrario todo en vano. Tralalá, tralalá. Cincuenta. Dirección sigue siendo Fiala. Pero desde luego: ya se trate de cincuenta ó de treinta... eso no tiene importancia. Tampoco para el señor von Dorsday. El veronal está debajo de la ropa, para toda eventualidad. ¿Por qué no habré dicho de antemano cincuenta? ¡Si hasta lo pensé! Caso contrario todo en vano. A bajar, pues; aprisa, no te quedes ahí sentada en la cama. Un leve error, señor von Dorsday, perdone usted. No son treinta, sino cincuenta; caso contrario todo en vano. Dirección sigue siendo Fiala... Sin duda ¿me está usted tomando el pelo, señorita Elsa? De ningún modo, señor vizconde, cómo habría de hacerlo. Bien, señorita: claro que, por cincuenta, yo tendría que pedirle algo más; eso de todas maneras... Caso contrario, todo en vano; dirección sigue siendo Fiala. Como usted desee, señor von Dorsday. Ordene usted, se lo ruego. Pero ante todo, despache el telegrama a su banco, claro está... de otro modo no tengo yo ninguna garantía...

Sí, así lo haré. Llegaré a su cuarto, y sólo cuando ante mis ojos haya escrito el telegrama... me desvestiré. Y conservaré el telegrama en la mano. ¡Ja, eso será de muy mal gusto! ¿Y dónde, por otra parte,

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

pondré mis ropas? No, no; me desvestiré aquí mismo, y me pondré la salida de teatro negra, que me envuelve toda. Esta será la forma más cómoda. Para ambas partes. Dirección sigue siendo Fiala. Me castañetean los dientes. Todavía están abiertas las ventanas. A cerrarla. ¿Al aire libre...? Podría resultarme mortal. ¡Canalla! Cincuenta mil... No podrá decir que no. Habitación sesenta y cinco. Y primero le diré a Paul que me aguarde en su habitación. Al dejar a Dorsday, iré directamente a ver a Paul y se lo contaré todo. Y después, que Paul le dé una bofetada. Si, esta misma noche. ¡Programa variado! Y luego le tocará el turno al veronal, Nada de eso... ¿para qué? ¿Por qué habría de morir? Ni por asomo... Esto es divertido, divertidísimo; sólo ahora comienza la vida... Podréis alegraros. Podréis estar orgullosos de vuestra hijita. Yo seré una descarada como no la ha visto el mundo. Dirección sigue siendo Fiala. Tendrás tus cincuenta mil florines, papá. Pero por los próximos que me gane, me compraré camisones nuevos, de encaje, muy transparentes; y deliciosas medias de seda. Sólo se vive una vez. ¿Para qué, si no, me serviría semejante cuerpo...? A encender la luz... prenderé la lámpara sobre el espejo. ¡Qué hermosos mis cabellos rojizos, y mis hombros! Mis ojos tampoco están mal. ¡Uuu! Qué grandes están! Sería una lástima... todavía hay tiempo, bastante tiempo, para recurrir al veronal... Pero vamos, ¡si tengo que bajar! Descender, muy bajo... El señor Dorsday aguarda, y todavía no sabe siquiera que entretanto la suma se ha transformado en cincuenta

mil. Sí, pues: aumentó mi precio, señor von Dorsday. Tendré que mostrarle el telegrama: de otro modo podría, para colmo, no creerme; podría pensar que quiero aprovechar el asunto para hacer mi negocio aparte. Mandaré el telegrama a su habitación y le añadiré unas líneas. — Lamento vivamente que ahora sean cincuenta mil, señor von Dorsday, pero a usted esto sin duda le dará lo mismo. Y estoy convencida de que su demanda recíproca no fué hecha en serio. Porque usted es vizconde, y es un *gentleman*. Mañana por la mañana enviará usted sin más estos cincuenta mil, de los cuales depende la vida de mi padre, a Fiala. Cuento con ello. — Naturalmente, señorita. En todo caso, mandaré sin más cien mil, sin la menor retribución; y por otra parte, me comprometo a hacerme cargo, desde la fecha, de la manutención de toda su familia; como asimismo de pagar las deudas bursátiles de su señor papá, y de restituir todos los dineros pupilares malversados. Dirección sigue siendo Fiala. ¡Jajajá! Sí, pues; así, exactamente, es el vizconde des Éperies. Todo esto es absurdo. ¿Qué recurso me queda? Tendrá que ser, pues. . . Yo tendré que hacerlo. Todo, todo lo que el señor von Dorsday pida tendré que hacerlo, a fin de que papá tenga mañana el dinero. . . a fin de que no lo metan en la cárcel, a fin de que no se quite la vida. Y lo haré no más. Sí, lo haré, aunque será todo de balde. Dentro de medio año, habremos llegado nuevamente a la misma situación de hoy. ¡Dentro de un mes! . . . Pero entonces ya nada importará. Yo me sacrificaré esta vez solamente. . . y nunca más. Jamás,

jamás lo haré otra vez. Sí. Esto, se lo diré a papá no bien llegue a Viena, y luego me iré de casa, a donde fuese. Le pediré consejo a Fred. Es el único que me quiere realmente. Pero todavía no estamos en eso. No estoy en Viena; todavía estoy en Martino di Castrozza. Todavía no sucedió nada. ¿Cómo es eso, entonces? ¿Cómo? ¿Qué hago? Aquí está el telegrama. ¿Qué hago, pues, con el telegrama? Pero si ya lo sabía. Tengo que mandárselo a su habitación. Pero, ¿y qué más? Tengo que añadir unas palabras. Bueno, pues, ¿qué debo escribirle? Espéreme a las doce... ¡No, no, no! No le dejaré este triunfo. No quiero, no quiero, no quiero. Gracias a Dios, tengo los papelitos de veronal. Es la única salvación. ¿Dónde están? Por el amor de Dios, ¡no me los habrán robado! Pero no, aquí están, en esta cajita. ¿Están todos? Sí, aquí están. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis. Sólo quiero mirarlos; mis queridos papelitos. Eso no obliga a nada. Tampoco obliga a nada que los vierta en el vaso. Uno dos... pero con toda seguridad no me suicido. Ni se me ocurre. Tres, cuatro, cinco... no tan fácilmente se muere una de eso. Sería terrible si no hubiese traído el veronal. Entonces tendría que arrojarme por la ventana, y para eso, con todo, me faltaría valor. Pero el veronal... Se queda una lentamente dormida, y ya no despierta más. Ningún suplicio, ningún dolor. Sólo hay que acostarse en la cama; se toma de un solo trago, se sueña, y todo se acabó. Anteayer tomé también un papelito, y hace poco hasta tomé dos. Sst, a no decírselo a nadie. Hoy serán, pues, unos

cuantos más. Y es tan sólo para cualquier eventualidad. Por si me resultara demasiado espantoso... Pero, ¿por qué habría de resultarme espantoso? Si me toca, le escupo en la cara. Es muy sencillo.

¿Pero cómo hacerle llegar la carta? No puedo mandarle al señor von Dorsday una carta por medio de la mucama. Lo mejor será que baje y hable con él y le muestre el telegrama. De todas maneras tendré que bajar. No podré quedarme aquí arriba en el cuarto. No lo soportaría: tres largas horas... hasta que llegue el momento. Y también a causa de tía debo bajar. ¡Bah, qué me importa tía! ¿Qué me importa la gente? Vean, señores, aquí está el vaso con el veronal. Sí, pues, ahora lo tomo en la mano, así. Y ahora lo llevo a mis labios. Sí, en cualquier instante, en el momento menos pensado, puedo hallarme del otro lado... allí donde ya no existe ninguna tía, y ningún Dorsday, y ningún padre que defraude dineros pupilares...

Pero no voy a suicidarme. No tengo por qué hacerlo. Tampoco iré a la habitación del señor von Dorsday. ¡Ni se me ocurre! Yo no iré a exhibirme desnuda, por cincuenta mil florines, ante un viejo vividor, para salvar a un villano de la cárcel. No y no: en esto no hay alternativa. ¿Qué derecho tiene el señor von Dorsday? ¿Justamente ése? Si me ve uno, que me vean también otros. ¡Sí! ¡Magnífica idea: que me vean todos! Que me vea todo el mundo. Y después, el veronal. No, el veronal no hace falta... ¿¡Para qué!? Después vendrá el chalet con la escalinata

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

de mármol... ¡y los bellos adolescentes, y la libertad, y el vasto mundo! Buenas noches, señorita Elsa, así me gusta usted. ¡Jajá! Allí abajo crecerán que me he vuelto loca. Pero jamás hasta ahora me he visto tan cuerda. Por primera vez en mi vida estoy realmente cuerda. ¡Que me vean todos, todos! — Entonces ya no podré retroceder, ya no habrá regreso posible a casa de papá y mamá, junto a los tíos y las tías. Entonces ya no seré la señorita Elsa que ellos quisieran alcahuetear a algún director Wilomitzer; así les tomaré el pelo a todos... a los canallas como Dorsday ante todo... y llegaré al mundo por segunda vez... Caso contrario todo en vano... dirección sigue siendo Fiala. ¡Jajá!

¡No pierdas tiempo ahora, no vuelvas a acobardarte: abajo el vestido! ¿Quién será el primero? ¿Serás tú, primo Paul? Tienes suerte de que ya no esté aquél de la cabeza de romano. ¿Besarás tú esta noche estos hermosos senos? Ah, ¡qué bella soy! Berta tiene ropa interior de seda negra. Qué refinamiento. Yo seré mucho más refinada aún. Será una vida magnífica. ¡Abajo las medias! Esto sería indecente. ¡Desnuda, completamente desnuda! ¡Cómo me envidiará Cissy! Y otras también. Pero ellas no se animan. Les gustaría tanto a todas ellas. Aprovechen el ejemplo, pues. Yo, la virgen, ¡yo me animo! Cómo me reiré de Dorsday. Me moriré de risa. Aquí estoy, señor Dorsday. Pronto, al correo. Cincuenta mil. ¿No cree usted que vale tanto?

¡Soy hermosa, hermosa! ¡Contéplame, noche!

## LA SEÑORITA ELSA

¡Contempladme, montañas! ¡Contempla, cielo, mi belleza! Pero si vosotros sois ciegos. ¿Me soltaré el cabello? No. Parecería una loca. Y no deberán creer ustedes que estoy loca; sólo deberán creerme desvergonzada. Verán ustedes en mí una canalla. ¿Dónde está el telegrama? ¿Por el amor de Dios, donde tengo el telegrama? Pues, allí aguarda pacíficamente, junto al veronal. Repito súplica... cincuenta mil... sino todo en vano. Dirección sigue siendo Fiala. Sí, éste es el telegrama. Es un trozo de papel, con palabras encima. Despachado en Viena a las cuatro treinta. No, no estoy soñando, todo esto es cierto. Y en casa están esperando los cincuenta mil florines. Y el señor von Dorsday también aguarda. Que aguarde no más. Tenemos tiempo de sobra. Ah, ¡qué lindo es pasearse así, desnuda, por el cuarto! ¿Seré realmente tan bella como allá en el espejo? Oh, acérquese usted, hermosa señorita. Quiero besar sus labios tan rojos. Quiero oprimir sus pechos contra mis pechos. ¡Qué lástima que esté entre nosotras el cristal, el frío cristal! Qué bien nos entenderíamos nosotras. ¿No es cierto? No necesitaríamos a nadie más. Y tal vez ni siquiera existan otras personas. Existen telegramas y hoteles y montañas y bosques, pero no existen las personas. Sólo las estamos soñando. Únicamente el doctor Fiala existe, con su dirección... que sigue siendo siempre la misma. Oh, no estoy loca, de ninguna manera. Sólo estoy un poco excitada. Esto no es más que natural antes de llegar al mundo por segunda vez. Porque la Elsa de antes ya ha muerto. Sí, con

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

toda seguridad estoy muerta. Para eso no se necesita ningún veronal. ¿No sería mejor tirar eso? La mucama podría bebérselo por descuido. Dejaré ahí un papelito que diga ¡veneno!; no, mejor: medicamento... para que no le suceda nada a la mucama. Tan noble soy. Ahí está. Medicamento, dos veces subrayado, y tres signos de exclamación. Ahora ya no podrá pasar nada. Y si luego vuelvo a subir y no tengo ganas de matarme, sino tan sólo de dormir, pues entonces no tomaré todo el vaso, sino tan sólo la cuarta parte, o menos aún. Es muy sencillo. La alternativa está en mis manos. Lo más sencillo sería salir ahora corriendo, y atravesar tal como estoy pasillos y escaleras. Pero no; entonces podrían detenerme antes de que llegara abajo... ¡y yo necesito la seguridad de que el señor von Dorsday esté presente! Porque, de otro modo, no mandará, naturalmente, el dinero, ese cochino... Ciertamente, tengo que escribirle todavía. Esto es lo más importante. Oh, qué frío está el respaldo de esta silla, pero es agradable. Cuando tenga mi chalet junto al lago italiano, pasearé siempre desnuda por mi parque... La estilográfica se la dejo a Fred, cuando algún día me muera. Pero, por el momento, tengo que hacer algo más importante que morir. "Estimadísimo señor vizconde" — bueno, sé razonable, Elsa, nada de encabezamientos: ni estimadísimo, ni despreciadísimo. "Su condición, señor von Dorsday, está cumplida" — "En el instante en que lea usted estas líneas, señor von Dorsday, su condición estará ya cumplida, aunque no enteramente en la forma por usted

----- LA SEÑORITA ELSA

prevista." — ¡Vean un poco, qué bien escribe esta chica!, diría papá. — "De modo que cuento con que usted a su vez dará cumplimiento a su palabra, enviando los cincuenta mil florines telegráficamente y sin demora a la dirección que usted conoce. Elsa." No, nada de Elsa. Ninguna firma. Así. ¡Mis hermosas esquelas amarillas! Me las regalaron para Navidad. Lástima usar este papel. Bien... y ahora, el telegrama y la carta, al sobre... "Señor von Dorsday, habitación número sesenta y cinco". ¿Para qué el número? Dejaré la carta, sencillamente, delante de su puerta, cuando pase por ella. Pero si no quiero, no lo hago, no tengo que hacerlo. En general, no es forzoso que haga nada, en absoluto. Si me diera la gana, hasta podría ahora mismo meterme en la cama y dormir, y no preocuparme ya de nada. Ni del señor von Dorsday, ni de papá. Un traje rayado de presidiario es también bastante elegante. Y ya más de uno se ha pegado un tiro. Y todos tenemos que morir.

Pero tú, por el momento no tienes necesidad de todo eso, papá. Tú tienes a tu hija, una hija que posee un cuerpo maravilloso, y la dirección sigue siendo Fiala. Iniciaré una colecta. Pasaré el platillo. ¿Por qué habría de pagar exclusivamente el señor von Dorsday? Sería una injusticia. Que cada cual pague según sus posibilidades. ¿Cuánto pondrá en el plato Paul? ¿Y cuánto el señor de los lentes de oro? Pero no se hagan ustedes la ilusión de que el placer durará mucho tiempo. En seguida me cubriré otra vez, y correré escaleras arriba hasta mi cuarto, y me encerraré, y si me

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

da la gana me beberé todo el vaso, de un solo trago... pero no me dará la gana... Esto no sería más que cobardía. Esos canallas ni siquiera merecen tanto respeto... ¿Sentir yo pudor ante ustedes? ¿Que yo sienta pudor ante quienquiera que fuese? Realmente: no sabría por qué. Deja que una vez más te mire en los ojos, hermosa Elsa. ¡Qué ojos enormes tienes si se te acerca una! ¡Quisiera que alguien me bese en los ojos, en mi boca tan roja! El abrigo apenas me tapa los tobillos. Se verá que mis pies están desnudos. ¡Qué importa, se verá mucho más aún! Pero nadie me obliga a ello. Podría volverme inmediatamente, aun antes de llegar abajo. Podría volverme al llegar al primer piso. Ni siquiera estoy obligada a bajar. Pero quiero hacerlo. Me alegra hacerlo. ¿Acaso no he deseado toda mi vida algo así?

¿Qué espero todavía, puesto que ya estoy lista? Puede comenzar la función. A no olvidar la carta. Letra aristocrática — dice Fred. Hasta luego, Elsa. Eres hermosa con este abrigo. Las florentinas se hacían pintar así. Sus retratos están en las galerías, y es un gran honor para ellas... Es necesario que con el abrigo puesto no se note nada. Sólo los pies, los pies... Me pondré los zapatos negros de charol; así creerán que son medias de color natural. Y atravesaré el hall, y a nadie se le podrá ocurrir que debajo del abrigo no hay nada que no sea yo, yo misma. Y luego, todavía estaré a tiempo para volver a subir... ¿Quién estará tocando tan bien el piano allá abajo? ¿Chopin?... El señor von Dorsday estará un poco

## ----- LA SEÑORITA ELSA

nervioso. Tal vez le tenga miedo a Paul. Pero paciencia, paciencia: ya todo se arreglará. Todavía no sé nada, señor von Dorsday, y siento una curiosidad terrible yo misma. ¡A apagar la luz! ¿Estará todo en orden en mi cuarto? Adiós, veronal, hasta luego. Adiós, mi bienamada imagen allá en el espejo. ¡Cómo resplandece en la oscuridad! Ya estoy perfectamente acostumbrada a sentirme desnuda bajo el abrigo. Sensación bastante agradable. Puede que haya muchas que permanecen sentadas así en el hall, y nadie lo sabe... ¿No irá más de una dama así al teatro, y así se quedará sentada en su palco... por broma... o por otros motivos?

¿Cierro? ¿Para qué? Aquí nadie roba nada. Y aunque robaran... yo ya no necesito nada. Es el final. — ¿Dónde está la habitación sesenta y cinco? No hay nadie en el pasillo. Todo el mundo todavía está abajo... el *diner*. Sesenta y uno... sesenta y dos... Qué enormes botas de alpinista hay delante de esta puerta. Y aquí hay unos pantalones colgados del picaporte. Es una indecencia. Sesenta y cuatro, sesenta y cinco. Bien. Aquí vive, pues, el vizconde... Aquí abajo apoyaré la carta contra la puerta. Así la verá en seguida. ¿Supongo que nadie irá a robarla? Bien, ahí está... no importa... Todavía puedo hacer lo que quiero. En ese caso, pues... le habré tomado el pelo. Con tal de que no me encuentre ahora con él, en la escalera. Pues, aquí viene... no, ¡no es él!... Éste es mucho más guapo que el señor von Dorsday: muy elegante, con su bigotito negro. ¿Cuándo habrá

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

llegado? Yo podría realizar un pequeño ensayo... abrir un poco, muy a la ligera, el abrigo. Tengo muchísimas ganas de hacerlo. Míreme, señor. Ni sospecha usted al lado de quién está pasando. Lástima que justamente ahora suba usted a su habitación. ¿Por qué no se queda en el hall? Se pierde usted algo. Gran función. ¿Por qué no me retiene usted? Mi destino está en sus manos. Si usted me saluda, me volveré. Salúdeme, pues; lo estoy mirando con tanta amabilidad... No saluda. Pasó. Vuelve la mirada, lo siento. ¡Llame usted, saludé! ¡Sálveme! ¡Tal vez tenga usted la culpa de mi muerte, señor! Pero nunca lo sabrá... La dirección sigue siendo Fiala...

¿Dónde estoy? ¿En el hall, ya? ¿Cómo llegué hasta aquí? Tan poca gente, y tantos desconocidos. ¿O es que veo tan mal? ¿Dónde está Dorsday? No está. ¿Será una señal del destino? Voy a volver. Voy a escribirle a Dorsday otra carta. Le espero en mi cuarto a medianoche. Traiga el telegrama dirigido a su banco. No, esto tal vez le parecería una trampa. Y hasta podría serlo. Si yo escondiera en mi habitación a Paul, él podría forzarlo, revólver en mano, a entregarnos el telegrama. Chantaje. Una pareja de criminales... ¿Dónde está Dorsday? Dorsday ¿dónde estás? ¿No se habrá suicidado, para expiar mi muerte? Estará en la sala de juegos. Seguramente. Estará junto a una mesa de naipes. En tal caso, le haré una señal con los ojos, desde la puerta. Él se levantará inmediatamente. — Aquí estoy, señorita. Su voz vibrará. ¿Vamos a pasear un poco, señor von Dors-

day? Como usted desce, señorita Elsa. Y nos encaminamos hacia el bosque por la Senda de María. Estamos solos. Abro el abrigo: ha vencido el plazo de los cincuenta mil. El aire está fresco... se me declara una pulmonía, y muero... ¿Por qué me miran estas dos señoras? ¿Podrán notar algo? ¿Por qué estoy aquí? ¿Estoy loca? Volveré a mi cuarto, a vestirme pronto... me pondré el azul, y encima el abrigo como ahora, pero abierto, y entonces nadie podrá creer que hacía un rato no llevaba nada debajo... No puedo volver. Ni tampoco quiero volver. ¿Dónde está Paul? ¿Dónde está tía Emma? ¿Dónde está Cissy? ¿Dónde están todos ellos? Nadie lo notará... pues, ni siquiera es posible notarlo. ¿Quién estará tocando tan bien? ¿Chopin? No, es Schumann.

Estoy vagando por el hall como un murciélago. ¡Cincuenta mil! El tiempo pasa. Tengo que encontrar a este maldito señor von Dorsday. No... tengo que regresar a mi cuarto... tomaré veronal. Tan sólo un sorbito, y entonces dormiré tan bien... bueno es reposar después del trabajo hecho... pero el trabajo todavía no está hecho... Si el mozo sirve esta tacita de café a aquel señor de edad, todo terminará bien. Y si se la lleva a aquel matrimonio joven, allá en el rincón, entonces todo está perdido. ¿Cómo? ¡¿Qué quiere decir esto?! Lleva el café al señor de edad. ¡Triunfo! Todo terminará bien. ¡Ja, Cissy y Paul! Se están paseando allí, delante del hotel. Están conversando, alegres y contentos. Él no está muy afligido que digamos por mi dolor de cabeza. ¡Embuste-

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

ro! . . . Cissy no tiene los senos tan hermosos como yo. Pues, claro . . . ella ya tiene una hija . . . ¿De qué estarán hablando? ¡Si pudiera escucharlo! ¿Y qué me importa a mí lo que ellos están diciendo? Lo que yo podría hacer es salir también a la puerta del hotel, y decirles buenas noches, y seguir luego revoloteando sobre el prado, hacia el bosque, y ascender, trepar, siempre más alto y más alto, hasta la cumbre del Cimone, y acostarme allí, y quedarme dormida y congelarme. Misterioso suicidio de una joven dama de la sociedad vienesa. Vestida únicamente con una salida de teatro negra, la bella muchacha fué hallada muerta en un sitio inaccesible del Cimone della Pala . . . Pero quizá no me encuentren . . . o tal vez sólo me encuentren el año próximo. O más tarde aún. En estado de descomposición. O como esqueleto. Será mejor, con todo, quedarse aquí en el hall, donde hay calefacción, y no morirse de frío. Bueno, señor von Dorsday: ¿dónde se ha metido usted, en verdad? Echaré todavía una ojeada a la sala de juegos. Si no está allí, habrá perdido su derecho. Y le escribiré: Estuvo usted inhallable, señor von Dorsday: ha renunciado usted por su propia voluntad; esto no le desliga del compromiso de despachar el dinero inmediatamente. El dinero. ¿Pero qué dinero? ¿Qué me importa a mí eso? Si a mí me da absolutamente lo mismo que despache o no despache el dinero. Ya no siento la menor compasión por papá. Ya no siento compasión por nadie. Ni siquiera por mí misma. Mi corazón ha muerto. Creo que ya ni siquiera late. Tal vez he be-

bido ya el veronal... ¿Por qué me mira así esa familia holandesa? Si es imposible advertir nada... También el portero me lanza una mirada tan sospechosa. ¿No habrá llegado otro telegrama? ¿Ochenta mil? ¿Cien mil? Dirección sigue siendo Fiala. Si hubiera un telegrama me lo diría. Me mira con gran respeto. No sabe que no llevo nada bajo el abrigo. No lo sabe nadie. Volveré a mi cuarto. ¡De vuelta, de vuelta, de vuelta, de vuelta! Si tropezara en los escalones... bonita historia... Hace tres años, una señora salió nadando completamente desnuda, en el Wörthersee. Pero esa misma tarde tuvo que partir. Mamá decía que era una cantante de opereta de Berlín. ¿Schumann? Sí, Carnaval. Ella... o él... toca bastante bien. Pero el salón de naipes está a la derecha. La última posibilidad, señor von Dorsday. Si está allí, le haré una señal con los ojos, llamándolo, y le diré: a medianoche estaré con usted en su habitación, ¡canalla!... No, no le diré canalla. Pero se lo diré después... alguien me está siguiendo. No me volveré. No, no...

"¡Elsa!" — ¡Cielos, la tía! ¡Seguir, seguir! "¡Elsa!" Tengo que volverme, no hay nada que hacer. "Oh, buenas noches, tía." "Pero, Elsa, ¿qué te pasa? Justamente estaba por subir a verte... Paul me dijo... pero ¡qué aspecto tienes!" "Pues, ¿qué aspecto tengo, tía? Ya me siento bastante bien. También he comido una cosita." Está notando algo, ella está notando algo... "Elsa... pero si andas... ¡sin medias!" "¿Cómo dices, tía? ¡Por mi alma, estoy sin medias!

¡Pero será posible...!" "¿No te sientes bien, Elsa? Tus ojos... tienes fiebre." "¿Fiebre? No creo. Sólo tuve un dolor de cabeza tan fuerte como jamás lo he conocido en mi vida." "Tienes que irte inmediatamente a la cama, hija. Estás pálida como un cadáver." "Esto se debe a la iluminación, tía. Todo el mundo parece pálido aquí en el hall." Me está examinando de un modo extraño, de arriba abajo. ¿No se dará cuenta de nada? Ahora hace falta conservar la sangre fría. Papá está perdido si yo pierdo la sangre fría. Es necesario decir algo. "¿Sabes, tía, lo que me pasó este año en Viena? Salí una vez a la calle calzando un zapato claro y otro negro." No es cierto, ni una palabra es verdad. Tengo que seguir hablando. ¿Qué decir? "Sabes, tía, después de los ataques de jaqueca, sufro, a veces, semejantes accesos de distracción. A mamá también le pasaba eso, hace tiempo." Ni una palabra de verdad. "En todo caso, mandaré a buscar al médico." "Pero, por favor, tía, si ni siquiera hay algún médico en el hotel. Habría que ir a buscarlo a otra localidad. Y cómo se reiría viendo que lo mandaban llamar porque yo andaba sin medias. ¡Jajá!" No debería reírme tan ruidosamente. La cara de tía está desfigurada de espanto. El asunto le resulta lúgubre. Se le saltan los ojos. "Dime, Elsa, ¿no has visto casualmente a Paul?" — Ah, quiere procurarse auxilio. ¡Sangre fría, que todo está en peligro! "Creo que se está paseando delante del hotel, con Cissy Mohr, si no me equivoco," "¿Delante del hotel? Iré a llamar a los dos. Tomaremos todavía una taza de

## LA SEÑORITA ELSA

té, todos juntos, ¿verdad?" "Encantada." Qué cara idiota pone; y yo meneo la cabeza, con mucha amabilidad y gran inocencia. Se marchó. Ahora me iré a mi cuarto. Pero no: ¿qué voy a hacer en mi cuarto? Es última hora, última hora. Cincuenta mil, cincuenta mil. ¿Por qué corro, por qué estoy corriendo? Despacito, despacito. . . ¿Qué quería yo, pues? ¿Cómo se llamaba el hombre? Señor von Dorsday. Apellido gracioso. . . Aquí está, pues, la sala de juegos. Una cortina verde delante de la puerta. No se ve nada. Me pararé de puntillas. La partida de whist. Así juegan todas las noches. Y allí, dos señores juegan al ajedrez. El señor von Dorsday no está. Victoria. ¡Salvada! ¿Cómo que salvada? Tengo que seguir buscándolo. Estoy condenada a buscar al señor von Dorsday hasta el fin de mis días. Él sin duda también me busca. Y nos estamos desencontrando continuamente. Tal vez él me esté buscando arriba. Nos encontraremos en la escalera. Los holandeses me miran otra vez. Bastante linda, la hija. . . Ese señor de edad usa gafas, gafas, gafas. . . Cincuenta mil. No es tanto. Cincuenta mil, señor von Dorsday. ¿Schumann? Sí, Carnaval...



Yo también estudié eso una vez. Qué bien toca ella. ¿Y por qué ella? ¿Puede que sea un él? ¿Será por

ARTHUR SCHNITZLER

ventura una concertista? Echaré una mirada al salón de música.

Aquí está la puerta... ¡Dorsday! Me desmayo. ¡Dorsday! Allí está junto a la ventana, y escucha. ¿Cómo es posible? Yo me estoy consumiendo... yo enloquezco... estoy muerta... y él se queda escuchando a una mujer extraña que toca el piano. Allí, sentados en el diván, hay dos señores. El rubio ha llegado hoy. Lo vi bajar del coche. Esa mujer ya no es joven que digamos. Hace unos días que está aquí.



Yo no sabía que tocara tan bien el piano... Ella sí que lo pasa bien. Todos, todos lo pasan bien... únicamente yo estoy condenada... ¡Dorsday! ¡Dorsday! ¿Será de verdad él? No me ve. En este momento tiene el aspecto de un hombre honrado. Está escuchando. ¡Cincuenta mil! ¡Ahora o nunca! A abrir sigilosamente la puerta. ¡Aquí estoy, señor von Dorsday! No me ve. Sólo le haré una seña con los ojos. Luego abriré un poco el abrigo, eso será suficiente. ¡Si soy una muchacha joven! Soy una muchacha joven y honrada y de buena familia. Yo no soy ninguna prostituta... quiero irme de aquí. Quiero tomar veronal y dormir. Usted se equivocó, señor von Dorsday: yo no soy una prostituta. ¡Adieu, adieu!... ¡Ja, levanta la

vista! Aquí estoy, señor von Dorsday. Qué ojos está poniendo. Le tiemblan los labios. ¡Déjeme ir, déjeme ir! Sus ojos arden. Sus ojos amenazan. ¿Qué quiere usted de mí? Usted es un canalla. No me ve nadie más que él. Todos escuchan. ¡Pues venga usted, señor von Dorsday! ¿No nota usted nada? Allá en el sillón, Dios mío, en el sillón. ... ¡pero si es el *filou*! ¡Gracias, gracias, cielo, por eso! ¡Está otra vez aquí, está otra vez! ¡Sólo anduvo de excursión! Y ahora está aquí otra vez. La cabeza de romano está otra vez. ¡Mi novio, mi amado! Pero él no me ve. No debe verme tampoco. ¿Qué desea, señor von Dorsday? Usted me mira como si yo fuera su esclava. ¡Cincuenta mil! ¿Quedamos en lo convenido, señor von Dorsday? Yo estoy lista. Aquí estoy. Estoy completamente tranquila. Sonríe. ¿Comprende usted mi mirada? Sus ojos me dicen: ¡ven! Sus ojos me dicen: quiero verte desnuda. Pues, bien, ¡canalla, estoy desnuda! ¿Qué más quieres? Despacha el telegrama ... inmediatamente. ... Siento un hormigueo en la piel. La mujer sigue tocando. Siento un hormigueo delicioso que se desparrama por toda mi piel. Qué maravilloso es estar desnuda. La señora sigue tocando, sin saber lo que aquí sucede. No lo sabe nadie. Todavía no me ve nadie. ¡*Filou, filou*! Aquí estoy, de pie y desnuda. A Dorsday le estallan los ojos. Ahora, por fin, lo cree. El *filou* se levanta. Sus ojos brillan. Tú me comprendes, bello adolescente. "¡Jajá!" La señora deja de tocar. Papá está salvado. ¡Cincuenta mil! ¡La dirección sigue siendo Fiala! "¡Ja, ja, ja!" ¿Quién se está

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

riendo ahí? ¿Yo misma? "¡Ja, ja, ja!" ¿Qué caras son éstas que me rodcan? "¡Ja, ja, ja!" Qué estúpi-



do... que me esté riendo así. No quiero reír, no quiero. "¡Jajá!" — "¡Elsa!" — ¿Quién exclama: Elsa? Es Paul. Me habrá seguido hasta aquí. Siento una corriente de aire en mi espalda desnuda. Un silbido en los oídos. ¿No estaré ya muerta? ¿Qué quiere usted, señor von Dorsday? ¿Por qué es usted tan grande y se arroja sobre mí? "¡Ja, ja, ja!"

¿Qué he hecho ahora? ¿Qué he hecho? ¿Qué he hecho? Me caigo. Todo se acabó. ¿Por qué ya no hay música? Un brazo rodea mi nuca. Es Paul. ¿Y dónde está el *filou*? Estoy postrada. "¡Ja, ja, ja!" Arrojan sobre mí el abrigo. Y yo estoy ahí postrada. La gente me cree desmayada. No, no estoy desmayada. Tengo plena conciencia. Estoy cien veces despierta, mil veces despierta. Sólo que no puedo dejar de reír. "¡Ja,

ja, ja!" Ya tiene usted lo que deseaba, señor von Dorsday, y tiene que enviar el dinero para papá. Inmediatamente. "¡Aaaaaa!" Yo no quiero gritar, y no puedo dejar de gritar. Por qué tendré que gritar así... Mis ojos están cerrados. Nadie puede verme. Papá está salvado. "¡Elsa!" Es tia. — "¡Elsa! ¡Elsa!" — "¡Un médico, un médico!" — "¡Rápido, el portero!" — "¿Pero qué ha pasado?" — "Pero ¡si no es posible!" — "Pobre criatura." — ¿Qué están diciendo ahí? ¿Qué están murmurando? Yo no soy ninguna pobre criatura. Soy feliz. El *filou* me vió desnuda. Oh, ¡qué vergüenza tengo! ¡Qué he hecho! Nunca más volveré a abrir los ojos. — "Por favor, cierren la puerta." — ¿Por qué tienen que cerrar la puerta? ¡Qué de cuchicheos! Mil personas me rodean. Todos creen que estoy desmayada. Yo no estoy demayada. Sólo estoy soñando. — "Pero tranquilícese usted, señora." "¿Ya mandaron por el médico?" "Es un desmayo." — Qué lejos están todos. Están hablando, todos ellos, desde la cumbre del Cimone. — "Pero si no es posible dejarla ahí tirada en el suelo." "Aquí tiene una manta." "Una colcha." "Pero si da lo mismo, colcha o manta." "Silencio, por favor." "Al diván." "Cierren de una vez esa puerta, ¡por favor!" "No se ponga tan nerviosa, señora, está cerrada." "¡Elsa! ¡Elsa!" — ¡Con que sólo se callara por fin esa tia! — "¿Me oyes, Elsa?" "Pero no ves, mamá, que está desmayada." — Sí, gracias a Dios, para ustedes estoy desmayada. Y seguiré desmayada. — "Tenemos que llevarla a su cuarto." "Pero qué ha sucedido aquí? ¡Cielos!" Cissy.

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

¿Cómo ha llegado Cissy a este prado? Oh, si no es el prado... "¡Elsa!" "Silencio, por favor." "Hagan el favor, retírense un poco." Manos; hay manos debajo de mi. ¿Qué quieren, pues? ¡Qué pesada soy! Las manos de Paul. ¡Fuera esa mano! El *filou* está cerca, lo siento. Y Dorsday se marchó. Hay que buscarlo. No tiene derecho a quitarse la vida antes de despachar los cincuenta mil. ¡Señores, me debe dinero! ¡Arréstenlo! — "¿Tienes alguna idea... de quién fué ese telegrama, Paul?" "Buenas noches, señores." "Elsa, ¿me oyes?" "Pero déjela usted, señora Cissy." "Oh, Paul." "Dice el gerente que puede demorar cuatro horas hasta que llegue el doctor." "Tiene el semblante como si durmiera." — Estoy acostada en el diván, Paul sostiene mi mano, me toma el pulso. Cierto: él es médico. — "Ni el menor asomo de peligro, mamá. Un... ataque." "Ni un día más me quedo en el hotel." "Pero, por favor, ¡mamá!" "Mañana, a primera hora, partimos." "Pero... es muy sencillo; por la escalera de servicio. En seguida llegará la camilla." — ¿Camilla? <sup>1</sup> ¿No estuve hoy ya una vez acostada en una camilla? En un catafalco... ¿No estuve muerta ya? ¿Tengo que morir otra vez? — "Señor gerente, no podría procurar usted que la gente se retire de la puerta, por fin..." "Pero no te excites así, mamá." "Es una falta de consideración de parte de la gente." ¿Por qué están cuchicheando todos ahí? Como en una cámara mor-

<sup>1</sup> En el idioma original la voz *Bahre* significa tanto "camilla" o "angarillas", como "féretro" o "catafalco". Esta homonimia da origen a una asociación de ideas muy difícil de reproducir en la traducción. (N. del T.)

tuoria. En seguida llegará la camilla . . . llegará el féretro . . . ¡Franquead la entrada, señor espada! — "El pasillo está libre." "Por lo menos un poco de consideración podría tener la gente." "Te ruego, mamá: tranquilízate." "Por favor, señora." "¿No quisiera usted ocuparse un poco de mi madre, señora Cissy?" Ella es su amante, pero no es tan hermosa como yo. ¿Qué es lo que pasa ahora? ¿Qué sucede ahí? Traen la camilla. Lo veo con los ojos cerrados. Es la camilla en que conducen a los accidentados. En ella yacía también el doctor Zigmondí, el que se despeñó del Cimone. Y ahora yo yaceré sobre este catafalco. Yo también me despeñé. "¡Ja!" No ¡no quiero gritar otra vez! Están cuchicheando. ¿Quién se inclina sobre mi cabeza? Agradable olor a cigarrillos. Su mano está bajo mi cabeza. Manos bajo mi espalda. Manos bajo mis piernas. Quiten, quiten esas manos, no me toquen. Estoy desnuda. Oh, ¡qué vergüenza! Pero ¿qué quieren ustedes? Déjenme en paz . . . si sólo fué por papá . . . "Con cautela, por favor; así, despacio." "¿La manta?" "Sí, gracias, señora Cissy." ¿Por qué le da las gracias? ¿Qué hizo ella? ¿Qué sucede conmigo? ¡Ah, qué bien, qué bien! Estoy flotando. Flotando . . . Flotando hacia el más allá. Me llevan, me llevan a la sepultura. "Pero, signor dotor, nosotros estamos acostumbrato. Ya había mucho más pesados acá encima. Y el otoño pasado, dos juntos." "Sst, sst." "Quisiera usted tener la bondad de adelantarse, señora Cissy, para ver si todo está en orden en la habitación de Elsa." ¿Qué tiene que hacer Cissy en mi cuarto? ¡El veronal, el veronal! No vayan a ti-

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

rármelo. En tal caso no me quedaría más remedio que arrojarme por la ventana. "Muchas gracias, señor gerente, ya está todo. No se preocupe ahora." "Me permitiré averiguar más tarde cómo sigue." — Cruje la escalera, los portadores llevan los botines pesados de los montañeses. ¿Dónde están mis zapatos de charol? Quedaron en el salón de música. Los robarán. Y yo quise legarlos a Agathe. Fred recibirá mi estilográfica. Me llevan, me llevan. Cortejo fúnebre. ¿Dónde está Dorsday, el asesino? Se fué. También el *filou* se fué. Salió inmediatamente, a continuar sus andanzas. Sólo regresó para ver por una vez mis blancos senos. Y ahora volvió a marcharse. Avanza por un camino vertiginoso, entre peñascos y precipicios: ¡adiós, adiós!... Estoy flotando, flotando. Que sigan ascendiendo así conmigo. Siempre más alto y más alto, hasta el techo, hasta el cielo. Sería tan cómodo. "Pues: ¡si lo habré visto venir, Paul!" ¿Qué es lo que tía ha visto venir? "Ya todos estos últimos días tuve el presentimiento de que sucedería algo por el estilo. Ella no es normal. Y, desde luego, hay que enviarla a un sanatorio." "Pero mamá, ¡ahora no es el momento para hablar de eso!" ¿Sanatorio...? ¡Sanatorio...! "No se te ocurrirá pensar, Paul, que yo regresaré a Viena en el mismo compartimento que esta joven. Lindas cosas podrían suceder." "No sucederá ni lo más mínimo, mamá. Yo te garantizo que no sufrirás contrariedades de ninguna clase." "¿Cómo puedes garantizarlo?" — No, tía, no sufrirás contrariedades. Nadie tendrá contrariedades. Ni siquiera el señor von Dorsday. ¿Dónde estamos ahora? Nos

detenemos. Estamos en el segundo piso. Entreabriré un poco los ojos, como parpadeando. Cissy está junto a la puerta, hablando con Paul. "Por aquí, hagan el favor. Así. Eso es. Por aquí no más. Gracias. Arrimen la camilla a la cama, bien junto a la cama." Levantan la camilla. Me llevan. ¡Qué agradable! Y ahora estoy otra vez en casa. ¡Ah! "Así. Gracias. Ya está bien. Cierren la puerta, por favor... Si quisiera usted tener la bondad de ayudarme, Cissy." "Oh, encantada, doctor." "Despacio, por favor. Aquí, Cissy, tenga la bondad de agarrar. Aquí, de las piernas. Con cuidado. Y luego... ¿Elsa...? ¿Me oyes, Elsa?"... Pues, claro que te oigo, Paul. Yo lo oigo todo. Pero qué les importa eso a ustedes. Es tan agradable estar desmayada. Oh, hagan lo que quieran. — "¡Paul!" "¿Señora?" "¿Crees realmente que está sin conocimiento, Paul?" "¿Tú? ¡Lo trata de tú! ¡Los atrapé! ¡Ella le dice tú! "Sí, su pérdida de conocimiento es total. Es lo que generalmente sucede después de semejantes ataques." "Mira, Paul, cuando adoptas esta pose de doctor y de hombre maduro, es para desternillarse de risa." ¡Ahí los tengo! ¡Pandilla de hipócritas! ¿Los tengo, o no? "Calla, Cissy." "¿Pero, por qué, si ella no oye nada?"... ¿Qué ha sucedido? Estoy desnuda en la cama, debajo de la colcha. ¿Cómo lograron eso? "¿Bueno, cómo va eso? ¿Mejor?" Pero sí ésa es tía. ¿Qué quiere ella aquí? "¿Todavía sigue desmayada?" Se acerca deslizándose de puntillas. Que se vaya al demonio. No permitiré que me lleven a ningún sanatorio. Yo no estoy loca. "¿No es posible lograr que recobre el conocimiento?" "Pron-

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

to volverá en sí, mamá. Ahora no necesita otra cosa que descanso. Por otra parte, tú también, mamá. ¿Por qué no vas a acostarte? No existe el menor peligro, absolutamente. La señora Cissy y yo nos quedaremos aquí, y cuidaremos de Elsa durante la noche." "Si, señora, yo seré la dama de guardia. O bien, lo será Elsa... según cómo se interprete." Mujer abyecta. Yo estoy aquí desmayada, y ella haciendo bromas. "¿Y con seguridad, Paul, me mandarás despertar no bien llegue el médico? ¿Puedo confiar en eso?" "Pero mamá, el médico no vendrá antes de la mañana." "Su aspecto es como si durmiera. Respira muy acompasadamente." "Eso no deja de ser una especie de sueño, mamá." "Todavía sigo incapaz de serenarme, Paul. ¡Semejante escándalo! ¡Ya verás, hasta saldrá en los periódicos!" "¡Mamá!" "Pero si ella está desmayada, entonces supongo que no puede oír nada. Y además, estamos hablando en voz muy baja." "En este estado, los sentidos se aguzan a veces extraordinariamente." "Tiene usted un hijo tan sabio, señora." "Véte y acuéstate, mamá, te lo ruego." "Mañana partiremos, sin falta. Y en Bozen tomaremos una enfermera para Elsa." ¿Cómo? ¿Una enfermera? Buen chasco se darán ustedes. "De todo esto hablaremos mañana, mamá. Buenos noches, mamá." "Pediré que me traigan un té a mi habitación, y dentro de un cuarto de hora pasaré nuevamente, para ver qué sucede." "Pero si es absolutamente innecesario, mamá." Eso es; no es necesario. Y por lo demás, vete al demonio. ¿Dónde está el veronal? Debo aguardar todavía. Acompañan a tía hasta la puerta. Ahora no me ve

## — — — — — LA SEÑORITA ELSA

nadie. El vaso con el veronal tiene que estar en la mesita de noche. Una vez que lo haya bebido se habrá acabado todo. Lo beberé en seguida. La tía se fué. Paul y Cissy todavía están junto a la puerta. ¡Ja! Lo besa. Lo besa. Y yo ¡desnuda bajo la colcha! ¿No tienen ustedes vergüenza, ninguna vergüenza? Lo besa otra vez. ¿No tienen ustedes vergüenza? "Mira, Paul, ahora sé que está desmayada. De otro modo, no cabe duda de que me saltaría a la garganta." "¿No me harías el favor de callar, Cissy?" "¿Pero qué quieres, Paul? O bien está realmente inconsciente, y entonces no oye ni ve nada; o bien nos está tomando el pelo... y entonces lo tiene merecido." "Llamaron a la puerta, Cissy." "A mí también me ha parecido." "Voy a entreabrir un poco la puerta, y veré quién es... Buenas noches, señor von Dorsday." "Perdone usted, sólo venía a preguntar si la enferma sigue..." — ¡Dorsday! ¡Dorsday! ¿Realmente se atreve? Todas las bestias están sueltas ahora. ¿Dónde está, pues? Los oigo cuchichear delante de la puerta. A Paul y a Dorsday. Cissy se coloca ante el espejo. ¿Qué hace usted delante del espejo? Es mi espejo. ¿No sigue en él mi imagen? ¿De qué están hablando allá afuera, ante la puerta, Paul y Dorsday?? Siento la mirada de Cissy. Me está mirando desde el espejo. ¿Qué quiere? ¿Por qué se acerca? ¡Socorro! ¡Socorro! Pues estoy gritando, y nadie me oye. ¿Qué quiere usted junto a mi cama, Cissy? ¿Por qué se inclina usted? ¿Quiere ahorcarme? Oh, soy incapaz de moverme. — "¡Elsa!" — ¿Qué quiere ella? "¡Elsa! ¿Me oye, Elsa?" Oigo, pero callo. Estoy desmayada, tengo

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

que callar. "Lindo susto nos dió usted, Elsa." Me está hablando. Me está hablando como si estuviera despierta. ¿Qué quiere, pues? "Sabe usted lo que ha hecho, Elsa? Imagínese: con sólo la salida puesta entró usted en la sala de música, mostrándose, de pronto, desnuda a todo el mundo; y luego se desplomó desmayada. Afirman que es un ataque histérico. Yo no creo palabra de eso. No creo tampoco que esté sin conocimiento. Apuesto a que oye usted cada palabra que estoy diciendo." Sí, sí que oigo; sí, sí, sí. Pero ella no oye mi *sí*. ¿Por qué no lo oye? No puedo mover los labios. Por eso no me oye. No puedo moverlos. ¿Qué pasa conmigo? ¿Estoy muerta? ¿Estoy aletargada? ¿Estoy soñando? ¿Dónde está el veronal? Quiero beber mi veronal. Pero no puedo extender el brazo. Váyase, Cissy. ¿Por qué se queda usted inclinada sobre mí? ¡Váyase, váyase! Ella jamás sabrá que la he oído. Eso nadie lo sabrá jamás. Jamás volveré a dirigir la palabra a persona alguna. Jamás despertaré. Se va a la puerta. Se vuelve una vez más hacia mí. Abre la puerta. ¡Dorsday! Allí está, de pie. Lo vi con los ojos cerrados. No: lo estoy viendo de verdad. Tengo los ojos abiertos. La puerta está entornada. Cissy también esta afuera. Ahora todos cuchichean. Estoy sola. Si ahora pudiera moverme...

¡Ah! ¡puedo...! ¡puedo! Muevo la mano, muevo los dedos, enderezo el brazo, abro los ojos, abro mucho los ojos. ¡Veo, veo! Ahí está mi vaso. Rápido, antes de que ellos vuelvan al cuarto. ¡Con tal de que sean suficientes esas dosis, esos papelitos! ¡Nunca más he de despertar! Lo que tuve que hacer en este mundo, ya





— — — — — LA SEÑORITA ELSA

lo he hecho. Papá está salvado. Jamás podría yo mostrarle otra vez entre la gente. Paul está echando una mirada a través de la hendidura de la puerta. Piensa que todavía estoy desmayada. No ve que casi ya he extendido el brazo. Ahora están otra vez reunidos, los tres, ante la puerta. ¡Esos asesinos! . . . Todos ellos son unos asesinos. Dorsday y Cissy y Paul; y también Fred es un asesino, y mamá es una asesina. Todos ellos me han asesinado, y se hacen los inocentes. — Se ha quitado la vida — dirán. ¡Ustedes me han quitado la vida, todos ustedes, todos! ¿Lo tengo, por fin? ¡Rápido, rápido! Es necesario hacerlo. Sin verter una sola gota. Así. Rápido. Tiene buen sabor. Adelante, adelante. Ni siquiera es veneno. Nunca tomé nada que tuviera un sabor tan agradable. ¡Si supieran ustedes qué bien sabe la muerte! Buenas noches, copa mía. ¡Chirrin, chirrín! ¿Qué fué eso? El vaso está en el suelo. Abajo. Buenas noches. — "¡Elsa! ¡Elsa!" ¿Que quieren ahora? "¡Elsa!" ¿Están ustedes otra vez ahí? Buenos días. Aquí estoy postrada, inconsciente, con los ojos cerrados. Jamás volverán ustedes a ver mis ojos. "Tiene que haberse movido, Paul; ¿cómo, si no, caería al suelo ese vaso?" "Un movimiento involuntario, eso es posible." "Caso de que no esté despierta." "Cómo se te ocurre, Cissy. Mírala un poco." — He bebido veronal. Moriré. Pero todo sigue exactamente como antes. Tal vez no fué suficiente . . . Paul toma mi mano. — "Tiene el pulso tranquilo. No te rías, Cissy. Esta pobre criatura. . ." "Quisiera saber si a mí también me llamarías pobre criatura después de exhibirme desnuda en la sala de

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

música." "Pero calla, Cissy." "Como usted desee, señor... Tal vez preferirías que me fuese, y te dejase a solas con la señorita desnuda. Oh, por favor... no te incomodes. Haz como si yo no estuviera." He bebido veronal. Está bien. Moriré. Gracias a Dios. "Sabes, por otra parte... se me ocurre que ese señor von Dorsday está enamorado de la señorita desnuda. Se mostró tan excitado, como si el asunto le afectara personalmente." ¡Dorsday, Dorsday! Pero si ése es... ¡cincuenta mill! ¿Los despachará? Por el amor de Dios ¡qué, si no los despachara! Tengo que decírselo a ellos. Es necesario que lo obliguen. Por el amor de Dios: ¡si todo hubiera sido en vano! Ahora todavía podrán salvarme. ¡Paul! ¡Cissy! ¿Por qué no me oyen ustedes? ¿No saben acaso que me estoy muriendo? Pero yo no siento nada. Sólo estoy fatigada. ¡Paul! Estoy fatigada. ¿No me oyes, acaso? Estoy fatigada, Paul. No puedo despegar los labios. No puedo mover la lengua, pero todavía no estoy muerta. Es el veronal. ¿Dónde están ustedes? Voy a quedarme dormida, ya voy a quedarme dormida. ¡Y entonces será tarde! Ni siquiera los oigo hablar. Ellos hablan, y yo no sé lo que dicen. Sus voces silban y susurran. ¡Ayúdame, pues, Paul! Mi lengua está tan pesada... "Creo que pronto despertará, Cissy. Es como si ya se esforzara por abrir los ojos. Pero, Cissy ¿qué estás haciendo?" "Pues, te estoy abrazando. ¿Por qué no? Ella tampoco tuvo vergüenza." No, yo no tuve vergüenza. Me quedé desnuda delante de todo el mundo. Si sólo pudiera hablar, comprenderían ustedes por qué lo hice. ¡Paul! ¡Paul! Quiero que me oigan. Tomé

veronal, Paul, diez papelitos, cien. No he querido hacerlo. Me volví loca. No quiero morir. Tienes que salvarme, Paul. Tú eres médico. ¡Sálvame! "Ahora parece habérselo tranquilizado otra vez. El pulso... el pulso es bastante normal." Sálvame, Paul. Te suplico, te conjuro. No me dejes morir. Ahora estás a tiempo todavía. Pero después me quedaré dormida, y ustedes no lo sabrán. No quiero morir. Sálvame. Sólo fué por papá. Lo exigió Dorsday. ¡Paul! ¡Paul! "Mira un poco, Cissy, ¿no te parece que sonríe?" "Cómo no habría de sonreír, Paul, si no dejas de tenerle la mano, tan tiernamente." Cissy, Cissy, ¿qué te he hecho yo para que seas tan mala conmigo! Quédate con tu Paul... ¡pero no me dejen morir! Soy tan joven todavía. Mamá va a afligirse. Y todavía quiero ascender a muchas montañas. Todavía quiero bailar. Y también quiero casarme, alguna vez. Y quiero viajar. Mañana haremos una excursión al Cimone. Será un día maravilloso. Que venga el *filou* también. Tengo el honor de invitarlo. Corre, pues, y deténlo, Paul: ahí anda, por un camino tan vertiginoso. Se encontrará con papá. La dirección sigue siendo Fiala, no te olvides. No son más que cincuenta mil, y luego todo quedará arreglado. Ahí están marchando todos ellos, con sus trajes de penados, y cantan. ¡Franquead la entrada, señor espada! ¡Pero si todo esto no es más que un sueño! Ahí anda también Fred, con esa señorita ronca; y el piano está a la intemperie. ¡El afinador de pianos vive en la *Bartensteinstrasse*, mamá! ¿Por qué no le has escrito, hija? Pero tú te olvidas realmente de todo. Debería usted practicar más escalas,

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

Elsa. Una muchacha de trece años debería ser más aplicada. . . Rudi estuvo en el baile de máscaras, y sólo a las ocho de la mañana llegó a casa. ¿Qué me has traído, papito? Treinta mil muñecas. Pues necesito entonces una casa, especialmente para ellas. Pero también pueden pasearse en el jardín. O pueden ir al baile de máscaras, con Rudi. ¡Hola, Elsa! Ah, ¡Berta! ¿Ya has vuelto de Nápoles? Sí, de Sicilia. Permíteme que te presente a mi marido, Elsa. *Enchanté, monsieur.* "Elsa, ¿me oyes, Elsa? Soy yo, Paul." ¡Jajá, Paul! ¿Por qué estás montando la jirafa de la calesita? "¡Elsa, Elsa!" Pues no te escapes cabalgando. No podrás oírme, si cabalgas tan ligero por la alameda. Oye: tú tienes que salvarme. Tomé veronálica. Y eso me hormiguea en las piernas, a derecha e izquierda. Como hormigas. Sí, atrapa no más, al señor von Dorsday. Allá va, corriendo. ¿No lo ves acaso? Ahí salta sobre el estanque. Has de saber que él asesinó a papá. Corre tras él, corre. Yo correré contigo. Me ataron el catafalco a la espalda, pero aun así correré contigo. ¿Cómo me tiemblan los senos! Pero yo corro contigo. ¿Dónde estás, Paul? Fred, ¿dónde estás? ¿Dónde estás, mamá? ¿Cissy? ¿Por qué me dejan ustedes correr tan sola por el desierto? Me da miedo. . . tan sola. Pues, será mejor que vuele. Ya sabía yo que sé volar.

"¡Elsa!" . . .

"¡Elsa!" . . .

¿Dónde están ustedes? Los oigo, pero no los veo.

"¡Elsa!" . . .

"¡Elsa!" . . .

"¡Elsa!" . . .

## ----- LA SEÑORITA ELSA

¿Qué es eso? ¿Un coro? ¿Todo un coro? ¿Y también órgano? Oh, yo también estoy cantando. ¿Qué canción es ésa? Todos están cantando. También los bosques y las montañas y las estrellas. Jamás he oído nada más bello. Jamás he visto una noche tan clara. Dáme la mano, papá. Volaremos juntos. Es tan hermoso el mundo cuando se sabe volar. Pero no me beses la mano. ¡Sí soy tu hija, papá!

"¡Elsa! ¡Elsa!"

¡Están llamando, de tan lejos! ¿Qué quieren ustedes? No me despierten. Yo estoy durmiendo tan bien... Mañana. Mañana por la mañana. Ahora estoy soñando y volando. Estoy volando... volando... volando... duermo y sueño... y vuelo... no despertar... mañana por la mañana...

"¡El..."

Estoy volando... soñando... durmiendo... estoy soñ... soñan... volan...



HUIDA A LAS TINIEBLAS





I

**L**LAMARON a la puerta; el Consejero Seccional despertó, dijo maquinalmente "¡pase!", y entonces apareció sin más el camarero, con el desayuno encargado regularmente para las ocho. Lo primero que pensó Robert fué que la noche anterior, a pesar de todo, había olvidado echar la llave a la puerta, una vez más; pero apenas le quedaba tiempo para dejarse embargar por el disgusto que le causaba

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

este reiterado signo de distracción, puesto que toda su atención fué absorbida inmediatamente por la correspondencia, traída sobre la bandeja del desayuno, junto con el té, la manteca y la miel. Entre otras misivas, menos interesantes, halló una carta de su hermano, en la cual éste manifestaba su alegría con motivo del ya inminente reencuentro, y mencionaba, luego de comunicarle algunas insignificantes noticias de indole familiar, y con cierta negligencia no totalmente exenta de intención, su reciente nombramiento como catedrático supernumerario. Robert redactó un cordial telegrama de felicitación y lo hizo llevar sin demora al correo. Aun cuando los deberes profesionales u otras circunstancias de la vida solían interrumpir con frecuencia el trato personal entre los dos hermanos, a veces durante días y semanas, se presentaba sin embargo siempre algún acontecimiento que —a veces justamente por su insignificancia— les hacía sentir su unión, su mutua dependencia, como algo indudable e indisoluble. Al hermano menor ante todo, todos los demás vínculos de su vida, los pasados y los aún subsistentes, hasta su precoz matrimonio con una mujer excelente, ha mucho ya fallecida, se le aparecían como de menor categoría cada vez que la relación de hermano a hermano no sólo en su caso era la ganancia mejor y más pura de la existencia, sino que la reconocía, también en un sentido general, como único vínculo de perduración naturalmente asegurada; veía este vínculo más seguro que aquel otro que une con los padres, los que demasiado pronto van apartándose, perdiéndose

## — — — — — HUIDA A LAS TINIEBLAS

visiblemente, en la senectud y en la muerte; más firme que el que liga al hombre a sus propios hijos, ya que está predestinado a perderlos, si no es porque se apoderan de ellos otras personas, cuando menos porque los absorbe su propia juventud... aunque, por cierto, Robert jamás había podido experimentarlo en su propio caso; pero ante todo permanecía este vínculo libre siempre de aquellos enturbiamientos que, surgiendo inesperadamente de oscuros subsuelos del alma, suelen cernerse tormentosos sobre las relaciones entre hombre y mujer.

Así, pues, acogió Robert la carta del hermano, que llegaba precisamente hoy, el día de su partida, como un augurio favorable, sintiéndose prodigiosamente fortalecido en sus esperanzas, concernientes al porvenir en el cual había de entrar, luego de un período inquieto, como en una nueva época de su vida.

El sol ya estaba bastante alto cuando Robert concluyó de hacer sus baúles y abandonó su cuarto. Era la hora en que la mayor parte de los huéspedes se hallaban en el balneario, o paseando, y en que justamente las inmediaciones del hotel ofrecían la mayor quietud. Robert subió al ancho desembarcadero de piedra que se adentraba un buen trecho en el agua y apoyado en el cual hacía su siesta el vaporcito de claro colorido; dirigió la mirada a las pocas velas casi inmóviles —blancas, amarillas y rojizas— que resplandecían en el canal, y, finalmente, sus ojos se deslizaron hacia el norte, donde la angostura, ensanchándose paulatinamente, insinuaba la presencia del mar abierto.

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

Se quitó el sombrero, a fin de que los rayos del sol le dieran precisamente en la coronilla; respiraba hondo, con los labios abiertos para sentir en la lengua el sabor de la sal, disfrutando así del aire suave que a veces, en esta isla meridional, acariciaba todavía con calor veraniego aun en esos días que ya eran los últimos del mes de octubre. Poco a poco le invadió una singular sensación, como si el momento que vivía en realidad ya hubiese pasado hacia mucho tiempo, y como si él mismo, tal como permanecía ahí —en el desembarcadero, con el sombrero en la mano y los labios abiertos— sólo fuese una imagen, una imagen que se desvanecía, de su propio recuerdo. Hubiera deseado ser capaz de retener por más tiempo esa sensación, que él no experimentaba por primera vez y en modo alguno como algo espeluznante, sino antes bien como una emoción libertadora; pero este mismo deseo la hizo desaparecer. Y entonces se sintió como divorciado de la realidad: cielo, mar y aire se habían vuelto extraños, fríos, lejanos; y el instante florecido se marchitaba lastimosamente.

Robert abandonó el muelle y se encaminó por uno de aquellos senderos angostos, poco frecuentados, que entre pinos y robles, entre matorrales silvestres, conducían al interior de la isla. Pero también ese paisaje le parecía sin fragancia, seco, y como despojado de su encanto habitual. Alegrábase de que la hora de la partida estuviera tan próxima, y en su alma surgieron imágenes vivísimas de invernales placeres urbanos, placeres que no codiciaba desde hacía mucho tiempo. Se

## — — — — — HUIDA A LAS TINIEBLAS

veía en el teatro, sentado en una cómoda butaca de terciopelo, entregado a la contemplación de un espectáculo alegre; se veía deambular por calles iluminadas y repletas de gente, entre tentadores escaparates con preciosas joyas y artículos de cuero; y finalmente se le aparecía su propia figura, un tanto rehecha y rejuvenecida, en un tranquilo rincón de un restaurante confortablemente distinguido, a la vera de una personita femenina, a la cual su fantasía prestaba involuntariamente los primorosos rasgos de Alberta. Por primera vez desde la separación, pensaba hoy en ella con leve melancolía; preguntábase si de verdad había sido un acto tan extraordinariamente inteligente el dejarla sin resistencia alguna a merced de aquel joven americano, en el cual sin duda ni habría pensado ella al cabo de unos pocos días, una vez alejada de su peligrosa proximidad; y se puso a cavilar acerca de si no hubiera sido más bien su deber, en aquella conversación vespertina junto al Lago de los Cuatro Cantones, en medio del bosque, poner sobre aviso a la amiga —en lugar de aconsejarle que aceptase una propuesta matrimonial que, pese a tan apasionada decisión, resultaba un tanto sospechosa, puesto que se había producido al cabo de una relación de pocos días solamente. Pero Robert no se engañaba, por cierto, al respecto: su desazón de estos instantes procedía mucho menos de tales dubitaciones de su conciencia, harto atrasadas, que del recuerdo sensual agradecido, casi doloroso en su despertar.

Volvió al hotel con retraso, y tomó, pues, como

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

siempre, su almuerzo solo, junto a uno de los anchos ventanales con vista al mar. Luego se despidió cortésmente de algunas de sus amistades de veraneo, y finalmente se instaló por un breve rato junto a la mesa de la señora y la señorita de Rolf, que tomaban su café de sobremesa en la terraza costera. La señorita Paula, a la que Robert no brindara ninguna atención especial durante su permanencia en la isla —puesto que en general le agradaba poco el trato con las mujeres solteras de buena familia—, lo contemplaba hoy con visible interés y esto le dió que pensar. Cuando, al despedirse, no sólo besó la mano a la madre, señora un tanto majestuosa que aún se conservaba bella, sino, contrariando su costumbre, también a la hija, sintió que en su frente se posaba el brillo cálido de una mirada amistosa, cercana, que por así decirlo se tornó más oscura, más profunda, cuando los ojos de Robert la afrontaron.

Fué a la sala de música; tocó unos acordes en el desafinado piano de cola, pero pronto dejó este recinto tras cuyas cortinas cerradas pesaba la bruma de la tarde sofocante; y vagando de un lado para otro, sobre la arena gruesa, blanca y resplandeciente de la orilla, sintió, apenado, el vacío insondable de aquellas horas inútiles que preceden a una partida prefijada. Se decidió por eso a tomar, en vez del vapor regular de la tarde, una de las pequeñas lanchas de motor, y recorrer en ella inmediatamente, a plena luz del día aún, la breve distancia marina; y se dió luego a vagar hasta poco antes de la partida del tren por las calles tortuosas y accidentadas del puerto, cuyas antigüedades se había

— — — — — HUIDA A LAS TINIEBLAS

propuesto visitar todos los días, postergando esa visita otras tantas veces, y finalmente hasta la última hora. Cuando se detuvo sobre los peldaños superiores del coliseo, corroidos por la acción del tiempo, y lo envolvía la última luz del día ya a punto de desvanecerse, se elevó hacia él cual una oscura advertencia la noche, desde las profundidades del círculo gigantesco.

II

Robert se quedó junto a la ventanilla de su compartimiento cuando el tren abandonó la estación, y sin emocionarse se despidió de la isla que allá enfrente se perdía en el gris pálido rojizo del crepúsculo; y se despidió del mar, sobre cuyas olas más lejanas reverberaba un reflejo violáceo del sol ya hundido. El tren ascendía lentamente, jadeante, entre míseros viñedos, hacia la meseta calcárea, y a través de un largo túnel se introdujo pronto en el vespertino paisaje riscoso, cuyo horizonte ya sólo incluía del mar apenas un asomo, sin contener su imagen. Y sólo entonces Robert, a quien las andanzas por las calles accidentadas y mal pavimentadas del viejo puerto dejaron fatigado, se estiró sobre su lecho, tratando de hallar en su corazón aquel grato presentimiento que aún esa misma mañana lo había conmovido durante el paseo, haciéndolo sentirse casi dichoso. Pero lo que ahora hallaba ya no era alegría, sino una extraña angustia, tal si viajara al encuentro de una decisión grave y plena de significado. ¿Se anun-

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

ciaba en forma tan indeseable la proximidad de la tierra natal? ¿Sería su destino regresar tan atribulado como había partido? ¿Y le asaltaba ya, después de tantas horas de sensaciones gratas y libres que experimentara estos últimos meses, aquella sensación inconcebible que apenas cabía en el pensamiento y jamás en palabras, y que con oscuro amago parecía anunciar algo más grave aún?

¿Se habían equivocado los médicos, o lo habían engañado intencionadamente, al afirmar que esperaban su completo restablecimiento al cabo de un viaje de distracción de seis meses? Ciertamente que el doctor Leinbach, su amigo de juventud, se inclinaba a tomar siempre a la ligera los males de que uno se quejaba ante él, y apenas podía tranquilizar gran cosa a nadie el hecho de que pretendiera haberlos experimentado todos, alguna vez, en su propio cuerpo. Pero de ningún modo podía suponerse que también Otto, caso de considerarlo seriamente enfermo, hubiera cargado con la responsabilidad de enviar a su hermano único, por medio año y sin que nadie lo acompañara, al vasto mundo. Pero al mismo tiempo Robert no podía dejar de preguntarse si verdaderamente había sido franco con su hermano, sin reticencia alguna; si más bien no había presentado su propio estado ante aquél —obediendo a un extraño temor, y aun en la última entrevista—, si no lo había presentado, pues, más inocente, más innocuo de lo que él mismo lo sentía, en la esperanza inconsciente de obtener así una sentencia más leve.

## — — — — — HUIDA A LAS TINIEBLAS

Sentencia: ésta era la palabra que insistía en lo hondo de su mente; y era la palabra acertada. Pues desde su juventud reconocía que frente a su hermano mayor él era un hombre de valor inferior, pese a las brillantes cualidades externas, y no se le ocultaba que su propia existencia burguesa era considerada por Otto, si bien con indulgencia, a menudo, sin embargo, con impaciencia y desagrado. Y Robert lo comprendía perfectamente. La existencia de Otto, cargada de deberes; la seriedad de su profesión, de cuyo ejercicio dependían cosas tan esenciales como la vida y la salud; su modo de encontrar un sostén seguro, que a la vez implicaba sacrificios, en el seno de la familia; todo esto presentábase a los ojos de Robert bajo una luz tan elevada que en comparación con ello su propia vida, por más que se viese afirmada en el marco de una función pública, se le antojaba con harta frecuencia como exenta de verdadera dignidad y de todo sentido profundo.

La posibilidad de que su hermano le saludara cordialmente, como a un hombre curado, más aún, como a un enmendado, parecióle la mejor acogida que su tierra podía brindarle. Y el hecho de que la grata expectativa de un feliz reencuentro se hubiese convertido paulatinamente en un estado inquieto y angustioso, debía de tener sus causas ocultas, a las cuales Robert dedicó ahora sus cavilaciones, vacilante pero sin ofrecer resistencia; y sintió que de los abismos de su alma emergía, sordo pero imposible de ahuyentar, un recuerdo, como si se negara a permanecer por más

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

tiempo sujeto a esa somnolencia engañosa que ya llevaba años; una palabra comenzó a resonar en su interior, una palabra que por vez primera osaba confesarse a sí misma su propio significado; e intencionadamente se puso a musitar esta palabra: una vez, diez veces, cincuenta veces; la repetía para sí, como si de tal modo pudiera privarla de su significación, de su poder. Y en efecto se tornaba poco a poco cada vez más vacía y más fútil, hasta que finalmente no fué otra cosa que una sucesión casual de letras, arbitrariamente alineadas, y que no poseían más sentido del que tenía el canto de las ruedas bajo el tren que se precipitaba hacia la patria, canto con el cual se entreveraba, y en el cual finalmente se perdió por completo, pues el hombre, lentamente, se quedó dormido.

## III

Cuando Robert tomó, bajo la lluvia torrencial, un coche en la estación, le indicó al cochero por lo pronto las señas de su vivienda anterior, que en verdad había dejado definitivamente antes de su partida; y sólo después, acordándose, dió el nombre de un antiguo hospedaje donde ya había pedido alojamiento. Situado detrás de una iglesia y entre casas altas y sombrías del centro de la ciudad, no ofrecía ese aspecto festivo y amistoso con que otros hoteles, de reciente construcción, suelen dar la bienvenida a los huéspedes; sin embargo, Robert eligió justamente ese hotel, no

## — — — — — HUIDA A LAS TINIEBLAS

sólo porque sus medios económicos, aunque todavía permaneciesen bastante ordenados, no le permitían una permanencia prolongada en una de aquellas modernas posadas de forasteros, sino también porque justamente en esa casa, en una habitación del cuarto piso, había pasado más de una hora alegre hacia muchos años, en compañía de un amigo fallecido hacía tiempo, cuya amante se alojaba allí. En su recuerdo, la imagen del hotel se conservaba, cosa extraña, como la de un pequeño palacio antiguo, y ahora buscaba en vano las huellas de aquella pompa desvanecida que antaño podía haber producido, o favorecido, semejante ilusión. No estaban allí los adornos artísticos de la barandillas de hierro de la escalera, ni se veían en los cielorrasos de los pasillos los altorrelieves barrocos que esperaba encontrar; y la alfombra de la escalera, angosta y desgastada, brillaba con matices de una púrpura mísera y palidecida. No obstante, el cuarto que le destinaron, de alta bóveda, con dos anchas ventanas, confortablemente amueblado, y que ofrecía la vista sobre la cúpula de la iglesia verde pátina, lo reconcilió y lo resarcó de la primera impresión, tan triste. Se hizo traer su equipaje, y se dispuso inmediatamente a conferir a este cuarto de hotel un leve aire doméstico y familiar, mediante varios pequeños objetos de su propiedad que aun cuando viajaba solía llevar siempre consigo, tales como el cartapacio, el cortapapeles, el cenicero y otras cosas por el estilo. Luego fué al cuarto de baño, el que se notaba fácilmente que sólo obedeciendo a la exigencia

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

de una nueva época, y a regañadientes, había sido transformado, de algún desván inútil, en lo que ahora era. Una lámpara amarillenta, incrustada en el techo, expandía una luz mezquina en ese recinto sin ventana, y el espejo oblongo que con su liso marco dorado colgaba en la pared, se veía atravesado desde arriba hasta abajo por una rajadura. Fiel a su costumbre, Robert se quedó en el baño un rato bastante prolongado, y luego, echándose sobre los hombros la salida de baño blanca y rugosa, se acercó al espejo; su cara alargada, sin barba, le pareció bastante fresca, más aún, su semblante hasta le pareció juvenil para sus cuarenta y tres años. Ya quiso apartarse, satisfecho, cuando desde el turbio cristal, y de un modo enigmático, parecía contemplarlo un ojo ajeno. Se inclinó hacia adelante y creyó notar que el párpado izquierdo caía más sobre el ojo que el derecho. Se asustó un poco, trató de comprobarlo con los dedos, parpadeó, apretó firmemente los párpados, para volver a abrirlos; la diferencia frente al lado derecho seguía siendo la misma. Se vistió rápidamente, se colocó ante el espejo grande que ocupaba la pared entre las dos ventanas, abrió los párpados lo más que pudo, y tuvo que comprobar que el párpado izquierdo no obedecía su voluntad con la misma prontitud que el derecho. Pero el ojo propiamente miraba sin la menor dificultad, y la pupila respondía al estímulo de la luz sin vacilar; y como Robert se acordó, por otra parte, que había pasado la noche acostado sobre el lado izquierdo, la debilidad del párpado parecía, de todos modos, sufi-

— — — — — HUIDA A LAS TINIEBLAS

cientemente explicada. A pesar de todo, Robert se propuso consultar al día siguiente al doctor Leinbach, o a Otto, o mejor aún, esperar que su hermano descubriera por sí mismo la desigualdad de los párpados. Pero al mismo tiempo, se estremecía en el fondo de ese propósito una vaga angustia, aproximadamente como si hubiese cometido algo indebido, y tuviese que estar preparado cuando menos para una amonestación, si no ya para un castigo. Rechazó al comienzo todo intento de comprender esa sensación, pero luego extendió ambos brazos como para defenderse de un enemigo que se aproximaba; se alejó de su imagen en el espejo, y se acercó a la ventana, contra la cual golpeaban las pesadas gotas de la lluvia. Su mirada recayó en la estatua de mármol de San Cristóbal, colocada allá enfrente, en una hornacina de la iglesia, exactamente como hacía veinte años. Sólo entonces se dió cuenta que se hallaba en el mismo cuarto en el cual se alojara tantos años atrás la amante de su amigo Höhnburg; únicamente los muebles eran nuevos, y en lugar de los pesados cortinados rojo oscuros, caía de la barra de bronce de la alcoba, formando ligeros pliegues, una cortina de cretona, liviana y florecada, que hacía juego con el color del nuevo empapelado. ¿Debía considerar como un augurio favorable ese cambio claro y amable? Así lo intentó, pero sin éxito. Porque con cruel nitidez resurgió ante los sentidos de Robert aquella velada primavera, que ya pertenecía a un pasado tan lejano, y en la cual no sólo se había anunciado, misteriosamente, el sino del amigo, sino

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

también —y lo sentía con un tremendo escalofrío— acaso el suyo propio. Y la revivió.

Junto con su hermano Otto, el teniente Höhnburg y otros buenos amigos, después de presenciar unas carreras en Freudenau, había entrado a tomar una copa en un parque de diversiones, repleto de gente. Höhnburg fué el más ruidoso y el más alegre de todos ellos, más ruidoso y travieso aún de lo que solía ser, y no llamaba mucho la atención el hecho de que diera al mozo una propina insólitamente elevada. Pero en el camino a casa, Otto se llevó a su hermano aparte y le confió que su común amigo Höhnburg —cosa que los demás no sospechaban todavía siquiera, pero que él como médico sabía con certeza desde hacía unos días— estaba condenado a caer víctima de una demencia incurable, y que al cabo de tres años a más tardar estaría bajo tierra. Al pronto Robert se sublevó contra la presunción de ver en el joven oficial de caballería, que en apariencia ostentaba semejante estado de salud imperturbable, hasta eufórica, y que además era su amigo, a un hombre marcado, sentenciado. Pero cuando finalmente tuvo que ceder ante los conocimientos profesionales de su hermano, el modo de ser y la conducta de su amigo, toda su presencia, cobraron a sus ojos un aire lúgubre, cada vez más inquietante; evitaba dirigirle la palabra; hasta sentía realmente miedo de que el otro pudiera dirigirse a él, o acaso tomarlo del brazo, y sin despedirse desapareció de la reunión. Ya pocos días después, Höhnburg sufrió un ataque de rabia y hubo que llevarlo a un sanatorio.

## ----- HUIDA A LAS TINIEBLAS

Durante el próximo encuentro con Otto, sin intención premeditada y como si obedeciera a una inspiración repentina e irresistible, Robert exigió a su hermano que éste, si algún día, ya sea mañana o en un lejano futuro, descubriese en él los síntomas previos de una enajenación mental, lo ayudara sin más a pasar de la vida a la muerte de una manera rápida y sin dolor, puesto que un médico disponia siempre de ese poder. Otto, al comienzo, se burló de él, llamándolo un hipocondríaco inveterado, pero Robert no cedió, y declaró que el amor fraternal jamás debiera negar semejante servicio, ya que en cualquier otro caso el propio enfermo podía poner fin a sus padecimientos si así lo deseaba, mientras que una perturbación mental rebajaba al hombre haciendo de él un esclavo incondicional del destino. Otto cortó, disgustado, aquella conversación. Pero en el transcurso de las próximas semanas reiteró Robert su exigencia con tal tenacidad, y la apoyó con fundamentos tan tranquilamente expuestos y en verdad irrefutables, que Otto, a fin de librarse de una vez de esa charla insufrible, se dejó arrancar la promesa pedida. Pero esto aún no era suficiente para Robert; escribió una carta a su hermano, en la cual le confirmaba secamente, en un tono casi comercial, la recepción de aquella promesa, aconsejándole además conservara cuidadosamente esta confirmación, a fin de poder más tarde, por si acaso, defenderse ante acusadores o dubitadores, con la justificación irrefutable de un acto necesario.

Después de despachar su carta, Robert se sintió tran-

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

quilizado, y a partir de entonces, como en virtud de un acuerdo mutuo, jamás se mencionó entre los hermanos aquel convenio ni con una sola palabra, ni siquiera a modo de insinuación. Y Robert tenía la sensación de haberse librado de un hechizo; le parecía en verdad que ahora quedaba definitivamente eliminada, de entre todas las posibilidades funestas que pudieran amenazar su existencia, justamente la más sombría. Ni aun cuando, en la última primavera, se vió forzado a abandonar toda actividad porque le fallaba la memoria; cuando se retiró de la vida de sociedad porque las palabras más indiferentes le afectaban fastidiosa o hasta dolorosamente; cuando también tuvo que dejar su bienquerido piano, porque al tocar se emocionaba a veces hasta llorar y se avergonzaba de sus lágrimas, ni aun entonces temía el estallido de la locura, en modo alguno, y tampoco le torturó semejante temor durante todo su viaje; sabía, sin lugar a engaños, que la noche anterior, en el coche del tren y antes de quedar dormido, la palabra fatídica había resucitado por primera vez para él, pasando nuevamente, de su estado de letra muerta, a la viviente significación. Pero con ello el contrato celebrado entre él y su hermano parecía entrar nuevamente en vigencia, y aquella carta, que Otto sin duda había guardado cuidadosamente, se había convertido en un "reconocimiento de deuda", contra cuya muda implacabilidad no habría reclamación posible en esa hora grave que pudiera amenazarlo. ¿Y acaso había menester de semejante documento? ¿Acaso no era Otto

## — — — — — HUIDA A LAS TINIEBLAS

el hombre indicado para eliminar del mundo a un ser decididamente perdido, aun sin que lo relevara de toda responsabilidad ningún contrato obligatorio... sino haciéndolo tan sólo impulsado por su sentimiento humanitario? Robert no dudaba de que médicos inteligentes y nobles se decidían a adoptar procedimientos de esta índole con mucha mayor frecuencia de lo que generalmente suele llegar a conocerse, aun sin tener en su poder cartas de justificación, como aquélla que poseía Otto.

¿Pero no sucede también que los médicos se equivocan? ¿No pueden ellos mismos perder el juicio y tomar por insano a una persona mentalmente sana? ¿Y no queda, de tal modo, uno a merced del otro, sin salvación posible: el enfermo a merced del sano tanto como el sano a merced del enfermo? Pero llegado su pensamiento a este punto, Robert se retuvo, violentamente. No quería admitir por más tiempo que tales cavilaciones morbosas le impulsaran, indefenso, hacia el turbio terreno de las posibilidades vacilantes, donde lo altamente probable y lo apenas concebible convivían en impura connivencia. Echó nuevamente una rápida mirada al espejo. Ahora ya no advertía ninguna diferencia entre el lado derecho y el izquierdo. Los dos ojos tenían la mirada un tanto turbia y fatigada; pero ya desde sus años de juventud su ojo izquierdo era ligeramente miope, razón por la cual él había adoptado la costumbre de entrecerrarlo a veces. Agregábase a ello el hecho de que esa noche apenas si *había* dormido. Su aspecto general, eso no

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

podía negarse, era el de un hombre muy fatigado y que había pasado mal la noche. Se decidió por lo tanto a postergar momentáneamente la visita que se había propuesto realizar, a fin de volver a enfrentarse con Otto, por primera vez, después de una noche descansada, repuesto, en excelente disposición de ánimo y, si era posible —porque tampoco ese detalle le parecía exento de importancia—, con tiempo totalmente serenado.

## IV

Poco después salió del hotel; se regodeó imaginándose ser un forastero que se paseaba por las calles de una ciudad desconocida, e intencionalmente tomó su almuerzo en un restaurante en el cual jamás entrara antes. Luego emprendió la búsqueda de una vivienda; anduvo durante horas por diversas casas, escaleras arriba, escaleras abajo; inspeccionó docenas de habitaciones desocupadas y ocupadas, interrumpió en alguna parte los ejercicios de piano de una joven, y en otro sitio a un maestro que daba clase a dos mucháchitos; entraba en trato con patronos atentos, indiferentes o gruñones, y con encargados; y con todo, no lograba imaginarse, en ningún momento, que toda esta empresa iba en serio, que conduciría a una meta determinada. Una vez se extravió por una calle donde comenzaron a flotar en su torno recuerdos de una época remota; detrás de aquella ventana que daba a la esquina, en el segundo piso, él había vivido hacia mu-

## — — — — — HUIDA A LAS TINIEBLAS

chos años horas felices, o cuando menos agradables; y sin que le causara verdadera pena, sino antes bien como si se tratara de una pequeña contrariedad, cobró conciencia del hecho de hallarse en la actualidad tan solo en el mundo como quizá nunca antes. Fugazmente, pensó de nuevo en Alberta; pero acto seguido, con nítido contorno y lleno de color, surgió ante su ojo interno, muy viva, la imagen de la señorita Rolf, a la cual se sentía ahora más ligado, por esa mirada de despedida que le brindara la víspera. Intentó acordarse de su nombre de pila, sin que por lo pronto lo lograra. Por otra parte bien poco sabía de ella y de su familia; casi lo único que sabía, era que madre e hija, cuando se hallaban en la ciudad como cuando estaban de viaje, aparecían la mayor parte de las veces sin el padre, el cual, aun siendo un abogado muy solicitado, casi célebre, gozaba sin embargo de una fama ambigua a causa de su desdichada pasión por las especulaciones bursátiles. Con ello podía relacionarse también el hecho de que la única hija, a la que sin duda ya pocos años le faltaban para los treinta, hubiera quedado soltera hasta la fecha; y Robert creía recordar oscuramente un rumor que la daba por comprometida con un famoso músico, muerto después. Mientras así le dedicaba sus pensamientos, su figura aparecía ante él cada vez más conmovedora, como rodeada de misterio.

Por la noche fué Robert a un teatro suburbano. Quedóse mirando la representación con el ánimo un tanto cansado y gratamente sumido en la ensoñación;

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

fué espectador del alegre juego musical, y se regocijó como un niño cuando el primer cómico, en medio de un *couplet*, lo saludó familiarmente con la cabeza, desde el escenario. Después del teatro se encaminó a un café del centro de la ciudad, donde desde hacía años solía reunirse todas las noches un pequeño círculo de conocidos, con los cuales Robert había cambiado desde su viaje, al principio cuando menos, saludos fugaces, escritos sobre tarjetas postales. Cuando entró, vió en el rincón acostumbrado al señor August Langer, primo de su finada esposa, un caballero amable, ya entrado en años, alto empleado de banco, que en su vestimenta y porte trataba de subrayar su notorio parecido con un aristócrata muy popular en los círculos deportivos. Ya desde lejos, pero sin levantarse y sin dejar el periódico que tenía en la mano, Langer saludó al que entraba, le dió luego un amistoso apretón de manos, y comprobó inmediatamente y para su satisfacción el excelente aspecto de este último. Se acercó Rudolf Kunrich, un pequeño actor del teatro imperial, y se adhirió a las expresiones del señor Langer. Ambos, tanto Kunrich como Langer, le parecieron a Robert muy envejecidos en los seis meses de su ausencia, tal como si hubieran pasado muchos años. Entró Leinbach, que como padre de familia y médico ocupadísimo sólo rara vez acudía allí, de modo que el hecho tuvo, para Robert, la significación de una grata sorpresa. Leinbach, advirtiéndolo al amigo, lo acaparó inmediatamente para sí solo; le dirigió las preguntas comunes que suelen dirigirse a quien regresa de un

— — — — — HUIDA A LAS TINIEBLAS

largo viaje, y le preguntó por fin si ya había vuelto a asumir su cargo.

Robert manifestó sus dudas acerca de si ya podía considerarse apto para retomar sus actividades profesionales.

El doctor Leinbach sólo sonrió.

Robert insistió:

—Te olvidas de cómo se vinieron abajo mis nervios la pasada primavera, antes de que me enviarais de viaje.

Leinbach se encogió de hombros:

—Mi querido amigo, si alguien se encuentra en la feliz situación de hacerse mandar de viaje, . . . nosotros naturalmente lo mandamos. Por otra parte, hay muchos que, sencillamente, sólo carecen de tiempo para volverse locos.

"Locos", repitió Robert para sí, ¿por qué lo primero que dice es "loco"? ¿Si yo le presentara ahora esa historia con mi párpado? Tal vez fuera el momento adecuado. Y cautelosamente comenzó:

—Por otra parte, yo tenía la intención de asaltarte mañana en tus horas de consulta.

—¡Horas de consulta . . . ! Para eso se necesitan dos, querido mío. En tal caso, ante todo, tendría yo que considerarte un enfermo.

—Porque desde hace algún tiempo me llama la atención —dijo Robert sin inmutarse—, que . . . mi brazo izquierdo está considerablemente más débil que mi brazo derecho. —Esto se le ocurrió en ese mismo instante—. Sí, ríete, pero es así.

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

Alzó lentamente su brazo izquierdo y se puso a mover con torpeza los dedos.

—Bueno —dijo Leinbach con excesivo buen humor— ¡agarra un poco mi muñeca con tu paralítico brazo izquierdo!

Robert así lo hizo, y Leinbach profirió en broma: —¡Ay!

—Y sin embargo —dijo Robert—, yo te aseguro que esta mañana tuve la sensación de no poder mover ese brazo en absoluto; es más, todo el costado izquierdo quedaba de algún modo comprendido en esta sensación extraña. Sentí asimismo un singular cansancio en la mitad izquierda de la cara y además —avanzó, osadamente, cada vez más— apenas pude abrir el ojo izquierdo.

Al mismo tiempo, como sentía que con todo el ojo de Leinbach lo examinaba con cierta penetrante perspicacia médica, abrió mucho y con vehemencia ambos ojos, a fin de no traicionarse en ningún caso.

—Tonterías —dijo Leinbach—. Es sabido que un lado es siempre más débil que el otro. La llamada simetría de las dos mitades del cuerpo es, en general, una leyenda, eso sin duda lo sabes. Por otra parte: ¿dónde has estado últimamente? ¿Junto al mar, en el sur, verdad...? Esto tal vez no haya sido lo más acertado, especialmente como final. Yo en tu lugar, antes de reasumir mis funciones, iría con todo, por unos días, a respirar un poco de aire serrano.

—¿Te parece...?

—No es que lo crea necesario... ni se te ocurra

## — — — — — HUIDA A LAS TINIEBLAS

pensar eso. Pero si puede uno permitírselo. . . —y añadió suspirando—: por mi, claro está, puedes quedarte tranquilamente en Viena.

Se acercó a la mesa el poeta Kahnberg, saludó a Robert, para asombro de éste, como a un amigo ansiosamente esperado, lo arrastró hasta una mesa contigua, le contó la continuación de una historia amorosa de cuyo comienzo Robert no se acordaba haber sabido jamás lo más mínimo, y preguntó si un libro que le enviara hacía unos meses le había llegado. Robert se acordó que dicha obra, un drama en verso, había llegado a sus manos, provista de una cálida dedicatoria autógrafa del poeta, y que en efecto la había leído. Mas no podía acordarse en absoluto de su argumento. No sabía cómo agradecer con tanto atraso la atención, ni qué decir sobre el libro, cuando justamente todo el grupo se levantó, con el propósito de salir y de concluir la velada en un bar. Con gusto Robert se les adhirió, y al poco rato estuvieron todos sentados en un recinto bajo, repleto de gente, excesivamente iluminado; se distribuyeron en pequeñas mesitas y escucharon al pianista; éste tocaba infatigablemente arias de ópera, danzas, canciones, sutilísimamente armonizadas, en una continuidad del todo natural.

Robert, especialmente, escuchaba con una suerte de placer profesional, puesto que su propio talento tenía alguna afinidad con el de este pianista nocturno, que durante el día se ganaba su pan como empleado de la Caja de Ahorros. El doctor Leinbach intentó exponer filosóficamente su relación personal con la música.

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

Adjudicaba a este arte un carácter por así decirlo amoral, puesto que él por su parte, bajo el influjo de armoniosos sonidos, se sentía siempre inclinado a absolverse, perentoriamente, de todas sus faltas y pecados, los ya cometidos y los venideros. Robert se acordó que por última vez había estado en este local en compañía de Alberta, y se preguntó dónde estaría a la sazón la amada de entonces. ¿Se habría casado con ella, realmente, ese joven americano con quien había partido? Esto le pareció dudoso. Era perfectamente posible que ese hombre fuese un fanfarrón, un rastacuero, y que allá, o aún aquí en Europa, la hubiese abandonado. Cuán irresponsable se había mostrado él al renunciar a ella —no por nobleza, sino tan sólo por el amor propio herido—, dejándosela a un hombre completamente extraño, o, mejor dicho, entregándola a su merced.

El pequeño salón llenábase cada vez más de gente que trataba de avanzar entre mesas y sillas. Una joven señora, muy alta y extraordinariamente delgada, que estaba en compañía de dos señores, permaneció durante un rato, dejando vagar su mirada por el salón, muy cerca de Robert, y le rozó con su brazo. Como no encontraron mesa, ella y sus acompañantes se volvieron para salir; pero, ya en la puerta, volvió ella la mirada, sonriendo, hacia Robert.

Tenía ante sí una copa de champaña que le acababan de llenar. La bebió de un solo trago: con gusto, casi con avidez. El pianista fantaseaba sobre temas de óperas de Wagner, parodiándolos en compás de vals.

## — — — — — HUIDA A LAS TINIEBLAS

Un suceso remotamente pretérito atravesó el pensamiento de Robert. Hacía muchos años, al comienzo de su matrimonio, había sido muy cariñoso cierta vez con su joven esposa, en un palco oscuro, durante una representación de *Tristán*. Ahora, en el recuerdo, la escena se le presentaba como si entonces la hubiese amado inmensamente, y pensó que acaso muchas cosas habrían sucedido de otro modo en su vida, si ella no hubiese tenido que morir tan joven. A pesar de tan melancólica ocurrencia, sentíase muy confortable, y advirtió que marcaba suavemente, con la mano, el compás de la música. Sonrió, o más bien quiso sonreír, pues de pronto sintió convulsiones en las comisuras de los labios; sintió las lágrimas que le arrasaban los ojos, y a duras penas pudo dominarse, para no estallar en llanto. Apretó los dientes, echó una mirada en su torno para cerciorarse de si alguien había observado su debilidad, y se echó a reír; fué una risa tan ruidosa y estridente que varias personas se volvieron hacia él. Leinbach le dirigió una mirada penetrante.

—¿Qué tienes? —preguntó.

Robert sacudió la cabeza.

—Se me ocurrió algo muy gracioso —dijo.

—¿Puede saberse qué? —preguntó Leinbach, al parecer por mera curiosidad.

—No es nada para ustedes, nada para ustedes —replicó Robert; echó luego subrepticamente una ojeada alrededor, comprobó para si que ya no llamaba la atención y que sólo desde uno de los rincones se clavaban en él dos ojos que pertenecían a una joven

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

muchacha, y que lo miraban con una expresión de burla, o tal vez compadeciéndolo. Él devolvió la mirada con tanta dureza que la muchacha apartó la suya, dedicándose con gran aplicación a sorber su bebida helada, con su pajita. Y Robert se dijo que no podía permanecer allí por más tiempo y llamó al mozo. "No seré tan estúpido de darle diez florines de propina", pensó. Entretanto, ya toda la cuenta había sido abonada por August Langer. Robert dió las gracias exagerando humorísticamente la nota, y se despidió. En el platillo sobre la tapa del *pianino* puso, junto a las monedas menores que ya se habían juntado allí, una moneda de oro de diez coronas, disgustándole al mismo tiempo ese gesto; pero no osó retirarla. El pianista asintió con la cabeza en señal de agradecimiento, y sin dejar de tocar dijo:

—¿El señor Consejero Seccional estuvo de viaje? Esperemos tener ahora más a menudo el placer de verlo por aquí.

Qué amable es la gente conmigo, pensó Robert. Todo el mundo: Kahnberg, Langer, el pianista... hasta el cómico del teatro me saludó desde el escenario. Únicamente Leinbach sigue siendo un necio insoportable. En ese momento lo odiaba.

Las calles estaban casi desiertas. Un reloj de iglesia daba las dos. Suerte, pensó, que aún no haya que atenerse a un horario, y que mañana sea posible dormir las horas necesarias. Caminaba con paso rápido y seguro, canturreando para sí, y finalmente hasta se puso a cantar, con una voz hermosa y aterciopelada, que

279

no le parecía suya. Tal vez sea una voz ajena, pensó, tal vez yo no sea ni siquiera yo mismo. Acaso esté soñando. Acaso sea éste el último sueño que estoy soñando, el sueño de la agonía.

Se acordó de cierta ocurrencia que, hacía años, Leinbach expuso con toda seriedad ante una reunión numerosa. Había encontrado entonces una prueba de que, en realidad, la muerte no existía. Era indudable, declaró, que no sólo los individuos en trance de ahogarse, sino todos los moribundos, veían desarrollarse en el último instante, una vez más, su vida entera, a una velocidad fantástica, inconcebible para nosotros. Y como esta vida recordada tenía desde luego, a su vez, también un último instante, y este último instante, de nuevo, otro, etcétera, el morir no significaba en el fondo otra cosa que la eternidad —bajo la fórmula matemática de una progresión aritmética infinita. Robert se acordaba todavía perfectamente de la indignación con que Otto había rechazado esta cháchara; Robert sin embargo, sin ponerse a defender expresamente la concepción de Leinbach, no acertaba de ningún modo a considerarla desprovista de todo sentido. Si tal explicación era justa, entonces ciertamente uno no sabía jamás cuántas veces ya había experimentado aquello que en un momento dado experimentaba, y, por lo demás, esto no tenía la menor importancia, ya que se estaba condenado a experimentar y a vivir todas las cosas infinitud de veces. ¡Oh, absurdidad de absurdidades! ¡Un individuo problemático, ese Leinbach: de ningún modo podía tomárselo en serio

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

como médico! A ése, sin duda, cualquiera le podía engañar del modo que deseara; no se necesitaba gran habilidad para ello. Con Otto, el juego ya no sería tan fácil...

La puerta del hotel se abrió ante él. Cuando subió las escaleras, lo rodearon de pronto nuevamente, como hacía casi veinte años, las paredes de un pequeño palacio antiguo; y el rojo palidecido de la alfombra de la escalera refulgía bajo sus pies como púrpura. ¿Cuántas veces ya habría ascendido por esta escalera? ¿Cien veces, mil veces? ¿Y siempre de nuevo? ¿Y cuántas veces había subido por ella el pobre Höhnburg, que iba a visitar a su actriz bienamada? ¿Y, aún seguía subiendo por ella, y tendría que subirla eternamente...? ¡Al diablo con estos pensamientos absurdos! De todas maneras: la escalera era interminable. ¿En qué tinieblas se perdía el pasillo? Súbitamente, se había extinguido el alumbrado de las escaleras. Robert se sobresaltó. Pero se repuso pronto, prendió un fósforo, y así iluminó el trecho que le faltaba hasta su puerta. Cuando la hubo cerrado, encendió la luz de la habitación, y respiró aliviado, como si hubiese escapado a un peligro.

## V

Provisto de un velero con todo el velamen desplegado, y de un buque de guerra, que acababa de adquirir en una juguetería como grato recuerdo de su permanencia junto al mar, entró al día siguiente en

el cuarto de sus sobrinitos, un muchachito de nueve y otro de seis años, que acogieron con alegría al tío y sus regalos. Justamente estaba explicando a los niños, sin grandes conocimientos profesionales pero en forma muy comprensible, la construcción de los pequeños modelos, cuando regresó a casa la madre, cargada de muchos paquetitos. Le dió a Robert la más cordial bienvenida. Con su sonrisa acostumbrada, burlona y divertida a la vez, le rogó que no se dejase interrumpir en sus exposiciones técnicas. Muy poco después, como presintiendo la visita de Robert, y volviendo por ello más temprano que a la hora acostumbrada, entró Otto, sin haberse quitado aún el sobretodo y con la valijita de instrumentos, de cuero negro, en la mano. Su cabello y su barba le parecieron a Robert bastante encanecidos.

—Bueno, pues, aquí estamos nuevamente —dijo con cierta sequedad. Dejó la valija a un lado, cogió las manos del hermano, las sacudió, vaciló un poco, pero luego lo abrazó, y ambos quedaron turbados. Marianne, satisfecha por lo visto, meneaba la cabeza.

—¿Sin duda ya vienes del ministerio? —preguntó Otto.

—Veo que sobreestimas mi celo —dijo Robert—. Todavía no ha vencido el plazo de mi licencia, y no es nada difícil que aún me vaya por unos días a las sierras. Edmund, a quien encontré anoche, por casualidad, en el café, así me lo aconseja.

Intencionadamente nombró a Leinbach por su nombre de pila, a fin de referirse a él, por así decirlo,

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

como a un viejo amigo, y no en su carácter de médico, siempre un tanto discutible a los ojos de Otto. Sin embargo, Otto no pudo reprimir una sonrisa irónica. Tanto más se empeñó Robert luego, cuando estuvieron sentados a la mesa, en elogiar las excelencias humanas de Leinbach, particularmente su amabilidad y su buen corazón; perseguía con ello la intención de asegurarse, por ese lado, alguna protección contra eventuales potencias hostiles. Hablaba con vivacidad, con una suerte de jovialidad consciente; y del mismo modo refirió luego cosas de su viaje, deteniéndose con especial fervor en la descripción de los hermosos días de verano pasados junto al Lago de los Cuatro Cantones, sin mencionar a Alberta; y, al hacerlo, experimentaba la sensación de tener que rechazar alguna sospecha que se cernía sobre él.

A la hora de sobremesa, como el hermano ya tenía que atender su consultorio, Robert se quedó a solas con la cuñada. Estaba fumando en silencio su cigarro, cuando Marianne se dirigió a él, preguntando:

—¿Y qué hay de tus ejercicios de piano, de tu afición a la música?

—Mi afición a la música, el piano ... —repitió él con cierta melancolía—, ni yo mismo lo sé en realidad. Se sobreentiende que, estando de viaje, tiene uno pocas ocasiones de practicar. A veces, yo sentía, claro está, que eso me faltaba.

—A nosotros también —dijo Marianne sonriendo.

Había sido costumbre de Robert sentarse, después de las comidas, al piano, con el cigarro entre los labios,

## HUIDA A LAS TINIEBLAS

y abandonarse, como Marianne lo llamaba, a sus fantasías musicales de café y tabaco. De modo que también esta vez se levantó, fué al cuarto contiguo, se sentó al piano, y tocó toda suerte de piezas serias y alegres, clásicas y triviales, una tras otra y entreverándolas, parecidamente a como la noche anterior lo hiciera el pianista de la confitería.

De pronto, sus manos se quedaron quietas sobre las teclas, y volviéndose hacia Marianne —la cual, ocupada en un rincón del diván con un bordado, había escuchado su música— dijo:

—Ahora basta. De todas maneras eso no marcha como debiera. —Y como ella quiso objetar algo, continuó—: además, ya es hora de que vuelva a emprender mis andanzas. Porque has de saber que estoy buscando casa.

—¿No sería mejor que todavía esperaras un tiempo con eso? —dijo Marianne—; puesto que ya te alojas en el hotel... Con todo, podría suceder que pronto necesitaras una vivienda mayor.

Robert, para quien tales insinuaciones de parte de Marianne no eran cosa desacostumbrada, sacudió la cabeza:

—De todas maneras, para eso, poco a poco ya se ha hecho demasiado tarde.

—¿Por qué? —respondió ella vivamente—. Eso todavía llegará. Un buen día nos sorprenderás con el anuncio de tu casamiento.

¿Pensará en una persona determinada?, se preguntó. Para colmo ¿en la señorita Rolf...? Pero si apenas

tres veces he hablado con ella. ... ¿Será posible que, no obstante, ya tengan aquí noticia del hecho? Luego se le ocurrió que en diversas localidades de Suiza algunos amigos lo habían visto con Alberta, y que sus relaciones con ella no habían sido ningún secreto para el hermano y la cuñada. A veces, Marianne, habiéndolo visto con su amante en el teatro o en algún otro sitio, hasta había elogiado, con admiración apenas retenida, la discreción y el buen gusto de ésta. Puesto que hacía mucho ya que dejaran de aplicar a Robert los códigos burgueses, y que, desde el comienzo de su relación amorosa con Alberta, quienes lo rodeaban lo veían más tranquilo, hasta más feliz que en los años anteriores, él no dudaba de que la familia habría visto con bastante agrado una unión matrimonial con Alberta. La necedad que había cometido al ceder la deliciosa criatura, sin lucha alguna, a otro, nadie podía imaginársela —Marianne tampoco—, y aun él mismo comprendía, en este instante, menos que nunca lo sucedido.

Trató de evocar, en su recuerdo, la última conversación con Alberta. Se acordó de sus propias observaciones, burlonas al comienzo, acerca del americano; del extraño silencio de ella, de su sonrisa, y finalmente de esa comunicación repentina, totalmente inesperada, según la cual el forastero le había ofrecido su mano. Con gran claridad recordaba todavía que, pasajeramente, experimentó el impulso de desplomarse desmayado, o bien la necesidad de responder a Alberta con un golpe en la frente, pero que siguió haciendo

## — — — — — HUIDA A LAS TINIEBLAS

el papel de hombre sereno y superior, aconsejándole a Alberta, con expresiones de paternal amistad, la aceptación de ese ofrecimiento, ya que él no deseaba ser un obstáculo para su porvenir. Y finalmente se pusieron de acuerdo, decidiendo que aún esa misma noche ella le diera el *sí* al americano, y que Robert partiese a la mañana siguiente, sin volver a verla. Y se acordaba asimismo, con gran nitidez, que a las seis de la mañana pagó su cuenta y que con un sentimiento de liberación nada desagradable y dirigiendo una última mirada apenas melancólica hacia la ventana tras cuyas cortinas cerradas Alberta tal vez durmiera todavía, se marchó en el coche, por el camino serrano que conducía al lago.

Pero lo que de ninguna manera logró recordar, fué el instante en que definitivamente se despidió de Alberta. Se veía, en otra imagen que su memoria conservaba, junto a ella sobre un angosto sendero, el cual, desviándose del más ancho usado para los paseos, se perdía en las sombras del bosque; recordaba también que más tarde, ya plenamente caída la noche, estuvo sentado solo, vencido por un pesado cansancio, sobre un tocón; pero cómo llegó luego de vuelta al hotel, qué hizo en su habitación, cómo se acostó en su cama, y cómo volvió a levantarse por la mañana, de todo esto ya no sabía nada en absoluto. Sólo con el acto de abonar la cuenta, en el vestíbulo del hotel donde en ese preciso instante barrián el piso, su memoria retomaba el hilo. Y súbitamente, con taladrante angustia, se planteó la pregunta de si la conversación con Al-

berta, después de aquella conclusión que él recordaba y que exteriormente transcurrió con aparente tranquilidad, no había tenido otra continuación, de especie muy distinta, desaparecida de su memoria; de si no había levantado realmente, dominado por celos triturantes, el puño contra ella . . . de si en verdad no la había estrangulado, escondiéndola, sepultándola bajo un montón de hojas marchitas. Una sola cosa era segura: él había ido al bosque con ella, y había regresado sin ella; si más tarde regresó ella sola, era algo que él nunca llegó a saber, por cierto. Si no había regresado, eso, desde luego, tendría que haber llamado la atención en el hotel, pero ¿acaso podía imaginarse ahora qué clase de hábiles mentiras había inventado y presentado él mismo entonces, como explicación de su ausencia? Si, cosa que ahora de pronto le parecía posible, había cometido un homicidio en un estado semiconsciente, todo lo demás caía también dentro de la misma esfera de posibilidades; ante todo: ardidés y astucias de toda índole, destinados a velar y a ocultar el crimen.

Tenía plena conciencia de que todos estos pensamientos y consideraciones habían disparado por su cerebro en pocos segundos. Pero, hora, viendo los ojos de Marianne fijos en sí, con una expresión innegable de grave preocupación, se dió cuenta de que había palidecido mortalmente; y se dijo que, ante todo, era esencial no traicionarse, no delatarse. Con un enorme esfuerzo de su voluntad logró dar a su semblante una expresión inocente, y rogó a Marianne que lo ex-

— — — — — *HUIDA A LAS TINIEBLAS* — — — — —

cusara ante su hermano, porque ahora ya realmente tenía prisa si aún quería visitar cierta vivienda en la calle Wieden, que sólo podía verse antes de cierta hora.

—Pero para mañana me invito nuevamente a vuestra mesa; a no ser que, a pesar de todo —agregó rápidamente—, me vaya todavía, por unos días, al Semmering.

—Espíritu inquieto —exclamó Marianne a modo de despedida.

Cuando salió de la puerta de calle, vió enfrente, de pie ante un gran escaparate con espejos, y fumando un cigarro, a un señor de cierta elegancia cuestionable y sospechosa, que con llamativa rapidez apartó la mirada cuando Robert lo tomó entre ceja y ceja. ¿Ya hemos llegado a eso, pues?, pensó fugazmente. Pero en seguida se rió. Sería una gran novedad, se dijo para sus adentros, ser arrestado por una idea fija, y que por ella le pidieran a uno cuentas. Porque ahora estaba absolutamente seguro de que sólo había sido una necia imaginación esa idea que momentos antes le había asaltado. Con todo —siguió pensando— ¿no sería preferible, como medida de precaución, dirigirse por carta a la gerencia de aquel hotel suizo? Aunque tan sólo fuese para tener en la mano algún comprobante contra eventuales sospechas, un escrito que dijera que Alberta aquella noche había regresado, y que al día siguiente había partido en compañía de otro hombre. Arrojó una mirada hacia

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

la acera de enfrente. La figura sospechosa de aquel señor elegante había desaparecido.

Robert continuó su camino, forzándose a pensar en cosas indiferentes. Intentó recordar el asunto de su último trabajo —una contribución a la estadística del régimen escolar de la Baja Austria— y le tranquilizó el hecho de que algunos detalles del mismo, en los que durante meses ya ni había pensado, y que en el fondo nunca le habían interesado sobremanera, se presentaran ahora, ante su espíritu descansado, con máxima claridad. Lamentaba al mismo tiempo, y no por primera vez, que en otro terreno, un terreno que le era mucho más familiar —el de las cuestiones de la enseñanza musical—, no hubiese sido considerada hasta la fecha la posibilidad de su colaboración, y ello, sin duda alguna, tan sólo debido al hecho de que el *Hofrat* Palm vigilaba celosamente que no pusieran a su lado a nadie que supiera de estas cuestiones más que él mismo. Robert sintió nostalgia: añoraba su vieja oficina, la gran mesa escritorio, la cómoda butaca de cuero negro, las altas estanterías con los legajos de expedientes, las paredes amarillentas con sus mapas y planillas; añoraba la esfera de sus actividades, donde le tocaría en suerte hacer cosas realmente útiles y conquistar el reconocimiento de sus superiores, acaso hasta un elogio de boca del propio ministro, lo cual le parecía tener importancia no sólo como satisfacción de sus ambiciones, sino también por alguna otra causa, una causa que no discernía sin embargo con absoluta nitidez. Y entonces, fastidiado por ello, descubrió que





## — — — — — HUIDA A LAS TINIEBLAS

aún acechaba, en el fondo de su alma, una angustia tonta, cual si aquella sombría locura, habiéndolo abandonado por fin, pudiese ahora continuar en forma independiente sus fechorias peligrosas en otros hombres, como un espíritu maligno liberado. Pero cuando echó una mirada a su alrededor, y se vió a sí mismo, sin que nadie le molestara en absoluto, como a uno de entre tantos transeúntes de cierto trecho —muy concurrido por la tarde— de la *Ringstrasse*, un peatón inofensivo entre otros, entonces también esta última ficción se desvaneció en la nada.

Involuntariamente, su mirada recayó en una mujer que, vistiendo un abrigo marrón claro bastante pobre, y con un rollo negro sobre las rodillas, permanecía sentada en un banco. Su rostro pálido ya no era juvenil, y se veía casi estragado por las penas; en ese preciso momento levantó los ojos, y sonriendo de un modo apenas perceptible apartó inmediatamente la mirada, hundiéndola en el vacío. Robert continuó su camino, y, atraído por un cuadro, que representaba un paisaje, se detuvo ante el escaparate de una galería de arte, cuando, reflejada en el cristal de la vidriera, apareció nuevamente aquella figura de mujer, con la mirada baja, pasando rápidamente. Robert se volvió: ella seguía caminando, sin reparar en él, con ambas manos hundidas en los bolsillos de su abrigo, de uno de los cuales surgía el rollo negro. Su andar era erguido y ligeramente furtivo; el abrigo, ajustado, demasiado estrecho y demasiado largo, revelaba formas agradables, no excesivamente esbeltas. Robert la si-

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

guió, y se puso a reflexionar: ¿qué podía ser ella, en verdad? ¿La mujer de un empleado, pensó, o tenedora de libros? . . . Y como ella disminuiera paulatinamente la velocidad de su paso, Robert ya no dudaba de que no tomaba a mal la persecución, y en una esquina ya un poco alejada del centro de la ciudad y cerca del suburbio, le dirigió sin timidez alguna la primera palabra.

—¿Me lo tomaría usted a mal, señorita, si le pidiera permiso para acompañarla en su paseo?

A lo cual ella, ni asombrada, ni ofendida, repuso con voz agradable:

—No es un paseo, voy a casa. — Apenas lo miraba.

—¿Y puedo considerar sin duda —dijo él— como concedido el permiso?

Ella se encogió de hombros, como si, poco más o menos, quisiera decir: realmente, no hay por qué hacer tantas historias conmigo . . . ; después le dirigió una mirada, de soslayo. Él dijo entonces que ya en la *Ringstrasse* le había llamado la atención . . . tal como permanecía ahí, sentada, con las manos en los bolsillos del abrigo, el rollo sobre las rodillas, la mirada perdida en el vacío . . . parecía un cuadro verdaderamente bonito.

—¿No será usted pintor? —preguntó ella.

—Por desgracia, no lo soy —repuso. Y como no tenía ningún motivo para ocultarle su nombre, se le presentó, correctamente. Ella, a su vez, dijo su apellido sin darle la menor trascendencia, y en la con-

versación que ahora comenzaba a desartollarse con soltura, le contó, sin necesidad de que él insistiera con preguntas, muchas cosas de su vida. Se dedicaba a dar lecciones de piano; su marido, un empleado de la intendencia municipal, había fallecido tres años atrás; y ahora, viuda y sin hijos, vivía en una calle lateral de este barrio, en casa de una honrada familia de artesanos. El verano pasado, por primera vez desde la muerte de su marido, se había permitido tomarse tres semanas de vacaciones, que pasó en un económico pueblecito veraniego, cerca de Viena.

—Allí también he vuelto a comprometerme —añadió—. Pero el asunto se deshizo. Más vale así —concluyó encogiéndose de hombros, como si ella no estuviese hecha a un destino mejor que éste que le estaba deparado.

Un coche de plaza, abierto, pasó al trote, y el cochero agitó el látigo a guisa de saludo. Robert invitó a su acompañante a hacer con él un pequeño paseo; subieron al coche, siguieron por el suburbio, y tomaron luego, pasando por debajo del viaducto, por la *Luxenburger Strasse*, desde la cual la vista abarcaba las serranías que ya iban hundiéndose en el crepúsculo. Paulatinamente, fueron arrimándose el uno al otro. Cuando por las cercanas vías férreas pasó fragoroso un tren, Robert aprovechó la oportunidad para referir cosas de su reciente viaje; más tarde llevó la conversación al terreno de la música, pero eso no le interesó a ella mayormente, puesto que, en su carácter de profesora de piano, tan sólo ponía en práctica los cono-

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

cimientos casuales que en otra época, en mejores condiciones, había tenido oportunidad de adquirir.

El sol se había puesto, y el aire estaba sensiblemente fresco. Robert ordenó que el coche enderezara hacia la ciudad. Ya no hablaba ninguno de los dos, y cuando él le tomó la mano, ella devolvió la presión con inesperada calidez. En sus facciones fatigadas apareció un destello de alegría, casi de dicha.

En un pequeño restaurante-hotel que Robert conocía, pues lo había utilizado en ocasiones parecidas, bajaron del coche; tomó un cuarto y encargó una cena. Mientras la esperaban, ella permanecía, con las manos juntas, sentada en el diván de terciopelo azul, y él, fumando un cigarrillo, comenzó a pasearse por el cuarto modesto, pero bien arreglado. Sobre las camas colgaban dos malas reproducciones de cuadros al óleo, que representaban paisajes italianos con figuras; a la derecha el Vesubio, expandiendo humo y claridades de fuego sobre el golfo de Nápoles, y a la izquierda una *osteria* de la *campagna* romana, con carreros, con muchachas de ancha sonrisa, vestidas de rojo y azul, y al fondo un acueducto con columnas rotas. Jamás sabrá ella algo más de Italia, pensó Robert, que lo que pueda ver en cuadros como éstos. Y con compasiva culpabilidad, su mirada rozó la cabeza de ella. Ahí seguía silenciosamente sentada, con su blusa de cuello cerrado, un poco arrugada, de pintitas azules. Sus cabellos tupidos, tenían matices rubio oscuros; los ojos eran claros y grandes; pero los rasgos de su cara, a la luz amarillenta de la araña de dos brazos, parecían

más marchitos aún que bajo el resplandor crepuscular de la calle. De pronto levantó hacia él los ojos, y con sencillez, casi secamente, dijo:

—No debe usted pensar mal de mí. . . es que realmente estoy tan sola.

Conmovido, él se le acercó, rodeó sus mejillas con las manos, y la besó en la boca.

Poco después de medianoche, ya lista para salir, echó ella una mirada sobre los restos de la cena que aún estaban en la mesa, y dijo:

—En verdad, es una lástima perder eso.

—Mañana sin duda lo recalentarán para otros clientes —dijo él, bromeando. A lo cual ella repuso:

—Esto bien podría hacerlo uno mismo, ya que todo está pagado. — Y como advirtiera su mirada de asombro, agregó—: ¿Tienes algo que objetar?

Él, ligeramente cohibido:

—Pero si esto realmente no es necesario, hija—. Y añadió—: Perdona que te hable de eso, pero si yo puedo ayudarte en algo . . .

Ella le cortó la palabra, con un ademán decidido, pero sin hacerse la ofendida.

—Gracias —dijo con su cansada sonrisa—. Esto sí que no debes creer de mí.

Abrió su rollo de músicas, que además de algunos cuadernos, bastante rotos, de ejercicios musicales, contenía algunos pliegos de papel de oficio; envolvió en uno de ellos la carne fría y se metió el paquetito en el bolsillo de su impermeable. Después descendieron por la escalera; Robert alumbró el camino con una

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

pequeña bujía de cera. En la calle la tomó del brazo.

—¡Oh, no es necesario que me acompañes a casa!  
—dijo ella.

—Claro que no es necesario. Pero si eso me causa placer...

En la próxima esquina había un coche.

—Tomaremos éste —dijo él. Ella meneó la cabeza.

—Derrochador —replicó, en el mismo tono cansado en que lo dijo unas cuantas horas antes, al ver que él pedía una botella de buen vino. Pero ya el cochero estaba dispuesto, y la joven mujer subió; y de pronto, Robert ya no sentía en absoluto ganas de acompañarla. Se detuvo, vacilante, junto al estribo, y, la mano de ella en la suya, preguntó:

—¿Cuándo volveremos a vernos, hija?

—Pues, ya te dije dónde vivo —repuso ella—, y si acaso quieres pasar otra vez unas horas conmigo, escríbeme una sola palabra. Yo estoy libre siempre.

—Tanto mejor —dijo él. Y lentamente agregó: —Y te agradezco muchísimo...

Al decir eso le besó la mano. No llevaba guantes; sus dedos estaban fríos. Cuando levantó la mirada, leyó en sus ojos: sin duda, nunca más volveremos a vernos. Pues yo apenas pude gustarte, ya lo sé; mi camiseta tejida no fué de tu agrado y muchas otras cosas tampoco, pero yo no puedo tenerlas mejores, y tú estás acostumbrado a otra cosa. Tú no me escribirás, ya lo sé... Leyó todo esto en su mirada con tal nitidez, que casi se sintió impulsado a contradecirle. Pero el coche ya partía. Una vez más volvió ella la mi-

— — — — — HUIDA A LAS TINIEBLAS

rada hacia el amante de la hora pasada, y saludó algunas veces con la cabeza. Robert se quedó mirando, un buen rato, el coche que se alejaba por la calzada. Bueno —se dijo luego a sí mismo—, a ésta, con toda seguridad, no la asesiné; e involuntariamente miró a su alrededor como para cerciorarse de si había alguien allí presente, algún testigo, por las dudas, que la hubiera visto tomar el coche y partir. Después se echó a reír y se sacudió de encima estos pensamientos rontos, molestos. Quizás, con todo, alguna vez le escriba, pensó; y a través de las calles nocturnas emprendió lentamente el regreso a su hotel.

VI

A la mañana siguiente, una clara mañana de fines de otoño, tomó el tren para el Semmering. Sólo cuando se hubo instalado allí, en un cuarto desde el cual, por sobre las cimas de los abetos, abarcaba su mirada la cresta ríscosa, cubierta de nieve fresquísima y resplandeciente, del Rax, comunicó, mediante tarjetas festivas, a su hermano, al doctor Leinbach y, sin saber exactamente por qué también al doctor Kahnberg, que pensaba reponerse ahí, durante unos días, de su largo reposo de los últimos meses. Durante horas y horas, siempre solo, recibiendo en plena cara los ásperos vientos serranos, vagaba por bosques umbríos, por asoleadas praderas, entregándose consciente y exclusivamente al goce del aire y de la luz; rechazaba lejos de sí todas las cavi-

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

laciones, tanto que ni aun la persistente —si bien insignificante— debilidad de su párpado izquierdo pudo causarle ya ninguna preocupación. Al segundo día de su estadía allí, solicitó de su superior, el jefe de sección barón Prantner, una breve prolongación de su licencia, y la respuesta afirmativa, redactada en tono amable, contribuyó más aún a elevar el buen humor de Robert.

Durante la tercera noche —un fuerte ventarrón arrebató en las montañas —Robert, sin poder conciliar el sueño, intentó nuevamente evocar, en la oscuridad, los detalles de su despedida de Alberta. Su incapacidad de concebir claramente la sucesión de los acontecimientos lo martirizaba cada vez más. Se acordaba de ciertas escenas de la primera época de su relación con Alberta, en que la cólera y los celos casi lo enceguecían, y en que sólo con un esfuerzo supremo podía evitar el pasar a vías de hecho. Y como esa vez aquello que realmente pudo haber seguido a su ira, provocada terriblemente, había desaparecido por completo de su memoria, no había ninguna prueba en verdad de que no hubiese ejecutado, por fin, lo que más de una vez se sentía impulsado a hacer, lo que más de una vez había sido su intención y su deseo; no había prueba alguna de que no hubiese asesinado a su amante. Fácilmente se podía explicar el hecho de que en el hotel no le atribuyeran importancia alguna a la desaparición de Alberta. Puede que él mismo dijera allí que había partido antes que él, indicando el lugar adonde había que enviarle el equipaje; que con el refinamiento de un criminal nato hiciera otras cosas más a fin de borrar las

huellas de su acto, de tal forma que resultara imposible el descubrimiento. Todo esto era imaginable, más aún, era probable. Pues ¿cómo, de otro modo, se explicaba ese inconcebible hiato en su memoria, ese vacío que se extendía desde aquella hora de despedida vespertina hasta su partida a la mañana siguiente? ¿Cómo se explicaba, si no por el empeño inconsciente y hasta la fecha bastante logrado, de olvidar esa enormidad, ya que él no habría sido lo bastante fuerte como para soportar su recuerdo?

Y repentinamente, paralizándosele el corazón, se incorporó en la cama. Si en verdad, cada vez más categórica, se le imponía la sospecha de que Alberta había hallado la muerte por su mano, entonces ella quizás no fuera la única en sufrir semejante destino. Hacia más de diez años, su joven esposa había muerto en forma totalmente inesperada. Cierta mañana había entrado en su dormitorio, a fin de darle el beso acostumbrado en la frente, antes de ir a su despacho, y la encontró muerta en el lecho; y hoy se acordaba con espanto que en aquella oportunidad, en el primer instante cuando menos, no había sentido ninguna conmoción especial, ni siquiera una sorpresa violenta. Al médico, la muerte de la joven mujer le había parecido, por cierto, un suceso raro en sí, pero nada enigmática si se consideraban su corpulencia, excesiva para sus años, y ciertas molestias cardíacas que se presentaban de tiempo en tiempo; y como por otra parte no había lugar para la más mínima sospecha de suicidio, y

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

menos aún de un crimen, el cadáver fué inhumado sin más investigaciones.

Ese matrimonio pasaba por absolutamente feliz durante toda su duración, que fué de tres años; y Robert había tratado siempre a esa criatura amorosa, suave, un poco cómoda, no sólo delante de las gentes, sino también en la intimidad, cuando no con ternura, al menos con galantería caballeresca. Únicamente él sabía cuánto le hacía sufrir, desde el comienzo, justamente esa suavidad y bondad de alma de su mujer; cómo sus observaciones a menudo tontas, cómo su silencio, su modo de esperar y de recibir sus besos con los labios redondeados, cómo ya el simple hecho de su presencia lo llenaba a veces de una impaciencia maligna, indefensa, que le costaba ocultar. Pero lo peor para él había sido su modo de tocar el piano. Sin talento suficiente, pero con la tenacidad que le era propia, desde sus años de muchacha conservaba la costumbre de ejercitarse durante una hora diaria; y su modo de despachar las sonatas de Mozart y de Beethoven, con sus gruesos dedos infantiles, sumía a menudo al marido, mientras, después de la cena, permanecía fumando y leyendo en el cuarto contiguo, en un estado de verdadera desesperación. Cuántas veces, cuando la codicia de otras mujeres y de nuevas aventuras, encendida de pronto, le tentaba, se rebelaba en vano contra la obligación silenciosa que la conmovedora afectuosidad de Brigitte le imponía; con qué ansiedad sentía entonces la nostalgia de su pasada vida de soltero, exenta de obligaciones, y cuya libertad tan grata había sacri-

ficado a una esclavitud inexorable, si bien mansa. Y si esa nostalgia, esa impaciencia, había crecido en él tan poderosamente como hoy creía volver a sentirla, basándose en un recuerdo fiel, ¿dónde tenía la prueba de que la impaciencia y la nostalgia no se convirtieron, en algún instante, en voluntad, y la voluntad en acción? ¿Dónde tenía la prueba de que Brigitte realmente sucumbió a causa de un síncope; de que no murió más bien por efecto de un veneno arteralmente administrado? Cómo había él conseguido semejante veneno, cómo se lo había dado, mezclándoselo por la noche con alguna bebida u obligándola a tomarlo, todas éstas eran cosas de que ciertamente hoy ya no podía tener una idea; pero como ya quedaba establecido que su existencia involucraba una cantidad de horas completamente perdidas en las sombras del olvido, ¿por qué no habría de cometer el asesinato de Brigitte exactamente como el de Alberta? . . . ¿El de Alberta . . . ? ¿Qué tenía que ver con eso Alberta?

Extendió la mano hacia la lámpara junto a su cama, y encendió la luz. Tan rápidamente como antes lo asaltarán entre las tinieblas, en la habitación iluminada los pensamientos terroríficos se disolvieron en la nada. Respiró aliviado. Qué locura, pensó, imaginarme que he envenenado a Brigitte. ¡A esa criatura tan buena, tan mansa, tan amada aún hoy! ¿Si le contara, siguió pensando, a mi amigo Leinbach este ataque de espectros de esta noche, qué podría contestarme? Antes que nada, sin duda, que él por su parte a veces se imaginaba, acerca de la mayor parte de las personas muertas de

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

entre sus relaciones, que las había asesinado; además, que al fin y al cabo no había una gran diferencia, considerándolo filosóficamente, entre matar a alguien de verdad y sólo desearle la muerte; y, finalmente, que en realidad somos todos, más o menos, una pandilla de asesinos; y que él desde su punto de vista ni siquiera me tomaría a mal que hubiese asesinado, realmente, tanto a Alberta como a Brigitte. ¿Te conozco, amigo Leinbach? Pero no he de procurarte esa oportunidad de practicar conmigo tus bromas. Es de todas maneras más seguro no confiar nada a nadie lo relativo a tales imaginaciones, ni aun a sus amigos más próximos. No le diré nada a Otto tampoco. No, no: no han de tener ustedes juego tan fácil.

Mientras la lámpara seguía encendida, poco a poco se quedó dormido.

## VII

Cuando, a la mañana siguiente, salió al aire fresco del otoño, y vió el cielo cubierto de nubes sombrías e inquietas, bajó disgustado la mirada, sin reparar en una joven figura femenina, sentada en el banco junto a la entrada del hotel, y vestida con un abrigo de lana blanco. Pero cuando sintió que desde allí dos ojos se clavaban en él, volvió los suyos, y reconoció a la señorita Rolf.

—¡Será posible! — exclamó con un gesto de sorpresa, y aun de alegría, cuya exageración sintió en seguida.

— — — — — HUIDA A LAS TINIEBLAS

—No sólo posible, es seguro —replicó Paula tendiéndole la mano—. Ayer, imagínese usted, llegamos a Viena, e inmediatamente fuimos despachadas aquí arriba, mamá y yo. Pero no se moleste. ¿Sin duda se proponía usted dar un paseo?

—No es tan urgente. Si usted me lo permite, le haré compañía hasta que baje su mamá.

—Me temo que esto le lleve demasiado tiempo —dijo Paula—. Y a mí, por otra parte, también. Justamente estaba por emprender la marcha yo sola.

Robert le rogó que le permitiera acompañarla. Paula no tuvo inconveniente; se alejó de la puerta hacia el medio de la calle, y, adelantando los labios, emitió un silbido suave y extraño —a raíz del cual apareció, en una ventana del primer piso, la señora de Rolf, con una bata matinal celeste—, y exclamó hacia arriba:

—Voy a adelantarme un trecho, mamá, en dirección al Kampalm... el señor Consejero Seccional me acompaña.

La señora de Rolf retribuyó con amabilidad el saludo sin palabras de Robert.

—¡Qué bien que esté usted también aquí, señor Consejero Seccional! No me esperen, por favor, ya los alcanzaré.

Paula echó a caminar inmediatamente, con un ritmo vivaz, y sin tomar en cuenta la interrupción precedente continuó diciendo:

—Papá siempre procede así cuando está intensamente ocupado con asuntos especialmente difíciles.

ARTHUR SCHNITZLER — — — — — OS

—¿Qué es lo que suele hacer entonces? — preguntó Robert.

—Nos manda de viaje. En tales momentos no soporta a nadie cerca de él, especialmente a nadie de su familia.

—Es curioso — dijo Robert.

—¿Por qué curioso? —replicó Paula—. Yo lo comprendo perfectamente.

Y mencionó un proceso que se había hecho famoso, y en el cual su padre, hacía tres años, había defendido la causa de su cliente, un bancarrotista de millones, obteniendo para él la sentencia absolutoria. También en aquella oportunidad había mandado de viaje a su mujer y a su hija.

Robert se asombró, sin decir nada. En su opinión cualquier trabajo tenía que adelantar con mayor facilidad, si tenía uno a su lado un ser tan inteligente y ojizarco como Paula.

Ella preguntó por el hermano y la cuñada de Robert, a quienes había conocido fugazmente en otra época. Que ahora, decía, había abandonado casi todas las relaciones sociales desde hacía mucho tiempo, y que éstas no le interesaban en absoluto. Robert creyó recordar que las veladas de música de la casa de los Rolf habían disfrutado el año anterior de cierta fama, y que en tales oportunidades Paula personalmente intervenía. Él jamás había participado en estas reuniones. En cambio, Paula se acordaba haber escuchado al señor Consejero Seccional años atrás —ya no sabía en qué círculo— desarrollar unas fantasías en el piano.

—¿Sigue usted tocando mucho? — preguntó. Él contestó en forma vaga. Y se le cruzó por la mente aquel rumor de su noviazgo con un compositor famoso, ahora ya muerto.

Permanecieron sentados en un banco que, situado sobre un peñasco sobresaliente, brindaba a la vista un vastísimo panorama: las serpentinadas en que ascendía la vía férrea; prados, bosques, viaductos, y el llano que asomaba en el horizonte crepuscular. Paula sacó un cigarrillo y le ofreció también uno a su acompañante. La cigarrera, dijo, se la había traído su padre, hacía algún tiempo, de Moscú. Luego habló del proyecto de realizar el año próximo un viaje al Japón.

—¿Sola? —preguntó Robert, como si se preocupara por su suerte.

Sonrió:

—Sin duda tendré que decidirme a viajar sola. Mamá le tiene demasiado miedo al mareo.

Qué hermoso sería, pensó Robert, viajar con ella por el mundo; y sabía que ella compartía sus pensamientos.

Comenzó a caer una leve llovizna, y emprendieron el regreso. Por el bosque, venía a su encuentro la madre, y hablaron de la isla maravillosa en la cual durante muchas semanas habían vivido como vecinos, sin cuidarse para nada el uno del otro.

—Aquí en las montañas —bromeó Paula—, no se nos escapará usted tan fácilmente.

Durante el almuerzo la conversación versó sobre varios amigos comunes de otras épocas. Las observacio-

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

nes de Paula le parecieron a Robert a veces ásperas, pero acertadas siempre. Al proseguir la conversación, Robert habló en cierto momento de los malestares nerviosos que fueron causa de su viaje de vacaciones, pero que, ahora, ya habían desaparecido casi por completo. Tenía la sensación de que Paula sabía adivinar mucho más de lo que a él le parecía adecuado referir. Y pensó: a ella podría confesarle hasta mis crímenes, si hubiese cometido alguno.

Durante su solitario paseo de la tarde jugueteaba con la pregunta de si podía atreverse a pedir la mano de Paula. Ella le gustaba muchísimo. El hecho de que ya no fuese demasiado joven —ya se acercaba, tal vez, a los treinta—, y asimismo la circunstancia de que, con toda probabilidad, ya hubiese tenido en su vida un acontecimiento de índole sentimental, sólo le parecían excelencias de su persona. Por la noche se quedaron durante largo rato juntos en el hall, charlando como viejos amigos, de modo que finalmente se preguntaron con extrañeza por qué a orillas del mar habían pasado como extraños el uno junto al otro, más aún, cosa que se confesaban mutuamente, hasta con una suerte de antipatía al comienzo.

—Tenemos mucho que recuperar —dijo Robert, y añadió—: en estos pocos días que nos quedan aquí en las montañas,

Ella se quedó mirando un rato a lo lejos, y repentinamente, con un movimiento rápido que le era característico, echó la cabeza hacia un lado, y dió luego a la conversación un curso inofensivo.

Durante la noche, vió Robert en sueños a la pobre profesora de piano con la cual había pasado su última tarde en Viena. Caminaba con ella por una senda del bosque, por aquella misma senda que tomara con Alberta en la hora de la despedida. Tenía metidas las manos en los bolsillos de su largo impermeable, y muy velozmente, sin mirar siquiera a Robert, dirigía al vacío palabras enteramente ininteligibles. Pero él sabía que aquello no era en verdad ningún paseo, sino la propia ruta de su vida, es más, su existencia, que paulatinamente se agotaba; y este saber, este conocimiento, lo colmaba de una emoción entre irrisoria y fastidiosa. Cuando despertó, sólo advertía en su corazón cierta ternura indefinida, y pronto cayó en la cuenta de que esta ternura, de que todo su amor pertenecía a la pobre profesora de piano, que vivía mucho, mucho más solitaria aún que él. Se levantó, y se quedó un buen rato mirando por la ventana. Los cristales, a raíz de una ligera helada nocturna, estaban empañados, y el cielo prodigiosamente claro.

Como pensaba partir más temprano, había convenido con las señoras que le alcanzaran luego con el coche, viniendo por una cómoda carretera serrana terminada hacia poco. En una disposición de ánimo casi venturosa, como no la experimentara desde hacía mucho tiempo, bajo un cielo claro y fresco, avanzando con vigor como si tuviese que alcanzar una meta lejana, fué subiendo por la carretera que ascendía en leve declive. Antes de lo que hubiera podido sospecharlo, oyó a sus espaldas el traqueteo de las ruedas.

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

Aguardó al borde del camino; el coche se detuvo, y las dos señoras, saludándolo cordialmente, lo invitaron a subir. Agradeció y tomó asiento frente a ellas. La señora de Rolf refirió que, como casi siempre en las sierras, también esa noche sólo había conciliado el sueño hacia la madrugada. Robert mencionó una extraña observación que ya reiteradas veces hiciera: que a tanta altura no sólo soñaba más que en casa, sino también de una manera distinta. Estos sueños, decía, se destacaban por el hecho de que hombres u objetos no representaban lo que eran, sino alguna otra cosa, muy distante de ellos, que en verdad no era nada real, sino, por así decirlo, un ente abstracto. Mas como ejemplo no mencionó el sueño de la noche pasada, sino otro, perteneciente a una época ya remota, en el cual había visto, sobre una vasta llanura, una especie de batalla, pero bañada de una luz tan turbia y vaga que no podía distinguir a los combatientes que en ella participaban, ni aisladamente, ni en su conjunto. Y luego advirtió en el firmamento, en lugar del sol, un candelabro colgante, en posición torcida, velado por una tela de organdí que centelleaba con luz amarilla; y sabía de pronto que era ese candelabro colgado, y no aquella imagen mortecina sobre la llanura, el que representaba la batalla. Paula se había levantado el cuello de su abrigo de lana blanco; su rostro estaba enrojecido por el aire fresco. Repentinamente, con aquella sorpresiva vuelta de la cabeza que Robert ya le conocía y que casi amaba, se dirigió a él, diciendo:

—¿No se ocupa usted un poco mucho de usted?

—No lo creo —repuso Robert, perplejo—. Acaso sólo lo confiese yo con más sinceridad que otros.

Y se preguntó: ¿si me hubiese topado con ella antes, me habría ayudado eso? ¿Sería yo, en tal caso, otra persona, un hombre más sano y mejor de lo que soy hoy día? ¿Estuvo mi existencia prescrita y predeterminada desde un comienzo? ¿O he tenido alguna vez la alternativa de elegir... de elegir entre la debilidad y la fuerza, entre la salud y la enfermedad, entre la claridad y la confusión? ¿Pero, acaso ya está todo decidido? No. Sin lugar a equivocaciones comprendió de pronto que esa alternativa aún estaba en sus manos: aunque, ciertamente, ya no por mucho tiempo...

El coche había virado, y ahora descendían velozmente. Robert habló de las funciones oficiales que lo aguardaban, del interés que le inspiraban las exigencias de su profesión; y habló tan vivamente como si lo que más le importara fuese hacer notar que él vivía firmemente arraigado en la realidad, que no era de ningún modo un soñador, o sabe Dios qué cosa peor aún. Y las inteligentes preguntas de Paula atrajeron a sus labios respuestas tan decididas que durante esta conversación —que luego continuó con mayor seriedad aún cuando estuvieron sentados a la mesa—, se apoderó de él un anhelo cada vez más auténtico que exigía trabajo y actividad. La atención creciente que el semblante de Paula revelaba, sus gestos de asentimiento, convertíanse para él en presagio altamente favorable, y casi como una promesa llevó consigo, a la despedida, su apretón de manos, su mirada dulce y bondadosa.

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

Se sentía como un convaleciente. Las imaginaciones que hacia pocos días, ayer mismo, aún lo torturaban, encontraban ahora, según creía, una explicación nueva y casi tranquilizadora. Como abandonado, por su propia vida, a merced del destino, vacío en lo más hondo de su ser, había comenzado con excesiva docilidad y con cierta complacencia a desempeñar, para sí, una suerte de papel cuyo influjo sobre su persona fué cada vez mayor y que, poco a poco, había llegado a amenazarlo con perturbar su más íntima naturaleza. Pero ahora erguía la frente como emergiendo de una bruma peligrosa, y sentía en sí la voluntad y la fuerza de sanar, y de llegar a ser auténticamente él mismo, por fin.

Las señoras no aparecieron a la hora de la cena, y Robert supuso que ambas, fatigadas, se habían retirado a su habitación antes de la hora acostumbrada. No abandonó sin embargo la esperanza de que acaso Paula apareciese todavía, más tarde, en el hall, y durante un buen rato se quedó hojeando semanarios ilustrados que en general muy rara vez tocaba su mano. Pero su expectativa no tuvo éxito; el hall fué desocupándose, y Robert no tuvo más remedio que retirarse a descansar junto con los otros huéspedes.

Pero antes, como si tuviera la intención de preguntar por su correspondencia, se detuvo en la portería, pues ya conocía la aptitud del portero de entablar con los huéspedes del hotel relaciones personales —casi podía decirse que cordiales, cosa que él mismo ya había comprobado, más de una vez—, de modo que podía esperar obtener allí, acaso, alguna noticia con respecto

## — — — — — HUIDA A LAS TINIEBLAS

a lo que le interesaba. Y en efecto, al entregarle la llave de su habitación, le comunicó el portero, en un tono ligeramente apenado, que la señora y la señorita Rolf, a causa de un telegrama, habían partido, de pronto, con el tren de las siete de la tarde. Y que habían dejado saludos para el señor Consejero Seccional, añadió el portero mientras pegaba, con gran aplicación, sellos postales sobre tarjetas con vistas.

—Un telegrama —repetía Robert como ausente; permaneció todavía un rato de pie, pero luego se repuso y fué a su cuarto. Encendió la luz y comenzó a pasearse. "Un telegrama", dijo una vez más para sí. ¿Qué clase de telegrama podía ser? Ya lo sabía: las habían prevenido ante él. El padre, preocupado, las había hecho regresar aprisa. ¿Han dejado saludos...? Una amable invención del portero. Habían huído, atropelladamente.

Por lo visto, ya corrían rumores a su respecto. ¿Tan sólo rumores...? Tal vez ya lo perseguían y lo vigilaban, tal vez estaba ya rodeado de detectives; y a la mañana siguiente vendrían a arrestarlo. Y, aunque fuese inocente, ¿cómo podría demostrarlo? Alberta estaba en América o Dios sabía dónde; ¿quién le creería que no la asesinó? Quizás hasta se había pronunciado ya la sospecha de que él envenenó a su mujer. ¿Exhumarían el cadáver? ¿Investigarían la presencia de rastros del veneno? Y si no los hallaran, ¿de qué serviría eso después de tanto tiempo...? Repentinamente vió ante sus ojos su propio retrato, con sobretodo, sombrero de copa y bastón, tal como, en realidad, jamás se

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

hiciera fotografiar: exactamente a la manera de esos retratos negligentemente reproducidos por los periódicos; y debajo del mismo, impresas con grandes caracteres, leyó estas palabras: Un nuevo Barba Azul. Olía el papel y la tinta de imprenta. Acto seguido se veía ante los jueces, en calidad de acusado. Negaba. Juraba ante Dios que jamás en su vida había asesinado a nadie. "Sólo se trata de una idea fija mía, de una locura, señores jurados. ¿Cómo puede enjuiciármese por una idea fija? Estoy enfermo, señores jurados, pero no soy un criminal. Sé que las circunstancias no hablan en favor mio. Investiguen ustedes, señores. Alberta está casada en América, y mi mujer fué cardíaca. Murió de muerte natural." ¿Y cómo, se oye de pronto una voz estridente, cómo se explica usted, acusado, que su amante fué hallada muerta en el bosque, bajo un montón de hojas secas? . . . "¿La encontraron muerta? Entonces la asesinó otro. Lo hizo el americano. . ." Usted se enreda en contradicciones, acusado. ¿No nos contó usted mismo que ese americano pretendía la mano de su amante, y que fué usted quien paseaba con ella por el bosque, mientras el americano se había quedado en el hotel? Nos contó usted, además, que los ejercicios de piano de su esposa lo desesperaban, y que hacía mucho ya que alimentaba usted intenciones asesinas. . . . "Yo no he dicho nada, me atribuyen cosas que yo jamás he dicho. Soy inocente. Soy incapaz de tocarle un pelo a una mosca. . ." Una carcajada estrepitosa conmueve a todo el auditorio, a tal punto que tiemblan las

## — — — — — HUIDA A LAS TINIEBLAS

ventanas. "Silencio, grita el juez, no estamos en el teatro. Haré desalojar la sala."

Robert, que sin cesar había estado paseándose por el cuarto, se detuvo; miró en su torno, y tal como generalmente le sucedía en el preciso instante en que la huida de sus pensamientos se perdía en lo absurdo y ridículo, recobró súbitamente la conciencia. Se dijo que la partida de las señoras en ningún caso podía estar relacionada, en forma alguna, con su presencia en el lugar. Sabía que no era culpable, ni sospechoso a los ojos de nadie, en el mundo entero. Sus nervios todavía no estaban curados, y eso era todo. Y Paula no era de ningún modo una criatura que, a raíz de un telegrama calumniador y nada claro, pudiera tomar el tren y abandonarlo, dejándolo sin más a merced de su destino. Ella no habría partido sin hablar con él: sea lo que fuese aquello que pudieran haberle dicho, ella habría intentado llegar al fondo del asunto por su propio juicio. Y aun en el caso de que alguna vez en su vida hubiese cometido un crimen... ella era la mujer capaz de comprenderlo y de perdonarlo. Por otra parte... todo esto ni siquiera entraba en consideración. Podía haber docenas de motivos para la partida de las señoras. El padre, o alguien de la familia, estaría enfermo; sin duda nada muy grave, pues de otro modo no era probable que se acordaran de dejarle saludos. Yo no soy ningún asesino, y nadie piensa de mí que podría serlo. Mañana llegará una carta de Paula, una excusa, una explicación. Y si no... yo mismo podré procurármela. Pues estoy libre, no estoy en la cárcel;

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

y Höhnburg hace mucho que está muerto. ¿Qué me importa a mí Höhnburg? A mi hermano ni se le ocurre presentarme aquel "reconocimiento de deuda". Además, no hay ni reconocimiento, ni deuda... Y la alternativa es mía...

## VIII

A la mañana siguiente, el doctor Leinbach anunciaba, mediante una alegre tarjeta, su visita para ese mismo día. Robert, habiendo despertado con el ánimo tranquilo, resolvió salir a su encuentro. Sobre la ancha carretera del bosque, a la sombra fresca y otoñal de los abetos, atravesada por vislumbres de un cielo celeste opaco, se encontraron los amigos. Leinbach venía equipado como un turista, con botines claveteados, pantalón corto, bastón de alpinista y morral.

—¿Qué cosas tan grandes te propones? — preguntó Robert.

—Nada en especial —replicó Leinbach—, sólo quiero adaptarme al paisaje y estar preparado para cualquier eventualidad.

—De todas maneras —dijo Robert—, tendrías que renunciar a mi compañía, si por acaso te propones emprender una ascensión.

—Ni se me ocurre. Por lo demás, ya a las cinco y veinte tengo que volver a la ciudad.

—¿Para qué te traes entonces ese morral?

—Para el caso de que tuviéramos ganas de comer al aire libre.

—¿Y qué has traído?

—Jamón, queso, pan, una botella de vino, un tomo de Goethe y unos cuantos vendajes.

—¿También eso?

—Todavía estaban ahí de mi última excursión. Ya iba a sacarlos pero eso sería provocar el destino. —Se colgó del brazo de Robert—. Cuenta, pues: ¿qué has hecho estos días aquí en las alturas? ¿Lindo tiempo tuviste, verdad?

Robert refirió que vagaba fuera casi el día entero y no mencionó a la señora y a la señorita Rolf; que en general se sentía bastante bien, pero que soñaba muchísimo, ¡durante toda la noche, y realmente cosas de locura! Leinbach se encogió de hombros. Sea lo que fuese y cuanto fuese lo que Robert podía haber soñado, ¿qué valor tendría todo esto frente a sus propios sueños? Él vivía años, decenios, en el sueño. Cierta vez, cuando aún era estudiante secundario, había presenciado en una hora matinal, antes del despertar, toda la guerra de los Treinta Años.

—¿Pero no muy detalladamente —averiguó Robert sonriendo—, sino tan sólo según la Breve Historia de Plötz, supongo?

—De todos modos —repuso Leinbach con toda seriedad—, desde mil seiscientos dieciocho hasta mil seiscientos cuarenta y ocho.

Iban ascendiendo por un sendero del bosque.

—En años pasados —dijo Leinbach—, mi mujer solía acompañarme en estas excursiones dominicales. Ahora, después de nuestro cuarto hijo, ya no lo hace. Me

deja partir solo, y se dedica a la vida doméstica... o a quién sabe qué.

Robert quedó callado. La observación de su amigo le parecía de mal gusto y ridícula, puesto que él conocía a la señora de Leinbach como a un ser sumamente hogareño, leal y del todo desprovisto de encanto... como que Leinbach se hubiese cuidado mucho de tomar en matrimonio a una mujer de otra especie: las incomodidades del alma le resultaban más odiosas aún que las físicas.

Cuando luego, subiendo cada vez más alto, atravesaron un prado alpestre bajo un sol de mediodía realmente veraniego, Leinbach aprovechó la oportunidad para hacer un parangón con las engañosas horas de verano que contienen aún los días otoñales del hombre, y por los cuales las personas prudentes no debieran dejarse embaucar.

—¿Por qué engañosas —rechazó Robert esas palabras—, si es que realmente se siente calor en tales horas...? Hoy, por ejemplo, podría uno acostarse en el pasto sin el menor peligro, ¿no te parece?

Leinbach estuvo de acuerdo. Extendieron los abrigo, se tendieron sobre ellos, y dirigieron la mirada valle abajo, disfrutando del mismo panorama que ya el día anterior alegrara a Robert, desde más abajo y en compañía de Paula. Estaba poseído por un fuerte sentimiento de bienestar. Soy sano y todavía joven, se decía. ¿Qué será lo que a veces me asalta con tan extraño poder? ¿Quién sabe, por otra parte, si la mayoría de los hombres no se ve afligida por espectros simila-

— — — — — *HUIDA A LAS TINIEBLAS* — — — — —

res? Por lo demás, tal vez haya en verdad personas que efectivamente han cometido un crimen alguna vez, olvidándolo por completo. ¿Acaso no he leído hace poco, en algún periódico, que tan sólo en Inglaterra desaparecen anualmente mil personas sin dejar rastro? Y sería de todas maneras posible que entre estos mil más de uno hubiese sido asesinado por alguien que más tarde no se acordara del hecho, exactamente como yo...

¡Hola!, se llamó a si mismo... y se incorporó de un salto. Había reposado con los ojos cerrados, y ahora el paisaje centelleaba y oscilaba ante él con excesiva claridad. Leinbach lo miró de soslayo, con una mirada que parpadeaba extrañamente. ¡Oh, por qué había venido ése en realidad! ¿No lo habrían mandado allí por razones perfectamente determinadas? ¿Otto, tal vez? Tonterías. Otto, en el fondo, lo consideraba un necio. Y no del todo sin razón. Un necio ingenioso, como había poco lo había calificado. De todas maneras no dejaba de llamar la atención que Leinbach apartara tan rápidamente la mirada y la clavara ahora en el cielo con aparente indiferencia. Robert comenzó a silbar, sin saber por qué. ¿Lo hacía para poner a prueba a Leinbach, o para fastidiarlo, o bien para engañarlo? De pronto se levantó y propuso emprender el regreso. Leinbach asintió, y un tanto ceremoniosamente comenzó a prepararse para el descenso. Como Robert se le adelantara unos pasos, Leinbach observó secamente:

—Tu parálisis parece haber mejorado.

Robert se volvió presuroso. Pero el gesto de su amigo

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

sólo mostraba su habitual expresión, de levemente burlesca superioridad.

—Jamás me he imaginado una parálisis —dijo Robert—. Puede que yo sea un hipocondríaco, pero no soy un idiota. Por otra parte, nunca me he sentido tan joven y tan fresco como ahora.

—Sí, sí —suspiró Leinbach—. ¡Quién pudiera tomarse también seis meses de vacaciones! Si uno como yo quisiera tener libertad por tanto tiempo, casi tendría que fugarse. Por otra parte —añadió, en apariencia sin transición alguna—, ¿qué me dices del caso Rolf?

—¿Del caso Rolf? — a Robert se le paró el corazón. ¿Qué significaba eso: el caso Rolf? ¿Tendría que ver algo con él? ¿Estaba complicado en algún asunto sin tener idea de ello? ¿Paula? Ayer partieron las dos. Madre e hija. Era absolutamente imposible que él hubiese matado a Paula. ¡Sangre fría, tranquilidad! ¡Qué era eso otra vez! Si él no había matado jamás a nadie. Esto era un hecho, y lo sabía con certeza: jamás.

—¿A qué caso te refieres? — preguntó tranquilamente.

—Oh, ¿sin duda no has leído todavía ningún periódico hoy? Se fugó el doctor Rolf. Defraudación de depósitos, de dineros pupilares y cosas por el estilo... hacia mucho ya que la gente murmuraba.

—Ah, sí, ¿se fugó? Yo no lei nada todavía. Por otra parte lo conozco bastante poco. Pero apenas ayer hablé con su familia. Estuvieron aquí en las sierras, la mujer y la hija. Partieron anoche.

—Oh... ¿de manera que estuvieron aquí? El periód-

## HUIDA A LAS TINIEBLAS

dico decía por cierto que no estaban en Viena... eso sí... Evidentemente, envió aquí a su familia para poder disponer con toda tranquilidad sus preparativos. Dicen que ha desaparecido hace ya treinta y seis horas. Es una lástima. Fué un hombre de mucho talento.

Robert no pudo deshacerse de la sensación de que, en realidad, le habían dado una noticia agradable. La desdicha que había caído sobre la familia lo acercaba a Paula; en cierto sentido creaba entre él y ella una relación de secreto parentesco. No siguió hablando con Leinbach sobre el asunto; pero en lugar de regresar a Viena a la mañana siguiente según fuera su intención inicial, partió aún esa misma tarde en compañía de Leinbach, para gran satisfacción de este último que, si bien afirmaba siempre que le entusiasmaba la soledad, solía sentirse muy desgraciado sin nadie que le hiciese compañía.

En el punto en que estaban sus relaciones con la familia Rolf, Robert, por más que sintiera impulsos de hacerlo, no podía ni pensar en ir a presentarse personalmente en la casa. Pero a una hora ya bastante tardía abandonó sin embargo su hotel, a fin de pasar, con todo, impulsado por una nostalgia irreprimible, frente a las ventanas de la casa de los Rolf, que, para su asombro, estaban en parte plenamente iluminadas. Poco a poco se dió cuenta de que ni aún el destino extraordinario suele manifestarse inmediatamente mediante cambios decisivos de la vida exterior, y que Paula —aunque en este instante, y en el sentido más estrecho de la palabra, puede que fuese más pobre que aquella pro-

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

fesora de piano que, luego de una parca aventura de amor, se había llevado a su casa los restos de la cena —sin duda seguiría habitando durante cierto tiempo un hogar confortable, y llevaría como antes hermosos vestidos, y no padecería hambre de ningún modo. Vió sombras que se movían de un lado para otro, y observó luces que se extinguían y que se encendían luego en cuartos vecinos; más tarde se detuvo un coche a la puerta: un señor de aspecto distinguido bajó del mismo y desapareció en la puerta de la casa. Robert comenzó a sentir que sus idas y venidas delante de la casa, en la cual con todo no entraría, eran inútiles y ridículas, y emprendió el camino de regreso.

## IX

Los periódicos del día siguiente trataron el caso Rolf con singular reserva: que si bien el asunto no estaba aún plenamente aclarado, no podía hablarse, sin duda, de una fuga, puesto que no se ignoraba en modo alguno el paradero del abogado, conocido tanto por la familia, como por las mismas autoridades. De ello dedujo Robert que existía la intención, y la posibilidad, de solucionar las obligaciones del ausente por vía extrajudicial. Pero esta suposición, al contrario de lo que hubiese sido natural, no le agradaba sobremanera.

Embargado por una disposición de ánimo discordante, fué a su oficina, donde el jefe de sección, el barón Prantner, lo recibió muy amablemente, sorprendiéndolo

## — — — — — HUIDA A LAS TINIEBLAS

lo con la noticia de que el *Hofrat* Palm, por razones de salud, probablemente se jubilaría al comienzo del año siguiente.

—Usted, querido señor Consejero Seccional —añadió—, ya próximamente tendrá que hacerse cargo de parte de las agendas del señor *Hofrat*, y el doctor Renthall, quien durante su ausencia le ha reemplazado realmente muy bien, seguirá sustituyéndolo por el momento en su propia sección.

¿Habrán contado, pensó Robert fugazmente, con que yo ya no volvería? Luego se acordó de que el barón Prantner, que vestía de luto, en el transcurso del verano había perdido a su esposa. A pesar de que Robert, ya desde el extranjero, le había enviado su pésame, le pareció adecuado decirle también ahora algunas palabras. El barón le estrechó la mano y miró al suelo. Oh, pensó Robert, ¿también él la habrá asesinado? Esto tal vez sea mucho más frecuente de lo que se supone. Sería interesante investigar estas cosas a fondo. Quizás él a su vez sospeche lo mismo de mí, y por eso se muestra tan extraordinariamente amable. ¿Hay, para colmo, una especie de signo masónico para nosotros, los asesinos? Es extraño: aún sigue sujetando mi mano...

En ese instante entró el Consejero de la Corte Palm. Robert respondió sin turbación alguna al saludo de bienvenida del *Hofrat*, y pronto surgió entre los tres señores una conversación de índole profesional, en el transcurso de la cual Robert aprovechó una oportunidad para exponer sus ideas de reforma de la enseñanza musical. Le escucharon con interés. Hizo luego algu-

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

nas visitas a compañeros de la dependencia, en sus respectivas oficinas, y algunos de ellos lo felicitaron con motivo de su restablecimiento, en tono de burla, tal como si nunca hubiesen tomado en serio su enfermedad.

Almorzó con el secretario ministerial Wegner, que le contó toda suerte de chismes de oficina, y luego jugaron, según una vieja costumbre, un partido de billar, y así, pues, ya era avanzada la hora de la tarde cuando Robert subió la escalera que conducía al departamento de su hermano. Como éste aún atendía su consultorio, le anunció a Marianne que estaba de regreso, y le contó pormenores de su excursión serrana en compañía del doctor Leinbach, exagerando humorísticamente el equipo de éste, y dando un matiz irrisorio, ante todo, al contenido del morral, mediante la invención de latas de conserva y frascos de aguardiente. Participó en toda clase de juegos con los muchachos, tomó al menor de ellos sobre sus rodillas con una sensación de presagio, de una serena imagen de su propio porvenir consolador. Vino Otto de su consultorio; dió cordialmente la bienvenida al hermano, y lo invitó a que, si no tenía nada más importante que hacer, lo acompañara hasta Hietzing. Robert aceptó, y pocos minutos después, el coche rodó por las calles vespertinas, hacia el suburbio residencial.

Robert refirió, explayándose en los pormenores, las buenas perspectivas que se le abrían en el ministerio; habló luego de su permanencia en el Semmering, y, al hacerlo, no pudo dejar de mencionar su encuentro con la señora y la señorita de Rolf. Otto no demostró por

— — — — — HUIDA A LAS TINIEBLAS

ellas ninguna simpatía especial. Opinaba que no estaban del todo exentas de culpa en el grave desarrollo que habían tomado últimamente los asuntos del abogado. Y que no era de extrañar que la hija, a pesar de su gracia, que ahora ya por cierto estaba marchitándose un poco, no hubiese encontrado marido.

El coche se detuvo ante una verja. Un sirviente abrió el portón, Otto entró, y Robert comenzó a pasearse lentamente por la calle tranquila, entre jardines, casi desprovistos ya de follaje. Por más que se esforzara pretendiendo oponerse a ello, las observaciones de Otto referentes a la familia de Rolf reverberaban en su fuero interno. Paula, ayer mismo todavía encarnación suprema de sus nuevas esperanzas vitales, permanecía ahora extrañamente alejada; cuando intentó evocar su imagen, aparecía ante él como una persona ya no muy joven, ligeramente marchita, que vestía una desordenada bata matinal, y cuyos rasgos se asemejaban a los de la pobre profesora de piano; y sintió nacer en su corazón un sordo rencor contra ella. Le tomaba a mal el que no se hubiese preocupado bastante por su padre; el que hubiese estado enamorada de un viejo músico; el que fumase cigarrillos; y ante todo, el hecho de que hubiese partido del Semmering sin dejarle una sola palabra de explicación. Pero a pesar de todo, su conciencia conservaba plena claridad acerca de lo injusto, más aún, de lo absurdo de semejantes acusaciones, en las cuales reconocía, perfectamente, lo que en verdad eran: nada sino pretextos para un odio, que, esta vez, despertaba precozmente, y que en casos anteriores sólo

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

poco a poco se había adherido a sus sentimientos de amor. Lo que ahora experimentaba no era sino un ejemplo más para el pavoroso vaivén de sus sentimientos, los cuales, frente a una misma persona, podían oscilar desde la ternura dispuesta al sacrificio, desde la devoradora pasión, hasta la antipatía, la repugnancia, el rencor, la rabia, hasta el deseo homicida.

¿Y donde —se preguntaba— reside al fin y al cabo la diferencia entre un deseo homicida y un homicidio? Los pensamientos pasan: los hechos son irremisibles.

¿No es ésta una astucia de la Providencia? La sensación por la cual un hecho ha llegado a ser posible, se ha extinguido hace mucho tiempo ya, hasta se ha convertido, quizás, en su contrario; pero el hecho queda cometido. Supongamos que el veneno que le di a Brigitte no le hubiese hecho efecto. A la mañana siguiente se habría despertado; tal vez aún hoy seguiría viviendo, y nadie sospecharía lo que entonces ha sucedido, o, más bien, el propósito que entonces había existido. Ni yo mismo lo sospecharía, puesto que lo habría olvidado. Y lo he olvidado, pues... ¿Realmente, lo he olvidado? No, como que me acuerdo...

—¿Te he hecho esperar mucho tiempo? — preguntó Otto, y el portón de la verja del jardín se cerró tras él.

—Oh, de ninguna manera —replicó Robert reponiéndose rápidamente—. Fué muy agradable pasearse aquí, por esta calle tan tranquila.

Subieron al coche. Otto hizo algunos apuntes en su libreta de notas.

— — — — — HUIDA A LAS TINIEBLAS

—¿Donde quieres que te deje? — preguntó al hermano mientras escribía.

—Lo mismo da. Si te queda de paso, en algún punto cercano al hotel.

—Creo que eso podrá arreglarse. Lástima, por otra parte, que hayas abandonado tu vivienda. Yo, a decir verdad, no he podido comprenderlo.

—Pues tuve que hacerlo.

—¿Tuviste que hacerlo...?

—Yo no podía saber si alguna vez volvería a estar en condiciones de vivir en una gran ciudad, dedicándome a mi profesión.

—Cómo puedes decir eso — dijo Otto, guardando su libreta.

—Pareces no acordarte —replicó Robert— de lo miserablemente que yo me sentía entonces; aún al comienzo de mi viaje, me vi todavía —vaciló por unos instantes— castigado por toda clase de ideas tontas.

Otto miró a su hermano de soslayo; fué una mirada entre amistosa y burlona.

—¿Y qué ideas fueron ésas, si se puede preguntar?

—Ni vale la pena... ideas tan tontas como suelen serlo esas obsesiones monomaniacas.

—Pues, bien, ¿no quieres contarme nada de eso? — dijo Otto con suavidad.

—Bueno, imagínate —comenzó Robert vacilando un poco— que por ejemplo, durante mucho tiempo, no podía decidirme a beber el agua que por la noche me ponían en el cuarto, temiendo que alguien, ya fuera una persona del servicio, ya otro huésped, pudiese ha-

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

ber mezclado con el agua alguna sustancia nociva o hasta mortal.

—Bien, ¿y entonces...?

—Fui tan lejos en mi presunción que algunas noches, no teniendo la posibilidad de procurarme otra bebida, preferí sufrir una sed horrorosa antes de beber una sola gota.

—¿Y luego...?

—Pues, ¿qué más quieres saber? Estas alucinaciones, o ideas obsesivas, han desaparecido, desde luego, sin dejar rastro, como otras antes que ellas.

—Naturalmente. Pero yo te pregunto si de tus temores has llegado a inferir alguna clase de consecuencias lógicas. Si, una vez por lo menos, has hecho analizar químicamente el agua que te resultaba sospechosa. Si ocasionalmente tu sospecha se dirigía a personas determinadas, y si has hecho alguna denuncia.

—Eso ciertamente que no. Pero creo que no tiene importancia...

—Claro que eso tiene importancia, querido mío; tiene importancia saber si lo que se llama una idea obsesiva o dominante tiene ulteriores consecuencias, y, sobre todo, si se transforma en acciones dominantes, o si al contrario es corregida a tiempo. Mientras está uno en situación de suspender una perturbación anímica en el instante en que resultaría peligroso sacar de ella consecuencias lógicas, mientras está uno en esa situación, y perdóname lo que digo, no me inspira verdadero respeto dicha perturbación. De tal modo tampoco me convencen gran cosa aquellos accesos de rabia

— — — — — HUIDA A LAS TINIEBLAS

en los cuales la tendencia destructora se limita a atacar objetos inanimados y hasta, en lo posible, poco costosos. Puede que haya cierta herejía en lo que estoy diciendo, pero para mí en todas estas locuras —para conservar la expresión popular—, sobre las cuales el paciente aún conserva cierto dominio, siendo capaz por así decirlo de apretar o de soltar el torniquete según lo exigen las consideraciones prácticas, en todas estas locuras, digo, hay una tendencia a un juego travieso, una tendencia a la falta de veracidad, a la actitud del comediante; dicho brevemente: hay en ellas una aspiración indecente por alejarse de la real seriedad de la vida, por rechazar incómodas responsabilidades. Semejante aspiración tiene, desde luego, si así te place, también algo de enfermizo, pero sin duda no tiene que ver lo más mínimo con la verdadera locura.

Robert, durante un rato, permaneció en silencio, turbado, pues de algún modo, todo lo que Otto decía, se relacionaba con los pensamientos concebidos por él mismo hacia unos días. Después preguntó:

—¿Y estás seguro de poder determinar siempre el límite?

—Claro que lo estoy; de otro modo hace tiempo que habría dejado la profesión.

Siendo así, pensó Robert, él se acuerda; quiere que yo me sienta seguro, dándome a entender que no estoy loco, y que, por lo tanto, nada tengo que temer de su parte. ¿Pero cómo puede saber que no estoy loco? ¡Si ya nuevamente le he mentado! Nada le he dicho de mis últimas ideas fijas. Pero tal vez él pueda intuirlos. No

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

debo quedarme callado durante tan largo rato. Él, por cierto, está mirando a la calle por la ventanilla del coche, pero mi silencio le llama la atención. Siente que algo le estoy ocultando. Esto no puede seguir así. Tengo que decirle la verdad. Si no hoy, entonces mañana. Es necesario que haya claridad entre él y yo.

—Por lo demás —dijo Otto, volviéndose repentinamente de nuevo hacia su hermano—, nos hemos apartado mucho. ¿No te aqueja ningún otro mal, del que quieras hablarme?

—¿Para qué? —replicó Robert adoptando también él un tono menos grave—, puesto que de todas maneras crees que soy un miserable comediante, por el hecho de no haber pedido el arresto de todas las camareras de Suiza, acusándolas de intenciones de asesinato por envenenamiento.

Otto no recogió esa broma.

—¿Sabes lo que creo? —dijo, adoptando aquel tono grave, un tanto severo, que a veces le era propio—; que después de haraganear tanto tiempo, el trabajo regular será muy saludable para ti. Y en lo que se refiere a las contracciones de tu párpado, no debes preocuparte en lo más mínimo.

Robert, asustado, se volvió hacia él:

—¿Lo has notado?

Otto suspiró:

—Cuántas cosas ya te habrás imaginado otra vez...

—Hablas de contracciones de mi párpado. Esto...

— — — — — HUIDA A LAS TINIEBLAS

yo en verdad no sabía nada de eso. Yo tenía la impresión de una... incipiente parálisis.

—Ni por asomo. Imaginaciones. Y gracias a tus reiterados ensayos destinados a examinar la movilidad de tu párpado, has adquirido ahora esas contracciones. No pienses más en ello, y pasará por sí solo.

El coche se detuvo ante el hotel.

—Oh, ya hemos llegado —dijo Robert—. ¿No quieres ver mi cuarto, Otto? Es muy lindo.

—Próximamente, sí, con mucho gusto; hoy, por desgracia, ya no tengo tiempo. Y mañana espero volver a verte. Y... te lo ruego... ¡sienta cabeza de una vez, entra en razón! Ya sería hora.

Y, cordialmente, le estrechó a Robert la mano en señal de despedida.

Robert tuvo la sensación de haberse librado de una terrible carga que pesaba sobre su alma. Al pronto, las palabras de Otto lo liberaron por completo, como por artes de magia, no sólo de la leve preocupación —ya casi desaparecida en verdad— con respecto a su párpado, sino también de todas las restantes formas de su angustia.

X

Comenzó entonces para Robert una serie de días propicios. Retomó con ahinco sus trabajos profesionales; su trato con los viejos amigos era agradable y lo distraía; y diariamente aparecía por una breve hora en la casa del hermano, donde hacía sus bromas con

los niños y charlaba con Marianne. Cuando ésta, cierta vez, se quejó de que Otto, a pesar de los esfuerzos que le costaba el ejercicio de la profesión, no se permitía interrupción alguna ni siquiera en su actividad científica, Robert aprovechó complacido la oportunidad para endilgarle al hermano unos buenos consejos, muy amistosos, respecto a semejante manera de vivir, que ciertamente tampoco podía llamarse razonable; consejos que desde luego fueron pacientemente escuchados, pero ni en lo más mínimo seguidos.

Cierta noche, en el café, mencionaron casualmente, en presencia de Robert, el caso Rolf. Alguien dijo que en efecto no hubo ninguna denuncia judicial contra el abogado prófugo, o bien que dicha denuncia había sido retirada; aunque, ciertamente, la magnífica vivienda ya había sido subalquilada, secretamente, por el tiempo próximo. Al recibir esta noticia, sintió Robert una súbita y desproporcionada compasión; se veía a sí mismo, de pronto, como a un hombre duro de corazón, hasta perverso, por no haberse preocupado en absoluto de la suerte de aquellas dos mujeres que, sin duda, esperaban de él, y justificadamente, una señal de vida. Esta sensación del deber no cumplido lo persiguió aun durante la noche, en sueños, y a la mañana siguiente preguntó por teléfono cuándo le permitirían las señoras que las visitara, a fin de presentarles personalmente sus saludos. Sólo reconoció la voz de Paula cuando, con absoluta naturalidad, ésta le rogó que hiciese su visita ese mismo atardecer.

El gran salón donde entró a las seis de la tarde,

ofrecía un aspecto poco hospitalario, casi triste. Los muebles estaban cubiertos con fundas de tela gris, y la araña del centro envuelta en organdí blanco, por lo cual Robert se acordó de aquel sueño de la batalla de Sedán. Sobre el piano de cola, cerrado, había toda clase de objetos de arte, de vidrio, porcelana y bronce, evidentemente dispuestos ya para el embalaje; de las paredes surgían clavos, y los cuadros se apoyaban en los muros, puestos del revés. Entró Paula, con un vestido claro, los ojos luminosos, alegre; y como Robert se había preparado a encontrarla melancólica, grave y vistiendo un traje oscuro, le pareció particularmente radiante, de modo que la sorpresa se reflejaba en su semblante. Ella le tendió la mano con gran naturalidad, como si desde el último encuentro ni lo más mínimo se hubiese modificado.

—No es muy grato el aspecto que ofrece nuestra casa —dijo con sencillez—, pero usted sabrá seguramente que estamos de mudanza.

—¿Se mudarán pronto? —preguntó Robert.

—Antes de Año Nuevo sin duda no será factible. Pero quisiéramos desprendernos, en lo posible aún antes, de algunos objetos que ya no nos harán falta. Pero dejemos eso. Me alegro que haya venido. Casi le hubiera escrito. Pero prefiero que sea así.

—Si yo hubiese sabido que mi visita . . .

Ella no le dejó terminar la frase.

—Cierto que han sucedido muchas cosas —dijo— desde que nos vimos la última vez. Pero parecería realmente que ciertos acontecimientos se presentan con

mayor gravedad a los ojos de quienes no tienen parte en ellos que ante los propios afectados. Lo más penoso de las desgracias es siempre, en el fondo, la confusión y el embarazo de los demás.

Robert quiso responder algo, pero en ese momento entró la señora de Rolf, rodeada por una atmósfera de ecuanimidad a la que, aparentemente, ni las tempestades externas ni las internas lograban perturbar. Que había sentido mucho, dijo, no haber podido despedirse personalmente del señor Consejero Seccional, allá en el Semmering. . . Y vacilando un poco, añadió:

—Pero usted sin duda habrá oído y leído muchas cosas. . .

Paula, ruborizándose ligeramente, la interrumpió:

—Los periódicos publicaron un montón de tonterías y de mentiras.

Robert hizo un gesto como para impedirle que continuase, pero Paula siguió diciendo:

—Lo cierto, en verdad, es tan sólo que mi padre se fué de viaje, y que probablemente ya no regresará a la ciudad. Pero no existe, de ningún modo, una razón forzosa para ello. Lo que pasa es que a él le resultaría penoso tener que seguir viviendo, nada menos que aquí, en condiciones de vida considerablemente modificadas, si se las compara con las anteriores. Pues él es uno de aquellos hombres que sólo pueden comenzar una vida nueva en un ambiente nuevo. Mi caso es diferente. . . nuestro caso —añadió, dirigiéndole a la madre una mirada cariñosa.

—Le agradezco tanta confianza —replicó Robert en voz baja.

—Y ahora —dijo Paula en un tono de conclusión definitiva—, basta de nosotros. ¿Cómo está usted?

Y le preguntó cómo había sido su vuelta a la profesión, a las ataduras, después de tan largas vacaciones. A él le resultó muy grato poder desahogarse, y refirió vivamente cosas concernientes a su nueva labor; su mirada rozó entonces el piano cerrado, y como Paula observó que hacía mucho ya que nadie lo tocaba, Robert, sin sentarse, tocó primero algunos acordes; el sonido salía ligeramente apagado, y los objetos de porcelana temblaron al impulso de la resonancia. Paula comenzó a desocupar la tapa del piano, y con la ayuda de Robert colocaron las tazas, los platos, el reloj, el candelabro y los floreros en el suelo. Después, Robert se sentó ante el piano abierto, y comenzó a fantasear a su manera; logró salir de un aire de danza en que inopinadamente había entrado, y que no le parecía adecuado al momento presente, salvándose con una melodía melancólica que se perdía en modulaciones chopinianas. Las señoras callaron cuando terminó; no las veía, porque permanecían sentadas a sus espaldas en un rincón del cuarto, pero sentía que su modo de tocar les había agradado. Paula se levantó, se le acercó y preguntó si él mismo disponía de un buen piano.

—Yo tenía uno excelente —repuso—. Pero la primavera pasada lo vendí, junto con muchas otras cosas. Adquiriré otro, no bien me instale nuevamente. Porque por el momento aún sigo morando en un hotel.

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

En los ojos de Paula se vislumbró una leve sonrisa, y él sabía qué significaba. En una mirada en la cual ambos se encontraron, el acuerdo entre ella y él quedó aclarado por encima de toda duda, y cuando se despidió, el apretón de manos de Paula decía con mayor insistencia aún lo que habían expresado sus palabras: vuelva usted pronto.

¿Cómo se explica, se preguntó, ya en la calle, que yo haya pensado en ella, estos últimos días, con tanta indiferencia; más aún, que últimamente flotara su figura en mis pensamientos como disfrazada, y que yo haya enfrentado casi con hostilidad esa máscara? Ha sido algo así como una timidez inconsciente, como un temor lo que me impedía volver a acercarme a ella; pues en mis adentros, muy hondo, aún sigue durmiendo, evidentemente, el miedo de que ella, como mi amante, como mi mujer, pudiera correr la misma suerte que otras a quienes he querido. ¿Otras?! . . . E inmediatamente, con brusquedad, se retuvo. ¿Qué suerte, pues, corrieron aquéllas? Yo no les he hecho el menor daño . . . no existe ninguna duda al respecto. Y sin embargo, mis pensamientos se desvían, siempre de nuevo, en esa dirección, sin sentido ni finalidad, como sobre una vía cerrada, un apartadero. Un apartadero, repetía para sí. Sí, eso es. Y la metáfora que acababa de hallar casi logró tranquilizarlo.

En el café, Kahnberg lo esperaba con impaciencia. El poeta, que días pasados lo había elegido confidente de sus cuitas de amor, lo arrastró a un rincón tranquilo, y le habló de los celos que trituraban su corazón.

— — — — — HUIDA A LAS TINIEBLAS

Que ya no respondía de nada, afirmaba; que no sabía cómo concluiría todo eso.

—Esta noche, mientras ella dormía a mi lado —relató, con su modo indiscreto que a Robert le repugnaba—, estuve tan cerca de ponerle fin a todo... a todo... terminando con ella y conmigo... que apenas sé qué fué lo que me retuvo finalmente. Hay abismos en nosotros, señor Consejero, créamelo, abismos.

—No soy especialista en esa materia —protestó Robert—, y no sé en verdad cómo llego a merecer el honor de que usted me confíe, justamente a mí, tales cosas.

—Es muy sencillo, señor Consejero Seccional. Es porque usted, eso está escrito en su frente, es un hombre de mucha experiencia, y capaz por lo tanto de comprender cosas que acaso llenarían de espanto a otros.

—Esto es un error, señor Kahnberg, yo no entiendo ni lo más mínimo en materia de abismos. En mi alma reina una situación absolutamente ordenada.

—No lo dudo —respondió Kahnberg, un tanto ofendido.

—No he comprendido tampoco —continuó Robert cada vez más irritado—, cómo he merecido el honor de recibir durante mi viaje su drama, con una dedicatoria, por otra parte, excesivamente halagüeña. De este modo no logrará usted, en absoluto, hacer de mí un cómplice. ¿Me comprende, señor Kahnberg?

—Le escucho con un asombro cada vez mayor, señor Consejero Seccional.

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

—Me doy cuenta. Pero su modo de escucharme, perdóneme usted, no me place.

—Lamento realmente, señor Consejero Seccional. . .

—No me place, señor Kahnberg —repitió con violencia, y se levantó—. Y si usted desea asesinar a la señorita —concluyó con voz ronca—, hágalo por favor por su propia cuenta y riesgo. Con lo cual me despido de usted.

Tomó su sombrero y su bastón y se marchó. Apenas estuvo en la calle, se dijo que se había conducido, durante esa conversación, de un modo necio, más aún, casi sospechoso, y resolvió evitar en el transcurso de los próximos días la compañía de Kahnberg y de todo ese círculo. Porque si bien lo pensaba, no le parecía de ningún modo inadmisibile que Kahnberg sólo hubiese sido escogido por otros para hacerlo caer en una trampa. Y aunque para él ya quedaba establecido que no había cometido ningún asesinato, y felizmente, asimismo, que no estaba loco, no podía descartarse sin más otra posibilidad bastante grave: que alguna otra persona, por ejemplo el primo de su finada esposa, el señor August Langer, que hacía un momento le dirigiera una mirada sumamente extraña desde la mesa de naipes, sospechara de él como presunto asesino de Brigitte. Y con no menos razón, podía suponerse que Alberta estaba muriéndose lentamente, allá en América, a causa de alguna enfermedad, y que su amante o esposo se imaginaba que Robert, por vengarse, le había administrado a la infiel algún veneno lento. ¿Y de qué servía que uno mismo estuviese cuerdo, si

en el mundo pululaban los alienados? Lo único que faltaba ahora era que aquella pobre criatura con la cual hacía unas semanas pasara una triste noche de amor, se hubiese enfermado, o hasta muerto, por comer los restos que se llevaba de aquella comida. ¿Cómo se defendería él, en tal caso, de la sospecha de envenenamiento, particularmente si al mismo tiempo dirigieran contra su persona acusaciones descabelladas por algún otro motivo?

Lo saludó un colega del ministerio, y lo retuvo, durante un rato, con preguntas indiferentes, en la animada calle vespertina. Robert respondió debidamente, hasta dijo alguna chanza a propósito del barón Prantner, y cuando el otro desapareció, Robert miró a su alrededor como si despertara de una pesadilla. La gente pasaba junto a él; lámparas eléctricas alumbraban a derecha e izquierda, y surgiendo de la ennegrecedora claridad, las casas crecían hacia el oscuro cielo de la noche. De pronto invadió a Robert una sensación de soledad tremenda. Y repentinamente, como si eso lo redimiera, se acordó de que Paula estaba en el mundo, de que él ya no estaba solo. "Sálvame", murmuró para sí, e involuntariamente juntó las manos, como si fuese una oración dirigida a ella. Y miró hacia lo alto, tal como si en el cielo nocturno emprendieran la fuga las absurdas ideas obsesionantes, huyendo hacia la nada de la cual habían surgido.

## XI

Dejó transcurrir tres días antes de reiterar su visita en la casa de las de Rolf. Lo recibieron como a un viejo amigo; se sintió, prodigiosamente, como en su casa; se quedó a cenar, y antes de marcharse se citó con Paula; convinieron hacer un paseo, al día siguiente, en el Dornbacher Park. Allá afuera, bajo los árboles deshojados, envueltos por la tibia neblina de un día de noviembre, sin viento, Paula le refirió sus primeros sueños de muchacha. Y por primera vez pronunció el nombre de aquel compositor con el cual, según los rumores, había estado tan íntimamente relacionada, hacía años. Habló también de sus padres, y Robert creyó reconocer que nada resonaba más dolorosamente en su alma que el vínculo con su padre, a cuya naturaleza, a la vez cerrada y necesitada de ternura, ella no había logrado aproximarse íntimamente, pese a todo su amor filial.

A la noche siguiente, el tono familiar de su conversación de la víspera aún resonaba en los dos; por primera vez desde hacía mucho tiempo, Paula volvió a tomar su violín y, acompañada por Robert, tocó una sonata de Beethoven. Ambos se regocijaron por la armonía bastante lograda de este primer ensayo de tocar juntos, que también la madre escuchaba con placer. Y resolvieron hacer música en compañía, todas las noches a partir de entonces.

No siempre la madre tenía deseos o tiempo de es-

## — — — — — HUIDA A LAS TINIEBLAS

cuchar, de modo que a menudo se encontraban a solas. Eran horas de dicha purísima, horas en las cuales, sin decirlo expresamente, ellos se ligaban en un vínculo cada vez más estrecho; y cuando cierta noche, después de la última nota, él se levantó y cerró el cuaderno de música, ella, conservando aún el violin en la mano, lo miró con gravedad y como interrogándolo, después de lo cual él, a manera de respuesta, posó un beso en su frente y luego otro sobre sus labios. Callaron largo rato. Cuando finalmente quiso decir algo, ella se lo impidió, en voz baja:

—Por hoy nada más, te lo suplico.

Se marchó. Cuando salió de la puerta de calle, se abrió sobre su cabeza una ventana. Miró hacia arriba: Paula, con el cuello bien abrigado mediante un chal blanco, estaba allá arriba, en la oscuridad, y con la mano le enviaba su saludo nocturno.

Quando llegó a su casa, encontró una carta. Venía de América, y ya el sobre revelaba la letra de Alberta. De modo que... vivía. La sensación de alegría, de liberación, que repentinamente lo invadió, le hizo comprender que en el fondo de su alma la idea que él creyera superada, había seguido acechándolo. La carta de Alberta era breve y objetiva, y demostraba nuevamente aquella incapacidad de asombrarse aún con motivo de los designios más extraños, que la caracterizaba en un grado más alto aún que a tantas otras mujeres. Según se desprendía de su carta, vivía en Chicago y estaba casada, pero no con el americano en cuya compañía hiciera el viaje, sino con un comercian-

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

te alemán al que sólo allá había conocido. "El verano próximo", rezaba la carta más adelante, "pensamos hacer un viaje a Europa, y si vamos a Viena y todavía te acuerdas de mí y quieres verme, tendré muchas cosas que contarte." Luego preguntaba cómo le había tratado el destino a él, y si no había encontrado una amable mujercita, lo cual ella le deseaba de todo corazón; una mujercita que no lo pusiera tan nervioso como a ella desgraciadamente le había sucedido muchas veces, aunque no tuviese en absoluto la culpa.

Gratamente excitado, se paseaba Robert por su cuarto. Se sentía como si, gracias a esta carta, hubiese concluido definitivamente un período sombrío, riesgoso, de su vida. Y aunque semejante documento ya no le hacía falta para su propia tranquilidad, su valor era inestimable como comprobante contra inculpaciones y sospechas de toda clase, y guardó la carta cautelosamente, antes de acostarse.

## XII

Los novios buscaban una casa modesta en los barrios suburbanos. Para el futuro próximo dependían del sueldo de Robert y de una renta insignificante producida por una herencia de Paula que le habían legado sus abuelos; y Paula insinuaba a veces que bien podría ella contribuir a los gastos de la casa dando lecciones de violín. Cuando en semejante oportunidad fué pronunciado el nombre del difunto compositor, Robert

— — — — — HUIDA A LAS TINIEBLAS

le dirigió una mirada insistente que parecía pedir, que parecía exigir, una explicación.

Estaban en el pequeño balcón de la vivienda que acababan de alquilar. Ya caía la tarde, y se precipitaba silenciosamente la primera nieve del nuevo invierno; un crepúsculo gris descendía sobre los jardincitos, míseros y desprovistos de follaje, que, separados entre sí por bajas tapias, estaban a sus pies. Paula abrigó su cuello más firmemente con su oscura boa; regresó con Robert al cuarto desnudo, recién enjalbegado, donde los esperaba la encargada de la casa con su manojo de llaves, a fin de conducirlos afuera a través de la escalera angosta, sólo débilmente iluminada por bombitas eléctricas sin pantalla, y a través del zaguán donde aún había montones de tablas y mosaicos; y luego siguieron caminando en silencio, del brazo, por las calles relativamente poco animadas, hacia un barrio más tranquilo, donde pequeños jardines, a la entrada de las casas, anunciaban el comienzo del barrio residencial. Allí la nieve ya se acumulaba y quedaba sobre el pavimento, mientras que antes aún se había derretido bajo sus pasos, turbia y gris. Finalmente, comenzó Paula:

—Comprendí perfectamente tu mirada allá arriba. ¿De modo que tú también has oído hablar de eso?

—¿Cómo podría ser de otro modo? Es una historia que fué casi famosa.

—¿Lo fué realmente? —dijo ella, sonriéndose para sí.

—¿Cuánto hace que murió? —preguntó Robert en voz baja.

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

—Siete años —respondió ella.

—¿Lo has querido?

—Él significó mucho para mí. Pero no le he querido. Yo quise a otro. De eso la gente ciertamente no hablaba; tampoco ha sido muy interesante. Porque el otro fué un abogado joven, absolutamente ignorado. Quizá lo hayas conocido. —Y dijo el nombre de un joven con el que Robert se había topado varias veces, fugazmente, en sociedad.

—Un hombre bastante apuesto —observó sin darle mayor importancia.

—Sí, lo fué sin duda. . . y veinte años más joven que el otro.

—¿Y cómo se explica que también eso haya quedado en la nada?

—No lo sé, a ciencia cierta, ni yo misma. Probablemente fué a causa de que esas dos historias se desarrollaran al mismo tiempo. Y así mi alma se inclinaba ya hacia el uno, ya hacia el otro.

—Tu alma. . . —repitió él en voz baja, y le tomó la mano.

Ella rodeó con sus dedos los de él.

—Tienes razón. No fué únicamente el alma. Sin embargo, eso nunca llegó a ser peligroso, ni en un caso, ni en el otro. Tal vez porque yo no sabía qué rumbo tomar; y así todo eso "quedó en la nada", como tú acabas de decir: ni el matrimonio, ni otra cosa alguna. . . nada. . .

—¿Y no te arrepientes? ¿Puede que hayas perdido una dicha. . . ?

## — — — — — HUIDA A LAS TINIEBLAS

—A veces me ha sucedido... no quiero negarlo. Pero te olvidas, querido mío —y sonreía con cansancio—, que soy una muchacha de buena familia...

Él no contestó nada, y siguieron andando bajo la nieve que caía levemente. Cuán pura es una vida semejante, pensó Robert para sí, cuán inmaculada y pura. ¿Soy digno de ella yo? Ella sabe que he vivido muchas cosas. Pero no pregunta nada. Pues, claro, ¿por qué habría de tener curiosidad? No sospecha que pudiera haber en mi vida otros sucesos que aquellos por que suelen pasar los hombres jóvenes. Nada se imagina ella de las sombras que habitan mi alma. Nada de los malvados deseos del pasado, que aún hoy sobreviven en mí como espectros; nada de la angustia que me agobia en las horas graves; nada de la carta que está en poder de mi hermano, de esa carta tremenda que le confiere potestad sobre mi vida.

De pronto sintió surgir en sí una angustia sofocante, totalmente nueva, y que era sin embargo, a la vez, la antigua angustia. ¿Cómo volvía a acordarse, de pronto, de aquella carta? ¿Qué significación, qué importancia tenía hoy esa carta, puesto que sólo tenía validez para un caso determinado? Y este caso no se había producido, no se produciría jamás. Él no estaba loco; estaba en su sano juicio. ¿Pero de qué le serviría eso si otros lo creyeran loco? ¿De qué le serviría si, finalmente, el propio hermano llegara a considerarlo alienado? ¿No podía darse el caso de que justamente ese prodigioso cambio de su estado de ánimo, esa flotante elevación, esa desenvoltura y serenidad actual de su

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

modo de ser, engañaran a cualquier ojo un tanto velado, dándole la ilusión de los síntomas de una alienación en cierne? Hacia sólo pocos días, Marianne le había expresado con creciente preocupación sus temores acerca del semblante pálido y fatigado de su marido; cuando luego Robert osó exhortarlo fraternalmente, le llamó la atención verlo tal como lo veía, más de la cuenta irritado, casi brusco en sus contestaciones; y ahora, al recordarlo, le parecía en verdad que el porte y el modo de andar de Otto habían cambiado últimamente, cobrando un carácter harto extraño. ¿Estará más enfermo él que yo?, pensó Robert. ¿Será el . . . el enfermo . . . ? ¿Él únicamente?

—¿Qué tienes? —preguntó Paula—. ¿Te he causado alguna pena?

Se repuso. —Querida —musitó, apretándole la mano. Pero su íntima inquietud persistía, y él ya no era capaz de calmarla. Pensó en la más artera posibilidad del destino: que justamente ahora, cuando él se creía devuelto a la existencia y predestinado a una dicha tranquila, su desventurado hermano se sintiese obligado a cumplir, justificadamente, aquella promesa terrible. A fin de excusarse por su ánimo repentinamente ensombrecido, le pareció adecuado comunicarle a Paula que desde hacía algunas semanas se sentía seriamente mortificado por preocupaciones relativas a la salud de su hermano, el cual había exigido de sí mismo, en su profesión, mucho más de lo que podían rendir permanentemente aún los mayores esfuerzos. Habló de él con amor, hasta con entusiasmo, y sintió que su

## — — — — — HUIDA A LAS TINIEBLAS

corazón se henchía, pleno de compasión dolorosa y ardiente.

Paula lo escuchó conmovida. Sólo conocía muy poco a Otto, pero a la distancia le profesaba siempre una viva simpatía, que se vió casualmente confirmada y justificada el año anterior, junto al lecho de una amiga enferma. Las manifestaciones de Robert acrecieron aún más su sentimiento; le rogó que no postergara por más tiempo la visita conjunta que allí esperaban hacía mucho ya, de modo que la fijaron para el día próximo.

## XIII

Esta primera visita en casa del hermano tuvo un desarrollo excelente. Los niños quedaron inmediatamente embelesados por la nueva tía, que les traía libros infantiles y golosinas; la fría amabilidad de Marianne fué cobrando calor poco a poco, y el carácter de Otto, Paula lo sentía como familiar desde el primer instante, justamente por el tono amigablemente burlón que solía adoptar en las conversaciones superficiales. Y en esta atmósfera de reciproca cordialidad y simpatía en que Robert se movía, aun los pensamientos más inquietantes perdieron poco a poco su poder sobre él, y a veces, bajo un cielo aclarado en todas las direcciones, le parecía que bien podía alegrarse con las perspectivas que le abría su porvenir, sin temor alguno.

Pero cierta noche, después de una grata velada en casa de su hermano, sintió nuevamente, por primera

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

vez al cabo de un período bastante prolongado, que no podía conciliar el sueño. Cuarto de hora tras cuarto de hora, oía las campanadas del reloj de la iglesia, y se puso a pensar si, en el trascurso de la reunión, le había sucedido algo desagradable o penoso. Pero en vano indagó, al comienzo, la causa probable de su creciente desazón. La velada había transcurrido sin la menor alteración. Robert y Paula hicieron público su noviazgo, y recibieron de todo el mundo cálidas felicitaciones, exentas de solemnidad; se escuchó un poco de música y finalmente, acompañando la charla con café y cigarros, la gente se había reunido en grupos cuyos componentes variaban con toda naturalidad. Un colega de Otto, con el que éste mantenía estrechas relaciones, había entablado con Robert una conversación, al parecer inocente, y Robert se acordó que en cierto momento ofreció al catedrático fuego para su cigarro, y que, en esa oportunidad, se le cayó al suelo el fósforo. Sin duda, su mano había temblado ligeramente. Y se representó entonces también la mirada extraña, examinadora, que el profesor le dirigiera con ese motivo. Tenía asimismo la impresión de haber hablado muy ligero, trabándosele varias veces la lengua, cosa que solía sucederle después de dos o tres copas de vino. Sin duda cabía pensar que a un observador médico habrían de llamarle la atención todas estas insignificancias, y, en general, cierto cambio de su modo de ser y de su semblante, pero ante todo la innegable y aún subsistente desigualdad en la caída de los párpados. Y consideró la posibilidad de que Otto, no con-

fiando plenamente en su propia perspicacia, justamente en este caso, hubiese suplicado a su colega que observara a Robert, sin llamar la atención. Una cosa era segura: ambos, Otto y el catedrático, habían estado conversando luego, con gran detenimiento y durante un buen rato, en el hueco de una ventana. Y desde ese rincón, Otto lanzó al hermano, en cierto momento, una mirada fugaz que apartó inmediatamente.

Embargado por una inquietud repentina, encendió Robert la luz, saltó de la cama y se acercó al espejo. El rostro que desde allí lo miraba, con las mejillas lívidas, los ojos rasgados, el pelo desgredado, y una expresión extraña en la comisura de los labios, le asustó hondamente. ¿Era ésta en verdad su propia cara? Sí, lo era sin duda; pero tal como había de manifestarse a alguien que tuviese el don de reconocer, detrás de las cuidadosas máscaras de la vida cotidiana, el rostro verdadero, el rostro que conservaba las huellas de todas las angustias que durante la mitad de su vida le habían perseguido y que finalmente le dieron caza en una corrida por el vasto mundo. Pues aunque su poder pareciera disminuído en estas últimas semanas, quienes lo rodeaban no tenían por qué advertir este cambio tan claramente como él mismo, y no era sino lógico pensar que Otto, que desde hacía años temía, en su caso, una seria enfermedad nerviosa, acaso hasta una verdadera alienación, lo observara y lo hiciera observar constantemente.

Jamás había visto a ese profesor en casa de su hermano ... y la circunstancia de que esta noche lo

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

hubiesen invitado, no podía ser mera casualidad. Sin duda Otto estaba intranquilo y se preocupaba por él, en estos días de bonanza más que nunca. Precisamente ahora, cuando el destino de Robert comenzaba a tomar, externa e internamente, un giro más favorable, cuando por primera vez desde hacía veinte años podía alzar la mirada hacia el porvenir, se tornaba cada vez más sospechoso a los ojos de su hermano. ¿Pero no podían las causas de esta creciente suspicacia radicar, tanto como en él, más aún que en él, en Otto mismo? ¿No podía suceder que Otto, creyendo reconocer en su propia alma los primeros síntomas de una perturbación, y retrocediendo ante la necesidad de confesárselos, tratase de apartar de sí en forma satánica la desgracia, trasladándola a otra alma —la de su propio hermano— que, en su opinión, hacía mucho que estaba predestinada para ella? ¡Cuántas veces no se oía y leía que un loco tenía por locos a los cuerdos que lo rodeaban; que un hombre normal en absoluto mentalmente, era declarado demente por error, y encerrado en el manicomio! Y nada resulta más difícil, aun para los extraños, que aclarar una equivocación de esa especie, cuando la atención ha sido llevada por la pista errónea.

Robert pensó en casos judiciales, en noticias de periódicos que referían errores casuales de esa índole, debidos a la negligencia o al crimen. Y cuán fácil era que se produjese semejante error justamente en su propio caso. Durante toda su vida, cuando menos desde la enfermedad de Höhnburg, se veía martirizado por

## — — — — — HUIDA A LAS TINIEBLAS

toda clase de ideas obsesivas y alucinaciones peores aún, que no sólo había confesado a su hermano: hasta le había rogado terminar con él si lo terrible llegara a ser realidad; no sólo le había rogado que acabara con él, le había entregado un documento que obligaba a Otto a proceder en este sentido y lo desligaba al mismo tiempo de toda responsabilidad. ¿No habría sido precisamente ese desdichado documento lo que puso el germen inicial de la alienación en el alma de Otto? De otro modo, ¿no hubiera podido desarrollarse su locura en una dirección muy diferente? Por suerte, el propio Otto no parecía estar muy seguro, pues, si lo estuviera, no intentaría buscar aliados a fin de no pronunciar él solo su diagnóstico. Y claro que en un caso semejante resultaba fácil encontrar aliados, más aún cuando el que emitía la sospecha era un médico, un prestigioso psiquiatra, de quien nadie sospechaba que sus propios nervios no andaban muy bien, y cuando aquel en quien recaía la sospecha era el hermano del médico y, por otra parte, una persona que desde su juventud tenía fama de nervioso, de estrafalario —un loco según muchos—, y que acababa de viajar por el mundo durante meses, en goce de licencia por enfermedad, puesto que se veía incapacitado para desempeñar su trabajo profesional.

Pero por grave que el asunto pareciese en este instante, por necesario que fuese estar alerta, de ningún modo había que darlo por perdido ya. Nadie todavía lo consideraba efectivamente insano, en el sentido verdadero de la palabra, a no ser que Otto ya hubiese

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

llegado a tanto. Y si los otros, hasta los médicos, no podían por el momento reconocer la grave perturbación de Otto —que aún no tenía por qué ser demencia, en modo alguno—, entonces él, Robert, el único que veía claro, tenía sin duda el derecho, es más, tenía el deber de señalar a las personas que lo rodeaban el peligro amenazante; y de ningún modo tan sólo para apartarlo de sí mismo. Ciertamente, era menester andar con cuidado; y si Otto se había procurado aliados, entonces él, Robert, tenía sin duda el derecho de hacer lo mismo, más aún, esto era su deber y su obligación, ante todo por el bien de Otto. Pensó en el doctor Leinbach. Si bien la eficacia de éste como médico, acaso hasta la agudeza de su intelecto, era puesta en duda por algunos profesionales, estaba sin embargo ligado a Robert por lazos que se remontaban hasta los años de la juventud; era su amigo, y lo quería a su manera. Y justamente el que no fuese un hombre profesionalmente limitado, el que estuviese muy lejos de ser un especialista, hacía de él, en este caso, el más insobornable de los jueces. Mejor que ningún otro, podría él comprender la singularidad y la dificultad de la situación de Robert, y estaría más que nadie dispuesto a acudir en su ayuda. No era tampoco necesario decirle todo desde el primer momento; al comienzo no había necesidad de avanzar más allá de lo que pareciera verdaderamente urgente. De manera que Robert se propuso hablar con Leinbach ya al día siguiente, sin iniciar por lo demás a nadie en el secreto, ni siquiera a Paula.





— — — — — HUIDA A LAS TINIEBLAS

Este propósito lo tranquilizó tanto que hasta brindó una sonrisa a su imagen en el espejo, sonrisa que ésta le retribuyó, lo cual le complacía, y le hacía sentirse bien, a pesar de que era obvio. Pasó el resto de la noche durmiendo perfectamente, y a la mañana siguiente se sintió casi descansado y fresco; atendió a sus negocios oficiales como de costumbre, hasta con una acrecentada alegría que mejoró aún más su disposición de ánimo, y cuando en últimas horas de la tarde entró en el cuarto de Paula, a ésta nada le hubiera podido llamar la atención aunque no la hubiesen absorbido noticias importantes, como era el caso. Su padre —le refirió inmediatamente a su novio— se había radicado por el momento en un puerto italiano, donde aguardaba noticias de un amigo de juventud de América, dependiendo de ellas sus próximas decisiones. Parecía abrirsele la perspectiva de una carrera nueva, en el periodismo. Y su carta revelaba un espíritu de esperanza casi juvenil, una disposición para viajes y aventuras... un temperamento que, como Robert advertía con asombro, a la esposa y a la hija no sólo les parecía perdonable, sino perfectamente natural. Robert se marchó pronto, diciendo que estaba citado con Leinbach, a quien no había visto desde la noche de su compromiso.

Había citado al amigo en el café, para mostrarse en esta oportunidad también a los demás conocidos, a quienes su larga ausencia podía parecer extraña. Todos le felicitaron muy cordialmente con motivo de su compromiso; August Langer, por cierto, con unas

contracciones extrañamente sarcásticas en las comisuras de los labios, más o menos como si quisiera dar a entender que la suerte de esta nueva víctima que el pariente de antaño había encontrado, él, por su parte, felizmente podía enfrentarla con absoluta indiferencia. Pero inmediatamente reconoció Robert en esta interpretación que, durante un segundo, él estuvo dispuesto a darle a un gesto que nada significaba, el último destello de una ridícula idea fija, ha mucho vencida.

El doctor Leinbach pareció levemente ofendido por el hecho de que también él sólo gracias a los rumores se hubiese enterado de acontecimiento tan importante en la vida de su amigo. La aseveración de Robert de que la publicidad de los compromisos le había parecido siempre una costumbre superflua y poco delicada, logró persuadir a Leinbach con facilidad, y éste hasta adujo, para completar las ideas de Robert, que él estaba convencido de que en una época de cultura más elevada se prescindiría asimismo del anuncio de los casamientos ya realizados, y especialmente de las fiestas de bodas, públicas, que llegarán a considerarse una costumbre enteramente bárbara. Robert le dejó hablar durante un rato, a fin de predisponerlo en su favor; pero finalmente, cuando, fiel a su costumbre, Leinbach estuvo por perderse en infinitas disquisiciones filosóficas, lo interrumpió diciendo que le había rogado que acudiese allí, desgraciadamente, por una causa bastante grave, determinada, de la cual deseaba hablarle. Bajo el sello de la más rigurosa discreción, le

confió sus temores acerca del estado de salud de Otto, y le preguntó si no le había llamado la atención, últimamente, la mirada inquieta, la excesiva irritabilidad, la extraña manera de caminar, de Otto.

—Lo veo raras veces —dijo el doctor Leinbach frunciendo el ceño.

—Quisiera hacer notar sin demora —continuó Robert—, que yo no soy el único que encuentra cambiado a Otto. Marianne a su vez siente lo mismo. Y si lo vieras más a menudo, sin duda no se te habría escapado que su carácter, en el transcurso del último año, se ha perturbado y ensombrecido.

—Ensombrecido —repitió Leinbach con gesto grave—. Esto ha de ser cierto. Pues, claro, su carácter se ensombrece; ¿cómo podría ser de otro modo? También el mío está ensombreciéndose, aunque por lo visto de un modo distinto, menos evidente, que el de Otto. Puede también que tú lo notes más en su caso, porque él está más cerca de ti que yo. Pero créeme: si alguna vez encuentras a un médico cuyo carácter sigue siendo sereno, habiendo llegado a cierta edad —digamos entre los cuarenta y los cincuenta—, sólo puede tratarse de un chapucero o de un pillo. Piénsalo un poco —y la voz de Leinbach se estremeció ligeramente—: en cierto sentido estamos predestinados a cargar con los sufrimientos de todos los que nos cuentan sus males, aunque no tengamos plenamente conciencia de ello... es más, en tal caso, las consecuencias han de ser peores aún. Los sentimentales tienen, por cierto, un juego más fácil: liquidan cada caso

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

aisladamente, mediante la conmoción, por así decirlo. Pero en nuestro caso, en el caso de los fuertes, esto se va aglomerando. Claro que en general no se nota, pues si se notara ofreceríamos un espectáculo realmente trágico. Sólo la gente que nos ama nota lo que tú acabas de llamar tan acertadamente ensombrecimiento. Y, en general, nadie sabe nada de nosotros, salvo aquellos que nos aman. Nosotros mismos...

Robert abandonó el intento de continuar escuchándolo. Vió que nada podía sacar en limpio allí. Debiera haberlo sabido antes. ¿Para qué le habló de sus temores a este pobre diablo? Esto, por lo menos, fué una falta de precaución.

August Langer y Kahnberg, quien ya no parecía recordar la escena un tanto molesta de poco tiempo atrás, se les acercaron, e invitaron a Robert a hacer con ellos un partido de naipes. Con gusto aceptó Robert la proposición, y pronto se sintió tan gratamente distraído que casi lamentaba haberse privado desde hacía mucho tiempo de tan inocuo placer. Leinbach se quedó allí contemplando primero en silencio el juego. Pero pronto no pudo dejar de introducir observaciones de naturaleza general, especialmente acerca de aquella que en forma tan superficial solía designarse como la suerte en el juego, pero que él por su parte había reconocido siempre como una manifestación de nexos profundos que al propio jugador se le ocultan. Robert sintió que lo invadía una indignación creciente; de pronto arrojó los naipes sobre la mesa, y con palabras iracundas pidió que en adelante el "mirón filó-

## — — — — — HUIDA A LAS TINIEBLAS

sofo" guardara para sí toda su sabiduría. Leinbach se rió, por cierto, pero pronto se alejó, y finalmente se marchó del café sin despedirse de Robert. Éste lamentó su violencia, tanto más cuanto aun sus compañeros de juego lo miraban extrañados, y parecían entenderse con miradas. Trató de concentrarse y siguió jugando; cuando al cabo de una hora hicieron las cuentas, tenía buenas razones para creer que ya habían olvidado por completo su momento de excitación. De todas maneras, al regresar a su casa, no pudo hacerse grandes ilusiones: él había ido allí para asegurarse un aliado, y ahora estaba más solo aún, y lo que era peor, se sentía más sospechoso aún que antes, a los ojos de los demás.

## XIV

A la mañana siguiente no fué a su oficina; emprendió un paseo que lo llevó a barrios apartados, casi completamente abandonados en esta época del año —especialmente en un día tan gris y neblinoso—, cerca de los parques de diversiones. Nadie podía suponer que se hallaba allí, ningún peligro podía amenazarlo. Más tarde estuvo sentado en una fonda, junto a una buena estufa y un sencillo almuerzo, y con cierto asombro cayó en la cuenta de que en el transcurso de las horas que acababan de pasar no había pensado en absoluto en su novia, y que ella, ahora, al evocar su imagen, no aparecía ante él con nítido contorno, como el ser más importante de su existen-

cia actual, sino que surgía entre líneas borrosas, como si perteneciera a un período pretérito de su vida. La vió de pie sobre un pequeño balcón, rodeada de flotantes copos de nieve, apoyadas las manos en la balaustrada, y mirando hacia abajo. Pero allí no había nada que se pareciese en lo más mínimo a aquellas huertas de suburbio que hacía poco habían contemplado, sino una ciudad italiana vaga y nebulosa, en la que hacía muchos años, en su viaje de bodas, había deambulado con su esposa. Y no sintió ninguna nostalgia, ni por la mujer hacía tanto tiempo desaparecida, ni por la que actualmente amaba. Y si en este momento deseaba en verdad que alguien estuviese cerca de él, a su lado, ese alguien no era, y lo comprendía con asombro, otra persona que aquella profesora de piano que se marchitaba en la miseria y que él creía haber olvidado. Tenía la sensación de que entre todas las personas que vivían, era ella acaso el único ser con que le unían los lazos más vigorosos y cuyo destino armonizaba misteriosamente con el suyo; y el que sus dos destinos, sus dos trayectorias, hubiesen tenido que cruzarse una sola vez, para separarse luego inmediatamente, y por siempre jamás, le parecía tener un sentido oculto, un significado que atañía al porvenir. Y la imagen de la pálida mujer comenzó a cobrar poco a poca formas tan vivientes, que tuvo la sensación de verla pasar realmente allá afuera, ante las ventanas de la fonda: pasaba y se perdía lentamente, por las vegas sin fronda. Y se preguntó: ¿fué esto una amenaza, una advertencia?

## — — — — — HUIDA A LAS TINIEBLAS

Que esta aparición tenía algún significado, aunque sólo hubiese surgido de su propia alma, tomando forma en las nieblas de ese día, era cosa indudable para él. ¿Pero cuál era su presagio? ¿Era bueno o malo? ¿A quién se le pueden contar estas cosas?, siguió preguntándose. Nadie podría comprenderlas, y tal vez sean las más importantes de todas las que nos acontecen. Y por eso, por eso está uno tan solo.

En esta fonda, donde a estas horas nadie podía sospechar su presencia, en el crepúsculo temprano de esa tarde de diciembre, él se veía prodigiosamente desligado de todas las personas con las cuales aún esa misma mañana parecían atarlo lazos, a la manera humana; todas ellas, la novia, el hermano y los amigos, eran como sombras del pasado; y al mismo tiempo tenía la sensación de que también él sólo era, a estas horas, en el recuerdo de todos ellos, una pálida imagen flotante. Esto, al pronto, lo afectó produciéndole un escalofrío extraño, o así dulce, que fué convirtiéndose poco a poco en callado espanto; finalmente creció en él una angustia que lo impulsó a levantarse de un salto, y lo arrojó a través de la avenida desierta, húmeda, crepuscular, hacia la ciudad, como si cada paso que lo acercara a la agitación de la vida, tuviese al mismo tiempo el poder de transformar su pálida imagen recordada por el corazón de los hombres que lo amaban, en otra más nítida, más viviente.

Y ahora sabía de nuevo que un ser humano le aguardaba, un ser que le pertenecía para siempre; y que pensaba en él un hermano que lo amaba, que lo

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

amaba acaso más aún que Paula, más de lo que nadie en el mundo lo había amado nunca; un hermano que en su amor estaba dispuesto a llevar a cabo la acción más tremenda y a cargar con gravísima culpa, a fin de librarlo de una vida en la demencia.

Se estremeció. Súbitamente cobró de nuevo conciencia del peligro que lo amenazaba. ¡La carta! Otto tenía en su poder la carta de la cual dependía el destino y la vida de Robert. Era menester eliminar esta carta antes que nada. No quedaba más remedio que quitársela al hermano con halagos, exigencias, amenazas. De una vez por todas tenía que enfrentar a Otto y hablar con él: sobre la carta y sobre muchas otras cosas. . . Todo lo que entre ellos se había urdido, lleno de enigmas y honduras, acaso ya en la más temprana infancia, ese juego entreverado del entender y del malentender, de la ternura y la extrañeza fraternal, de amor y odio. . . todo esto tenía que quedar aclarado por fin. Aún no era tarde para ninguno de los dos; una vez todavía su existencia estaba puesta en sus propias manos, y la de su hermano en las suyas. Ahora había llegado el momento para Otto, para decidirse entre cordura y locura, entre claridad y confusión, entre vida y muerte. Él por su parte ya se había decidido. Su espíritu estaba claro, salvada su alma. Ahora también el hermano tenía una última oportunidad de escoger.

Cuando Robert entró, Otto levantó la mirada de su libro de notas, en el cual precisamente se disponía a asentar unos apuntes. Robert leyó en esa mirada

asombro, desaprobación, y un ligero susto. Se sintió un poco como un alumno que, sin haberse preparado suficientemente, tenía que someterse a un examen importantísimo, viéndose obligado ahora a confiar plenamente, para sus respuestas, en la inspiración del momento. De modo que adoptó un tono exageradamente sereno, que en el acto le pareció artificial.

—Sí, soy yo —dijo—. A una hora un poco des acostumbrada, ¿verdad? ¿Te molesto, tal vez?

—En absoluto —contestó Otto mirando el reloj—. ¿No quieres sentarte? ¿Cómo está tu novia?

—Gracias, muy bien. Está ocupadísima ahora, ya puedes imaginártelo. Hemos alquilado una casa; sabes, aquélla de que hace poco te hablamos; con la vista sobre las huertas. Pero yo no quisiera retenerte excesivamente . . . he venido por un motivo determinado. Como ya te dije la vez pasada, me dedico ahora, tal como cuadra a semejantes períodos de la vida —sonrió como avergonzado, y esto, ya al instante siguiente, le pareció pueril—, a ordenar mis viejos papeles. Y entonces, entre otras cosas, encontré también cartas de nuestro común amigo Höhnburg, hace tanto tiempo ya fallecido—. Otto mencó la cabeza, en señal de que se acordaba—. Y en esta ocasión —continuó diciendo Robert— me acordé que todavía tienes en tu poder un documento mío algo ridículo, que me gustaría recuperar.

—¿Un documento ridículo? — Otto lo miró perplejo.

—¿Será posible que no te acuerdes? —dijo Robert;

y con excesiva rapidez, según él mismo sentía, se le escapó la palabra aclaratoria—: Mi sentencia de muerte—. Y al mismo tiempo, se echó a reír.

—¿Tu sentencia de muerte? —repitió Otto, al parecer sin comprender todavía. Pero inmediatamente después un breve destello en sus ojos reveló que había comprendido.

—De modo que te acuerdas —lo interceptó Robert con una rapidez como si hubiese atrapado al hermano, y se echó a reír de nuevo.

Otto torció el gesto a su manera: su semblante adoptó una expresión burlona.

—Ciertamente, no puedo dar ninguna garantía de que ese documento aún esté en mi poder, pues tengo por costumbre poner orden, cada tantos años, entre las cosas que van acumulándose al correr del tiempo; y no sería imposible que también tu carta de entonces, junto con muchas otras cosas, hubiese sido consumida alguna vez por las llamas. Pero si realmente te interesa, voy a fijarme.

Hablaba con una calma que parecía claramente intencionada.

—Si tienes tiempo, hazlo alguna vez —dijo Robert rápidamente—, te lo agradecería, pues yo no quisiera... y podrás comprenderlo... que esta carta cayese alguna vez, más tarde... en manos de mis sobrinos, y ellos se mofasen de su tío loco, ya muerto hace años.

—Pues te preocupa mucho tu fama póstuma —repuso Otto—. Pero es probable que a mí, inconcien-

temente, ya me haya preocupado antes; y ese escrito, ciertamente algo ridículo, ya no debe de existir, según creo. Por lo menos no me acuerdo haberlo visto desde hace muchos años.

—Claro que yo tampoco habría pensado en eso, pero el nuevo período de mi vida, en el cual estoy por entrar... ¿no es cierto, Otto, tú me comprendes?... uno quisiera arrojar lejos de sí, y a sus espaldas, todo aquello que le recuerde las épocas sombrías del pasado; uno quisiera tener la certeza de que ha desaparecido del mundo todo rastro de ellas... Desgraciadamente eso no es siempre tan sencillo como cuando se trata de un trozo de papel.

Otto se levantó, y con un desacostumbrado ademán de cordialidad puso una mano sobre el hombro del hermano, sentado frente a él en un sillón. Y con una sonrisa excesivamente amable dijo:

—¿Realmente has podido pensar alguna vez, en serio, que yo pondría en práctica esos plenos poderes que tuviste a bien de conferirme? —E intentando, un poco forzadamente, adoptar un tono de broma, añadió—: En tal caso, hace mucho ya que debiera haberlo hecho.

—En este sentido, debo reconocer ciertamente que tienes razón —replicó Robert apenado—, pero ahora, sin embargo, ya todo ha cambiado, gracias a Dios. Sí, Otto, el haber encontrado a Paula es una dicha sin par, una dicha enteramente inmerecida. Y has de saber que casi, casi la pierdo.

Para su propio asombro se sentía capaz de hablarle

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

al hermano más libremente y con menos reservas que otras veces. Habló de cuán desamparado y perdido había vivido durante años, como en medio de una bruma; de cómo dejaban de satisfacerlo sus ocupaciones oficiales y le aburrían todas las distracciones; de cómo lo martirizaban y lo perseguían siempre toda clase de imaginaciones extrañas y necias; pero cómo a partir de la hora en que Paula había entrado en su vida, todo el universo por así decirlo se había revestido de colores más claros, y cómo ahora hasta en su profesión encontraba una satisfacción desconocida; y refirió cómo especialmente la música, por el hecho de que su novia, también en este terreno, fuese para él una verdadera compañera, le brindaba una dicha enteramente nueva; de modo que sentía que sólo ahora había desaparecido para siempre una nube pesada que nunca había dejado de flotar sobre su cabeza. Pero todas estas palabras, y tenía plena conciencia de ello, no habían de significar tan sólo lo que eran, ni eran tan sólo una suerte de confesión: iban destinadas a reconciliar al hermano, a disipar la idea fija de éste, a iluminarlo.

—Es sin duda una suerte —interrumpió Otto la torrencial corriente de palabras del hermano—, que por fin hayas encontrado la persona que te corresponde, y puedes estar seguro de que todos compartimos tu felicidad. Díme: ¿ya fijasteis fecha para el casamiento?

¿A qué viene esta pregunta?, pensó Robert para sí. ¿Me da todavía plazo... hasta entonces...? ¿Acaso

— — — — — HUIDA A LAS TINIEBLAS

sólo le interesa, en última instancia, que . . . no haga llegar al mundo descendientes con taras hereditarias? Pero con toda calma pudo responder:

—El día aún no está fijado. Creo que será en el mes de marzo. Y luego emprenderemos inmediatamente un hermoso viaje.

Otto sonrió.

—¿Sin duda sólo te casas para tener una vez más un pretexto para ello?

—No será tan largo —dijo Robert—. No puedo tomarme otra vez vacaciones por varios meses.

—¿Y a dónde pensáis ir?

—A Dalmacia. Quisiera mostrarle a Paula Spalato, el palacio de Diocleciano . . . Ragusa . . .

Otto meneó la cabeza. En aquellas regiones, los hermanos, hacía muchos años, cuando eran muchachos todavía, habían pasado con los padres unas vacaciones de Pascuas. Otto le recordó a Robert muchos detalles de aquellas estadas; y su voz cobró un timbre tan cálido, tan próximo —especialmente cuando luego se refirió también a otras cosas hacía mucho ya pasadas, y finalmente a la misma casa paterna, un edificio vetusto, ahora ya desaparecido, del centro de la ciudad— que Robert sintió invadida su alma por un maravilloso sentimiento de seguridad como hacía mucho ya que no lo había disfrutado. Pero esto sólo duró un breve rato. En seguida se avergonzó de su emoción, como si lo hubiesen engañado; alzó en un gesto violento la cabeza, y enfrentó al hermano con una mirada escrutadora y fría que, necesariamente, tenía que sorpren-

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

derlo. Y de pronto, con espanto, advirtió un rostro que conocía. Era el mismo rostro que hacía pocas noches clavara en él su mirada desde el espejo: el suyo propio, lívido, con los ojos rasgados, y en torno a los labios una expresión dolorida y pavorosa. El parecido fué tan extraordinario, tan convincente, que se le cruzó por las mientes la idea de si no había sido realmente la imagen de su hermano, y no la suya propia, la que entonces le mirara desde el espejo, con gesto de advertencia o de amenaza. ¿Era éste acaso el eterno poder de la consanguinidad, el que, en un momento de gran significación, se confirmaba mediante un signo tan misterioso?

No era más que natural que la expresión del rostro de Otto cambiara inmediatamente, puesto que ahora se sentía observado, descubierto. Una sonrisa, ciertamente que una sonrisa muy parecida a la sonrisa sarcástica, apareció en sus labios, y dijo consternado:

—Sí, querido mío, tiempos lejanos, tiempos lejanos. ¡Hasta cuándo no podría uno seguir charlando de este modo... ! Pero desgraciadamente...

Se interrumpió, cerró el libro de notas, arregló sobre el escritorio unos libros y papeles, se tocó, según era su costumbre, el bolsillo interior del saco para cerciorarse de si estaba allí su libreta, y luego se volvió nuevamente hacia Robert, quien a su vez se había levantado.

—¿Ya has estado, por otra parte, con los chicos, con Marianne?

## — — — — — HUIDA A LAS TINIEBLAS

Robert sacudió la cabeza con aparente insistencia; Otto continuó:

—¿Ya te he dicho que Marianne está verdaderamente entusiasmada con Paula?

Había tocado el timbre, y preguntó al sirviente que entraba si Marianne estaba en casa. Ella se había marchado, y Robert acompañó al hermano al cuarto de los niños, que en ese momento estaban cenando; no les parecía nada bien de parte del tío que entrara únicamente para darles las buenas noches y abandonarlos acto seguido junto con el padre, a cuya prisa ciertamente ya estaban acostumbrados.

En la escalera, Otto manifestó su deseo de ver pronto a Robert y a su novia nuevamente en su casa, reunidos en grata tertulia.

—Con placer — contestó Robert. Pero para sus adentros pensaba: tendré buen cuidado... ¿Para qué? ¿Para que de nuevo me observe uno de esos llamados especialistas?

—Y espero que también hagáis alguna vez música en casa —dijo Otto—. Dicen que tu novia toca muy bien el violín.

Ya en el coche, saludó todavía al hermano con un movimiento de cabeza, y éste le respondió sonriendo serenamente.

Es última hora para tomar medidas, pensó Robert mientras seguía caminando. Él es un famoso médico, nadie dudará de la exactitud de su diagnóstico. Cuando se conozca la verdad ya será demasiado tarde. Entretanto, encerrado en el manicomio, podré volverme

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

loco realmente. ¿No sería lo más prudente desaparecer, por algún tiempo, del ambiente de Otto? En tal caso, no sería de ningún modo imposible que su idea fija se desprendiera, por así decirlo, de mí, para fijarse en algún otro objeto. Pues yo mismo he experimentado cosas parecidas cuando aún sufría mis imaginaciones obsesivas. Ojos que no ven, corazón que no siente. . . ; ojos que no ven, locura que no se siente, podría decirse, tal vez, en este caso. Pero no me iré solo, eso no; me llevaré a Paula. ¿Estará ella dispuesta a acompañarme? ¡Sin duda! Ella está dispuesta a todo lo que yo deseo; tan sólo hace falta una palabra de mi parte.

Paula lo había esperado con inquietud.

—¿Dónde has estado en todo el día? — preguntó.

Él se sorprendió, pues hacia rato ya que no se acordaba de que esa mañana había faltado a la oficina. Ahora resultaba que Paula lo había llamado por la mañana, en vano, a su despacho; que luego había preguntado por él en su hotel, y que a la tarde había llamado dos veces a la casa de su hermano, por si había aparecido por allí. A Robert le pareció sumamente extraño que Otto ni siquiera le mencionara eso, pero se dijo, en seguida, que ahora era cuestión de no demostrar ni desconfianza, ni turbación. De modo que, humorísticamente, fingió una postura de pecador atrapado, y confesó que, como en los bienaventurados tiempos de la infancia, había sentido deseos irreprimibles de hacer rabona, y que, en las primeras horas de la mañana, se había ido al campo.

Paula se dejó convencer, al parecer fácilmente, y se

## — — — — — HUIDA A LAS TINIEBLAS

conformó con hacerle leves reproches, recriminándole el no haberle comunicado su intención y el no haberla llevado con él al campo. Estaban sentados, cosa que ahora sucedía a veces, en la graciosa alcoba de señorita de Paula, donde todas las cosas eran blancas, y una luz suavemente rojiza bañaba, viniendo de una lámpara de techo, velada, cuadros y alfombras. Robert atrajo a Paula a sus brazos, tiernamente; pero estaba distraído; vagos proyectos de fuga atravesaban su mente, y en vano, intentaba darles forma más definida.

—¿Pero qué es lo que tienes? — preguntó Paula.

En ese instante tuvo una inspiración, que le pareció particularmente feliz para sus fines. Y dijo como al azar:

—¿A quién crees que me encontré hoy?... Al novio de aquella joven de que una vez te conté...

—¿De qué joven?... A pesar de tu discreción, ya me has hablado de varias.

—Me refiero a la que pasó conmigo varias semanas en Suiza, el verano último.

—¿Alberta? ¿Te encontraste con ella?

—No con ella, sino con su prometido.

—¿El americano?

—Exactamente, el americano.

—¿Su marido, entonces?

—¿Cómo? Oh, ciertamente.

Había olvidado por completo que nada le había dicho acerca de la última carta de Alberta, pero se dió cuenta inmediatamente de que podía utilizar esa circunstancia en favor de su plan. Y dijo:

—Tienes razón, si se ha casado con ella, cosa que por cierto debo suponer, entonces es ahora su marido. Yo no había pensado en eso.

—¿En tal caso, Alberta ha de estar en Viena?

—Es posible. Yo sólo lo vi a él.

—¿También hablaste con él?

—No, ni siquiera me vió. Estaba del otro lado de la calle.

Y rápidamente, tal como si el encuentro que acababa de inventar no tuviese para él la menor importancia, llevó la conversación hacia otras cosas, y habló con gran interés de la instalación de su futura vivienda, y de ciertas adquisiciones para la casa que iban a inaugurar.

Después de la cena, con ayuda de la madre hicieron una lista precisa de todos los objetos necesarios, y convinieron finalmente, para el día siguiente, ir juntos de tiendas, a fin de realizar esas compras. A una hora ya muy tardía se despidió Robert, aparentemente de muy buen humor, creyendo que el último vestigio de inquietud había desaparecido del ánimo de Paula.

## XV

Cuando a la mañana siguiente salió de su cuarto, encontró a su hermano ante la puerta. Robert se sintió palidecer, pero logró ocultar su sobresalto, y exclamó con aparente alegría:

## — — — — — HUIDA A LAS TINIEBLAS

—¿Eres tú? Esto es realmente muy amable. No quieres. . .

—Estás por salir — dijo Otto. Se quedó en la puerta, con las dos manos metidas en los bolsillos de su abrigo de piel, con una expresión excesivamente alegre en el rostro.

—Oh, no tengo prisa. Entra, pues.

Y cerró la puerta tras Otto, el cual le había seguido al interior de la habitación.

—El caso es que quería preguntarte —comenzó Otto—, si no vendrías a cenar esta noche a casa, con Paula y su madre.

—Cómo no, con mucho gusto.

—Y entonces, quise aprovechar la oportunidad para ver tu cuarto, que ya no habitarás por mucho tiempo. . .

Contempló el recinto hacia todos los lados.

—Bastante bonito — dijo; se acercó a la ventana, echó una mirada a la estatua del santo en cuyos pliegues pétreos había nieve congelada, y parecía reflexionar. Robert, también de sobretodo, con el sombrero en la mano, permanecía detrás de él, fija la mirada en la cabeza canosa, gacha, de Otto, que surgía del cuello de piel de su abrigo, y se le aparecía ahora singularmente extraña, como la de un viejo fatigado a quien él no conocía. ¿Qué significa esta visita?, se preguntó. ¿Qué quiere aquí? Fugazmente se le cruzó por la cabeza la idea de que Otto podía haber traído algún polvo ponzoñoso que se expandiría en el cuarto, y desarrollaría más tarde sus efectos mortíferos; y se pro-

ARTHUR SCHNITZLER. — — — — —

puso abrir luego, por las dudas, la ventana. Repentinamente Otto se volvió; Robert trató de dar a su mirada una expresión negligente, y observó que los ojos de Otto estaban ligeramente velados. En seguida Otto se le acercó, y muy junto a él, dijo sonriendo:

—Esperemos que ahora tu cordura sea definitiva.

—¿Definitiva? —repitió Robert, recogiendo por su parte el tono de broma—. Esto no puede saberse nunca. Y en mi caso menos aún, ciertamente. ¿Y acaso es tan deseable ser cuerdo, definitivamente cuerdo?

—En mi opinión, sin duda lo es — repuso el otro con gravedad, casi con dureza.

—Esto habría que demostrarlo todavía —replicó Robert obstinado—. Por otra parte, hasta es posible que yo esté loco. No quiero negarlo. Pero si lo estoy, me siento muy bien así, en el estado en que me encuentro. Y esto es sin duda lo principal, ¿verdad? —Se sentía como si de pronto se le abriese una nueva perspectiva de salvación—. Nunca antes me he sentido tan bien — repitió, acentuando las palabras—. De modo que no te preocupes por mí, te aseguro que no cambiaría mi suerte por la de nadie en el mundo entero.

El rostro de Otto permanecía impávido.

—Pues siendo así, todo está en orden —dijo, y sus palabras sonaban como distraídas. Y luego, como si sólo entonces se acordara de ello, extrajo de un bolsillo de su abrigo un papel doblado.

—Para que no lo olvide —dijo a la ligera—, aquí está tu carta.

## — — — — — HUIDA A LAS TINIEBLAS

—¿Qué carta? — preguntó Robert, pues, en el primer instante, realmente no la recordaba.

—La que me has pedido ayer. Felizmente todavía pude encontrarla. Aquí está, y fijate bien —añadió sonriendo— si por acaso no la he suplantado por otra.

Robert respiró hondamente aliviado; era como si le hubiesen hecho un regalo de gracia. Sus ojos se humedecieron, no pudo dominar sus lágrimas, e irresistiblemente atraído cayó en los brazos del hermano, sollozando. Durante un rato permaneció así, sintiendo cómo unas manos bondadosas, algo tímidas, le acariciaban levemente la cabeza, y tuvo que acordarse de su remota niñez y de ternuras paternas ha mucho ya olvidadas. Pero de pronto —apenas había cobrado conciencia de tan maravillosa sensación de amparo— un pensamiento se le cruzó por la mente: ¿qué significaba eso? ¿Por qué se puso a buscar esa carta? ¿Por qué me la ha traído? ¿Quiere que así yo me sienta seguro? Si. Es eso. Él lo hará, aun sin la carta. Sin duda ya otras personas han visto esta carta. Otto ha hecho una copia; la hizo legalizar por el escribano. Ya no le hace falta el original. Piensa ahora que yo no podré escapar. Y ahora dobla la vara de la justicia. Sus manos acarician mi cabeza; no es una bendición, es la despedida y el veredicto. Al mismo tiempo sabía que lo que más importaba era no delatarse en este momento. Y quedó recostado sobre el pecho de su hermano hasta que se hubo repuesto interiormente, hasta que su expresión se hubo ordenado, revelando ya tan sólo una tranquila seriedad. Entonces se desprendió, y miró serenamente a

los ojos del hermano, el cual mostraba ahora una sonrisa pálida; como la sonrisa de una máscara. ¿Estaba Otto ya plenamente resuelto, en ese instante, a hacer aquello para lo cual esta carta, que ahora astutamente devolvía, le daba plenos poderes?

Robert no veía claro al respecto. Sabía únicamente que esa decisión, aún cuando acaso vacilaba por el momento, podía volverse irrevocable en el momento siguiente. Por eso, ya una sola cosa le quedaba: la fuga. La fuga aun ese mismo día. Pues ya el día de mañana podía acarrear la perdición. ¿A dónde? Esto, al fin y al cabo, daba lo mismo. Todo lo demás se arreglaría, una vez que hubiese abandonado con Paula la ciudad. Su semblante le obedecía a tal punto que no revelaba lo más mínimo de lo que sucedía en su interior. Tenía en la mano la carta que Otto le había dado; la miró fugazmente, sin volver a leerla en verdad; la rompió en pequeños trocitos, y con una sonrisa humorística dirigida a su hermano, los arrojó a la chimenea.

—Y ahora se convertirá en cenizas — dijo Otto significativamente, y con un énfasis que no concordaba con su manera de ser habitual.

Qué poco hábil, pensó Robert, al cerrar con el pie la portezuela de la estufa.

—Pero hace mucho ya que debieras estar en el ministerio —dijo Otto, en un tono exageradamente sereno—. ¿Me permites que te lleve hasta allí?

—Gracias. Antes del trabajo me gusta caminar unos pasos y respirar un poco del diáfano aire invernal.

## — — — — — HUIDA A LAS TINIEBLAS

Abrió la ventana tal como se lo había propuesto, y abandonó luego, junto con su hermano, la habitación.

—De modo que contamos, sin falta —dijo Otto en la escalera—, con veros esta noche en casa. ¿Verdad?

Robert asintió. Ahora tenía plena certeza. Esta noche iba a suceder: una pizca de alguna droga en el vino, o en el café... y todo se acabó. Y luego se dirá que fué un síncope. La cosa más sencilla del mundo, ¡Cuántas veces sucederán estas cosas y nadie se entera de ello!

En la puerta de la calle, Otto le estrechó una vez más la mano, le rogó que fuese puntual, subió luego al coche, tomó presuroso un periódico, y al parecer ya estaba absorbido por la lectura cuando el coche se puso en movimiento. Robert consideró que, de todos modos, le habían regalado el tiempo que quedaba hasta las ocho de la noche. Hasta entonces no lo amenazaba ningún peligro; hasta entonces era posible reflexionar tranquilamente y prepararlo todo. Primero fué al ministerio, para hacer acto de presencia allí y no provocar ninguna clase de sospechas. Junto al escritorio advirtió con asombro que el trabajo lo absorbía como si todos los demás asuntos estuviesen en perfecto orden. Escribió algunas notas y observaciones complementarias, y todo le salía con tal facilidad que casi tuvo que lamentar el que por el momento no pudiera concluir el proyecto en que estaba trabajando. Conversó con el barón Prantner —quien

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

lo citó a su despacho hacia mediodía— detenidamente, acerca de ciertos detalles del trabajo, y pidió una breve licencia para poder concluirlo con toda tranquilidad en su casa o en el campo; por otra parte, se le ocurrió que efectivamente podía llevárselo, terminarlo, y enviarlo luego al ministerio como prueba inconcusa de su cordura.

—¿Qué le pasa? — oyó de pronto, como entre sueños, que decía la voz del barón. Y, despertando, se preguntó inmediatamente si sus pensamientos secretos no se habrían reflejado en sus ojos, en su gesto. Pero la mirada, llena de temor, del otro, le hizo presumir que ya anteriormente había existido alguna sospecha allí. Surgió en el recuerdo de Robert una cantidad de pequeños sucesos de los últimos días, a los cuales él, en su ligereza, no había dado ninguna importancia; miradas de sus colegas del ministerio, que lo acechaban extrañamente; la suspensión repentina de una conversación entre el jefe de la Sección y el *Hofrat*, al acercárseles él en forma inesperada. Y se estremecía de vergüenza y temor, al pensar que ya todos los que lo rodeaban podían haber sido advertidos hacia mucho, que todos ellos lo consideraban insano... ¡Oh, bien podía ser que Otto estuviera a estas horas con Paula, hundiendo en su corazón el germen de la más terrible desconfianza, para permanecer luego, ante ella y ante los demás, y una vez cometido el hecho, justificado! Más aún: ¡así verían en él al salvador!

—¿Qué le pasa? — volvió a preguntar el barón, posando una mano en el hombro de Robert.

Una rápida reflexión le hizo comprender a Robert que debía hacer un esfuerzo extremo para conservar el dominio sobre sí mismo, a fin de que una peligrosa sospecha no se convirtiese en engañosa certidumbre. Se pasó la mano por la frente, y contestó con calma:

—Nada, señor barón, nada, a no ser un fuerte dolor de cabeza; un dolor súbito, que a veces me ataca como para recordarme mi estado nervioso del año pasado. Y, en verdad, ya pasó.

El barón respiró visiblemente aliviado.

—Pues más vale así —dijo—. Esperemos que en el campo desaparezcan definitivamente también estas últimas reminiscencias...

—Oh, yo no necesito reponerme, señor barón: eso de ningún modo. La breve licencia que tiene a bien de concederme, realmente sólo ha de servirme para dar término, por fin, a mi proyecto, con cuya forma definitiva ya he puesto demasiado a prueba su paciencia, señor barón.

Y con algunas palabras breves y claras completó su exposición de antes. El barón asintió satisfecho, y cuando Robert finalmente lo dejó, parecía haber olvidado por completo el pequeño incidente.

## XVI

Doblaban en la ciudad las campanas del mediodía, y Robert se apresuraba a llegar, lo más pronto posible, junto a Paula.

Ella parecía sorprendida, hasta ligeramente asustada, al verlo penetrar a una hora tan desacostumbrada en su clara habitación. La expresión serena que él supo dar a su rostro, la calmó visiblemente, y Robert reconoció en seguida que ella por lo menos aún no había recibido ninguna advertencia. En tal caso, estaba decidido a revelar inmediatamente la desventurada locura que apresaba al espíritu de su hermano; pero ahora aún podía aguardar con eso, y, por otra parte, podía seguir aprovechando para sus fines su ocurrencia de la víspera. La abrazó tiernamente, y en un tono apasionado que ella no desconocía, preguntó:

—¿Podrías decidirte a marcharte conmigo?

—¿A marcharme?

—Sólo por unos días. Al campo.

—¿Al campo? Con... ¿contigo, y nadie más?

—Sí, sólo conmigo, únicamente conmigo —dijo, atrayéndola hacia sí.

—Pero ¿qué ha sucedido? —preguntó ella, abriendo grandemente los ojos.

—Por el momento, nada. Ayer te conté que está aquí el americano. Hoy puedo decirte más. Ha venido por mí.

—¿Por ti? ¿Qué significa eso?

—Significa únicamente que está maquinando algo grave.

—¿Algo grave...? No te comprendo.

—Anoche, justamente cuando estuve en la puerta de mi hotel y quise entrar, lo vi deslizarse enfrente, a la sombra de la iglesia. No cabe duda: estuvo ace-

— — — — — HUIDA A LAS TINIEBLAS

chándome. Me preguntarás por qué. La cosa es sencillísima. Celos. Celos que surgieron posteriormente.

—¿Pero cómo puedes deducir... qué motivos tienes...? ¿Acaso Alberta también está aquí?

—Esto... yo no lo sé. En verdad: no puedo creerlo. Es probable que se haya quedado allí. También puede haberla asesinado, hace mucho ya.

—¿Asesinado?

Ella le clavó los ojos, perpleja. Él respondió con lógica:

—¿Por qué no? Estas cosas pueden suceder, sin que nadie se entere ni lo sospeche siquiera. Por otra parte, esto no nos interesa. Supongamos que vive—. Se echó a reír—. Para mí, y espero que asimismo para ti, lo esencial es que esté aquí, y que haya puesto sus miras en mí. Esta noche pude escapar; logré introducirme en la puerta sin que me viera. Durante la mitad de la noche se quedó paseándose abajo... tal vez hasta más tarde aún, eso no lo sé, porque finalmente me fui a dormir.

—¿Y esta mañana?

—No apareció. Por el momento. Él se imagina que, de todas maneras, no podré escapar. Pero se dará un buen chasco. Me iré de viaje. Y tú vas a acompañarme.

La miró fijamente y ella tan sólo meneó la cabeza.

—Desde fuera, pondré estas cosas en claro. No será muy difícil. Pero quisiera desaparecer de aquí, por unos días o semanas, pues sería ridículo abandonarse a la merced de un loco. ¿O es que eso te parece, acaso, cobardía?

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

—¿Cómo se te ocurre!

—Y tú tienes que venir conmigo, Paula, tienes que hacerlo. Sin decírselo, claro está, a tu madre. Le escribirás unas líneas desde la estación; eso será suficiente. . . Bien, Paula, ¿por qué no contestas? ¿Te arrepientes, a pesar de todo. . . ?

—¿De qué habría de arrepentirme?

—De que me hayas prometido viajar conmigo. Habla, pues, confiesa. Ahora, con todo, te remuerden ciertos escrúpulos burgueses. . .

—¿Cómo se te ocurre, Robert! Sólo que pienso. . .

—¿Qué es lo que piensas?

—Si no sería más prudente, más acertado quiero decir, intentar arreglar este asunto aquí mismo.

—¿Arreglarlo? ¿Cómo te imaginas eso? Yo no tengo tiempo que perder, y de lo que acabo de confiarte nadie debe llegar a saber una palabra, pues podría costarnos la vida a los dos. Sí, a ti también. Te ruego que confíes plenamente en mí. Todo está perfectamente considerado y determinado. Te espero en la estación del Oeste. A las seis en punto parte nuestro tren. No tienes que llevarte muchas cosas. A las diez de la noche llegaremos al sitio que por el momento he elegido como refugio.

—¿Qué pueblo es?

—No te enfades si no lo nombro. Por mera distracción podrías delatarte. Tal vez sea también superstición. Has de perdonarme esto, Paula. Pero júrame que a la hora fijada estarás en la estación, pues de otro modo todo será en vano. Estoy perdido sin ti. Eso, de

— — — — — HUIDA A LAS TINIEBLAS

cualquier manera. Tengo al respecto un presentimiento infalible. Si tú no estás allí, todo se acabará. Y... si no vienes sola, también. Campréndeme bien... Tú estarás en la estación, y no dirás palabra a ninguna alma humana. A nadie, Paula, a nadie.

Quiso añadir: ni siquiera a mi hermano... pero dejó de hacerlo.

—Entonces, ¿estarás allí?

—Claro que estaré.

Permanecía de pie ante él, mortalmente pálida y con una sonrisa desfigurada. Pero él no advirtió que su semblante se había alterado tan extrañamente.

—Pues, entonces, todo está bien —dijo—. Y ahora voy a marcharme, amor mío.

—¿Ya vas a marcharte? —repitió ella, con voz vacilante.

—Claro, todavía tengo unos cuantos asuntos que atender —contestó—, aunque sólo se trate de un viaje de pocos días; de modo que tienes que excusarme.

Se levantó, y ella le retuvo las manos.

—¿No quieres que te acompañe un trecho?

—Te lo agradezco, querida, pero quédate en casa y emplea el tiempo en preparar tus cosas. Claro que no es necesario que te llesves muchas cosas para este viaje; para este viaje de bodas... —añadió en voz baja, atrayéndola con vehemencia a sí. La sintió temblar ligeramente en sus brazos, y le pareció que ello se debía a la emoción virginal.

—Hasta luego —dijo después; y besando sus labios

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

fríos, salió del cuarto, sacudiendo, divertido, la cabeza, como si todo hubiese sido una broma.

Descendió presuroso la escalera, pues temía que ella pudiera llamarlo de vuelta; y también en la calle apretó el paso. ¿Será realmente tan sólo por unos días?, se preguntó. ¿Acaso me parece posible que Otto recobre el juicio por el simple hecho de mi desaparición? ¿No es mucho más probable que interprete mi partida como un nuevo sintoma, en su sentido; que trate de descubrir mi paradero, que me persiga o me haga perseguir, y que a la postre . . . ¡me encuentre! No, no lo podrá. Seré más astuto que él. ¡No habrán de encontrarme! ¿Y si fingiera un suicidio? No es mala idea. Suicidio doble. Yo y Paula. Dejaremos una carta . . . tal como suele hacerse en estos casos. Ni siquiera será una gran sorpresa. Para nadie. Para el barón Prantner, por cierto, no lo será. Tampoco para el señor Kahnberg. Y para Otto menos aún. Él sólo verá confirmada su idea fija. Y lo libraré de una tarea penosa. Así es como él se explicaría el asunto; y sería el vencedor. ¿El vencedor? ¿Se trata acaso de una lucha? ¿Acaso pretendemos ganarnos de mano, con astucia, el uno al otro? Tengo que proceder de otra manera. Tengo que probar, sí, tengo que probar su locura. Esto es lo que importa. De otro modo ya no tendré paz en este mundo. No podemos escondernos por el resto de nuestra vida Paula y yo. Claro que esto sería lo más hermoso. Desaparecer, comenzar una vida nueva, en otra parte, si es posible, con otro nombre . . . como una persona distinta. ¡Oh, si eso pudiera realizarse!

## — — — — — HUIDA A LAS TINIEBLAS

Estuvo ante el edificio del banco donde tenía guardado el resto de su pequeña fortuna; entró, se hizo entregar una suma mayor, y le habló al empleado, a quien conocía personalmente, en una forma entre humorística y sigilosa, de una transacción financiera que estaba a punto de llevar a cabo. Se guardó el dinero, tomó aprisa su almuerzo en una pequeña fonda que nunca había pisado, y antes de las dos de la tarde estuvo en su hotel. El portero le comunicó que había preguntado por él un caballero, sin dejar tarjeta. La descripción superficial le venía bien, más que a nadie, a August Langer; lo que llamaba la atención era que, según informaba el portero, a unos pasos de allí esperaba otro caballero con un coche. ¿Pues, ya se había llegado a eso? . . . Subió con paso rápido las escaleras hasta su habitación. No dudaba de que todo estuviese preparado para conducirlo, con fines de observación previa, a un sanatorio. Con ello su destino quedaría ciertamente sellado. De todas maneras, sería necesidad permanecer, aunque sólo fuese un cuarto de hora más, allí donde ya no estaba seguro de su libertad, y acaso ni siquiera de su vida. Tenía que abandonar el hotel inmediatamente, como si se dispusiera a dar un paseo, y partir en un tren anterior del que conviviera con Paula. Se metió en el bolsillo los documentos más importantes, cerró sus armarios con llave, abandonó el cuarto diez minutos después de entrar en él, prendió un cigarrillo en la puerta cochera, y se marchó, con paso lento.

En una calle algo apartada tomó un coche; en el

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

camino a la estación compró algunas cosas que necesitaría durante los próximos días; compró también una valija de mano, en la cual colocó las cosas compradas, y un cuarto de hora antes de la partida del tren de las tres, estuvo en la estación. En la sala de espera escribió velozmente unas líneas para Paula. Por motivos que sólo personalmente podría comunicarle, él partía ya unas horas antes, pero que ella abandonase Viena a la hora convenida. Que a las diez de la noche la esperaría en la estación cuyo nombre ahora le decía, y que no lo revelara a nadie, pues de ello dependía su vida. Concluyó con estas palabras: "No tengo tiempo de escribir nada más. Ya lo sabes todo. No me hagas esperar en vano. Amada mía; te conjuro a que guardes el secreto, pues mi vida, nuestra vida, está en juego." Por el cochero que lo había conducido a la estación hizo llevar la carta a Paula. Y unos minutos más tarde ya estuvo sentado en el tren.

## XVII

Ese día gris de diciembre oscureció temprano. Apenas hubo rebasado el tren los suburbios y los pequeños pueblos de residencias veraniegas, cuando comenzó una ligera nevada que poco a poco fué densificándose, de modo que bien pronto el bosque, la colina, la carretera y los techos refulgían con suaves matices blancos que calmaban el corazón. Robert había comprado periódicos, y, solo en su compartimento, se

— — — — — HUIDA A LAS TINIEBLAS

abismó en noticias que venían de cerca y de lejos, y que le eran tan indiferentes que, leyéndolas, pronto empezó a dormir.

Cuando volvió en sí, el tren atravesaba un estrecho desfiladero. La caída de los copos había cesado, y la noche aparecía prodigiosamente alumbrada por la nieve rígida, que se había acumulado sobre los declives menos abruptos, y sobre las coníferas. Bien pronto las rocas se estrecharon tanto que el bramido del río Ache que corría allá en la profundidad, subía poderosamente amplificado. Allí donde las montañas se separaban, podía contemplarse el cielo invernal, azul, estrellado y vastamente tendido. Cuando el tren se detuvo por unos minutos, en una estación, Robert abrió la ventana. El aire era frío y refrescante, el silencio bueno y consolador. Robert cobró conciencia de lo extraño de su viaje. ¿No sería a la postre, realmente, nada más que un viaje? ¿No podía, aquello que él planeara y emprendiera como fuga, estar destinado a acabar realmente como una excursión de placer? Por última vez se agitó en él la esperanza de que acaso, con todo, se había equivocado; de que su hermano no estaba loco, de que todo terminaría bien, y que él mismo podía verse en la situación de tener que declarar ante Paula que su historia del americano celoso fué una leyenda, inventada con el fin de seducir a la bienamada y lograr que diese su consentimiento para un viaje de bodas anticipado. Pero esto no duró mucho tiempo: era su deber rechazar esa manera tan engañosa de tranquilizarse, que sin duda se debía únicamente a un debilitamiento de sus ner-

vios, puesto que sólo implicaba un peligro. Se acordó de la mañana de ese mismo día, de la última mirada que recogiera de los ojos de su hermano —y supo que su viaje era una fuga.

El tren se detuvo en el villorrio que Robert eligió como paradero provisional; lo había elegido acordándose de unos días que pasara allí con Alberta, cierto verano. Ahora, cuando vió extenderse ante sus ojos la alargada aldea que, durante su viaje, sólo había podido imaginarse cubierta de fresco verdor y colores veraniegos; cuando la vió ahora cubierta de nieve, tenía la sensación de que lo acogía una región extraña, muy distinta, jamás vista. Entregó su valija a un criado de alquiler, y le siguió, cruzando un puente debajo del cual corría estrepitosamente el Ache, y a través de una alameda que bordeaba el río y que él recordaba de aquel verano como un corredor de árboles protectores, y finalmente, pasando por un arco debajo del cual un farol de hierro forjado daba una luz opaca, entre amarillenta y rojiza, lo siguió por la plaza central, desierta, con su fontana acallada, hasta el mesón. Le destinaron una habitación grande, cuya alta ventana gótica daba sobre las montañas que emitían una pálida luz. Encima de la vieja cómoda, sobre la pared, colgaba una cromolitografía; una Madona, de tamaño natural. A ambos costados de la ancha cama descendían modestas cortinas, de tela estampada. Robert dijo que estaba conforme con el cuarto, y que su esposa llegaría con el próximo tren, a las diez de la noche. La lamparita eléctrica que colgaba del techo alumbraba tan poco que se vió

forzado a pedir velas. Se las colocaron en dos candelabros de bronce sobre la enorme mesa desvencijada, y luego lo dejaron solo. Se quedó un rato mirando por la ventana: techos, tierras labrantías cubiertas de nieve, desfiladeros boscosos allá lejos, en dirección a las rocas, desde cuyas quebradas y desaguaderos nevados, la piedra gris enfrentaba su mirada, incorpórea, como formando delgadísimos muros. Cuando después de algún tiempo comenzaron a enrojecer y a crepitar los leños en la estufa de verdosas mayólicas, se sentó, sin quitarse el abrigo de pieles, en el sillón de cuero negro, de ancho respaldo, que estaba arrimado a la cama. Tenía ante sí tres horas solitarias. Era su propósito emplear el tiempo en escribir y dejar constancia, concisamente y para toda eventualidad, de las circunstancias que lo habían movido a su repentina partida: sea para que —lo que pensaba escribir— llegara a ser leído alguna vez por alguien, sea para que sólo sirviera como instrumento de su propia concentración y apaciguamiento.

Se hizo traer unos cuantos pliegos de papel de oficio, se sentó al escritorio, y, con una seguridad de expresión como otras veces no solía tenerla, en frases breves y concisas, bosquejó sobre el papel, involuntariamente —puesto que sin querer había comenzado con datos relativos a su nacimiento y a su más temprana infancia—, un resumen de toda su vida, hasta la fecha.

Durante dos horas permaneció escribiendo al vuelo de la pluma; y las últimas palabras que asentó, como

conclusión provisoria, rezaban: "Presentimiento de mi propia culpabilidad, en cuanto a la idea obsesiva de mi hermano. ¿Seremos acaso, ambos, manifestaciones de un mismo designio divino? Uno de los dos tuvo que hundirse en las sombras. Él estaba sentenciado, a pesar de que, primero, descendía el platillo mío". Encerró en su valija de mano lo que había escrito, abandonó el cuarto y salió fuera.

Tras los cristales empañados del salón, se veía una pequeña reunión de gentes del lugar, sentado cada cual ante su vaso de cerveza, y aun desde la plaza se oía su ruidosa charla. Siguió andando, y sólo se topó con pocas personas, vestidas en general a la usanza campesina. Sentada en un banco de la alameda, junto al río, había una pareja joven, estrechamente abrazada, que despreciaba el frío. Y sólo ahora, con vehemente fervor, cobró conciencia de que esperaba a la amada. Dentro de una hora estará aquí, se dijo, y hasta el presente instante ni siquiera me he hecho perfectamente cargo de ello. Qué claridad habrá en todas las cosas una vez que la recupere. Desde que, hoy a mediodía, me despedí de ella, todo ha sido como un sueño. . . toda mi vida la he soñado entretanto, y por eso también tengo la impresión de que ya hace una eternidad que dejé a Paula; de que casi ya ha transcurrido mucho más tiempo desde entonces que desde el día en que anduve paseando, por esta misma alameda, con Alberta.

Cruzó el puente, y poco después estuvo paseándose por el andén, a lo largo de las vías. Adentrándose

## ----- HUIDA A LAS TINIEBLAS

muy lejos de las sombras, los rectísimos rieles negros recorrían su blanco camino. Pasó el jefe de la estación, y saludó amablemente. De alguna parte llegaba un sonido como de cables tendidos que cantan al vibrar. Muy cerca, los peñascos se enhiestaban hacia el azul de la noche. Qué paz hay aquí, pensó Robert. ¿No podrá, a la postre, cambiar todo, y tornarse para bien? ¿No podría, en medio de semejante paz, sanar Otto también? ¡Sí, es necesario que sane! ¡Es necesario! ¿Acaso yo mismo tendría una hora tranquila, acaso podría yo seguir respirando si él no llegara a sanar? Y sabía que en la tierra no vivía hombre alguno que le fuese tan caro como Otto; sentía, una vez más, que ningún vínculo era tan íntimo, tan perdurable por su misma naturaleza, que el de hermano a hermano; que este vínculo estaba más hondamente enlazado a las raíces de toda existencia que el que unía con los padres, con los hijos y los seres amados; y estaba decidido a dominar el desastre que amagaba con desgarrar este lazo más enigmático y a la vez más vigoroso de entre los lazos que unen a los hombres.

Resonó un lejano silbido, que venía acercándose cada vez más; se oía, cada vez más fuerte, el estrépito del tren que se acercaba, hasta que éste entró en la estación, negro, jadeante. Bajó un señor vestido con una corta chaqueta de pieles, al uso de los cazadores, y después, dos campesinos y una vieja. Vino corriendo un mozo de cuerda, y con devoto saludo le quitó el equipaje al señor de la chaqueta de cazador; un silbi-

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

do, y el tren se puso nuevamente en movimiento; penetró en las tinieblas y desapareció.

Robert permanecía ahí, lo vió desaparecer, y no comprendía claramente. Sólo después de un rato abandonó la estación, con calma exterior, y, para su propio asombro, ni siquiera muy desilusionado tampoco anteriormente.

Regresó lentamente al mesón, pensando: encontraré un telegrama; o bien, éste llegará en el transcurso de las próximas horas; o bien, Paula ha perdido el tren, o, no siendo así, tendrá motivos valederos para tomar otro, más tarde. Y probablemente sólo vendrá mañana al mediodía, y no a las dos de la madrugada. Porque esta última era la hora en que iba a llegar el próximo tren.

No había ningún telegrama. Robert entró en el salón, bajo y abovedado, junto a cuya ventana aún seguía reunido, envuelta en una humareda, aquel grupo de campesinos nativos. Junto a otra mesa, completamente solo, estaba sentado un señor de edad, que fumaba su pipa y miraba con ojos turbios un periódico, fijamente, sin leer por lo visto. Robert, sin que los demás hicieran caso de él, se sentó en un rincón, encargó una cena que tomó luego con gran apetito, y se puso a reflexionar. Pronto se convenció de que con sus suposiciones anteriores sólo se había engañado a sí mismo. Si Paula hubiese estado seriamente dispuesta a seguirle, nada habría podido impedir que llegase a su debido tiempo. Pero ella no quiso hacerlo... no vino... lo abandonó a su suerte. Y com-

— — — — —

prendía también por qué. Su ridículo relato del americano celoso, toda su conducta al despedirse de ella, habíale parecido extraña y sospechosa. Con ese arte del disimulo propio a las mujeres, ella no había permitido que él notase nada, y en desmedro de su palabra empeñada, excitadísima, había hecho lo último que debió hacer: había corrido junto a Otto y se lo había revelado todo. Sí, así era. No podía dudar de ello. Paula lo había traicionado, lo había entregado. ¿Y cuál será la consecuencia?, siguió preguntándose. Otto ya tiene nuevos móviles aparentes para creer en mi locura; su propia idea obsesiva encuentra nuevo alimento, y no le cuesta el menor esfuerzo convencer a Paula, y a cualquier otra persona, de lo justificado de su sospecha. Qué necio fui al perder a Paula de vista, al no llevarla conmigo inmediatamente. Ahora las cosas están más graves que antes. . . . Otto sabe dónde estoy. Tomará el tren para seguirme; justamente con mi fuga lo he atraído sobre mi rastro. Él considera llegada la hora en que está obligado a cumplir su palabra: un peligro terrible se cierne sobre mí. ¡He perdido la partida!

Mientras consideraba y sopesaba todos estos factores, comía y bebía aparentemente con la mayor tranquilidad interior; y se dió cuenta, con leve asombro, de que todos sus pensamientos atravesaban su ánimo fríos y apenas acentuados por el miedo. Pero, desde luego, algo tenía que suceder, algo había que hacer. Por deducciones lógicas y naturales, más bien que por una sensación de miedo, sacó en limpio que de ningún

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

modo podía permanecer allí; en todo caso, tenía que seguir huyendo. Sólo quedaba la cuestión: ¿a dónde? Si los perseguidores no encontraban su rastro, ya el día de mañana, lo harían a los pocos días. Y aunque lograra abandonar el país, y hasta el continente, y llegar al Nuevo Mundo . . . en ninguna parte estaría seguro ante la idea fija de un loco; y a la postre, esta conciencia del peligro constante, de la eterna persecución, podía realmente hacerle perder el juicio, de manera que, dándoles la razón a los otros y colaborando por así decirlo con su hermano —una broma diabólica del destino— confirmaría su idea vesánica.

Salió del comedor del mesón, y comenzó a pasearse fuera, sobre la desierta y nevada plaza de la feria, muy lentamente, con un cigarro en la boca, de modo que cualquiera que así lo hubiese visto, lo habría tomado por un despreocupado turista de la temporada de invierno. De pronto acordóse nuevamente de los apuntes que había escrito a la noche. ¿No podría atreverme, se preguntó, a entablar la lucha con su ayuda? El que lea estos apuntes ya no podrá considerarme loco. Pero volveré a escribir todo esto una vez más, más detenidamente y en forma más comprensible. Seguiré viaje mañana con el primer tren; luego, en algún punto de bifurcación, tomaré otra vía, me iré a algún pueblo donde nadie pueda sospechar mi presencia, y redactaré cuidadosamente mi acusación o mi defensa. ¿Acusación o defensa? Pues, bien ¿qué será, en realidad? Y se puso a cavilar. Como un pálido espectro pasó flotando por su mente la figura

## HUIDA A LAS TINIEBLAS

de aquella pobre profesora de piano con la cual pasara su última y melancólica noche de amor, y de nuevo se agitó en él la extraña duda de si en aquel encuentro la vida no le había dirigido, por última vez, una pregunta que él contestó sin detenerse a pensar en ella, y hasta con crueldad. Revivió, en el recuerdo, una vez más aquella escena en que la solitaria criatura se volvía hacia él, desde el coche que partía, saludándolo con un triste y grave movimiento de cabeza, y recordó su propia mirada de entonces, la mirada de un corazón endurecido y exento de emoción. Pero se vió a sí mismo completamente distinto de lo que pudo haber sido en aquel instante, de lo que pudo haber sido jamás. Se vió de pie, altísimo y magro, con una capa oscura que revoloteaba en el viento, y arrojando delante de sí una larga sombra negra. Pero esta sombra la percibía ahora en efecto, puesto que justamente pasaba junto al farol, cuya luz turbia y amarillenta brillaba tenuemente sobre la entrada del mesón.

Entró por la puerta principal y preguntó, por las dudas, una vez más, si no había llegado un telegrama para él. El mesonero le explicó que en este villorrio no había servicio de telégrafos desde las siete de la tarde hasta las siete de la mañana. Y entonces retornó Robert a su primera suposición, de que Paula bien podría haber perdido el tren; de modo que aún podía contar, pese a todo, con la posibilidad de su llegada a las dos de la noche.

Fué a su habitación y se echó sobre la cama, sin

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

desvestirse. Descansaría una hora, puesto que ya había pasado la medianoche, y luego volvería a la estación. No apagó la luz, y desde su cama, a través de la ventana que tenía enfrente, hundió la mirada en la noche. Vió tan sólo el cielo y un solitario pico sobre el cual centelleaba una estrella. El reloj de la torre de la iglesia dió las doce y media, y los sonidos se prolongaron, tal como si la noche no quisiera desprenderse de ellos; se tornaban cada vez más fuertes, cada vez más plenos, y finalmente resonaban poderosos, como música de órgano. En una iglesia gigantesca, completamente desierta, Robert se paseaba con el doctor Leinbach, y en el órgano, Robert lo sabía sin verlo, estaba sentado aquel pianista del bar nocturno, mientras que Höhnburg pedaleaba tocando los registros, y sacando y retirando continuamente la cabeza sobre la balastrada del coro, como un payaso. Y Leinbach declaró que el hombre allá arriba no tocaba, de ningún modo, una fuga de Bach, sino que ponía en música biografías, tal como solían hacerlo, notoriamente, todos los pianistas de talento. Y acto seguido caminaba Robert entre rieles ferroviarios hacia un paisaje abierto, en la mano una bandera roja que agitaba constantemente y que por fin enarboló sobre un túmulo, debajo del cual estaba sepultada Alberta. Avanzaba luego por una delgada cresta en las montañas, con abismos a ambos costados, en medio de una prodigiosa noche azul de invierno. Y finalmente estuvo sentado, re-  
puesto, con las mejillas frescas y regocijándose con motivo del trabajo futuro, en su despacho, cuando





repentinamente llamaron a la puerta con gran violencia. Supo inmediatamente que sólo podía ser el marido de Alberta, que había venido para pedirle cuentas. Pero estaba firmemente resuelto a no abrirle. Antes bien salió del cuarto por la puerta del otro lado, y siguió avanzando con vehemencia a través de toda una serie de cuartos; en cada uno de ellos había mesas, en cada uno había, sentados, escribientes cuyas plumas se deslizaban sobre el papel con una premura increíble, mientras que con la otra mano arrojaban los pliegos en valijas de mano que constantemente se abrían y se cerraban, como bocas de cocodrilo, automáticamente. Y con todo eso los golpes continuaban, y hasta parecían tornarse más vigorosos y más urgentes. Mecánicamente, tomó Robert el revólver que según una vieja costumbre suya dejaba siempre, en sus viajes, sobre la mesita de noche; se levantó rápidamente, se metió el arma en el bolsillo de la chaqueta; sabía que ahora estaba despierto y pensó: un telegrama. Y preguntó:

—¿Quién es?

—Soy yo, Robert —respondió una voz.

Se le congeló la sangre. Era la voz de Otto. De modo que ya le había seguido, ya estaba allí, para consumir su obra tremenda. Era una suerte que la puerta estuviese cerrada.

—¿Se puede pasar? —preguntó Otto. Pero antes aún de que Robert pudiese contestar, se abrió la puerta, a la que él por lo visto había olvidado echar el cerrojo.

ARTHUR SCHNITZLER — — — — —

—¿Qué quieres? —preguntó Robert con los ojos grandemente abiertos, y sentía como un suplicio la circunstancia de que ambos párpados estuviesen levantados por igual.

Otto estaba frente a él, en el vano de la puerta, con su abrigo de pieles puesto y un grueso chal rodeándole el cuello. Dijo apresuradamente:

—Abajo me dijeron que a las dos pensabas ir a la estación, pero te quedaste dormido. Por otra parte, yo no habría subido, si no hubiese visto luz en tu cuarto.

—¿Dónde está Paula? —preguntó Robert con voz ronca.

—Paula llegará mañana. Por el momento tienes que conformarte con sus saludos —dijo, conservando siempre una rígida sonrisa en los labios.

—¿Qué quieres aquí? ¿Para qué vienes?

Se sentó en la cama y sintió la ardiente amenaza de sus propias miradas.

—¿Para qué vengo? Pues . . . —y en la voz de Otto hubo como un sollozo reprimido—, pues, al diablo, ¡vengo porque me da la gana! ¿Qué se te ocurre ahora, Robert? ¿Qué te has metido nuevamente en la cabeza?

—¿Para qué estás aquí? ¿Qué quieres de mí? ¡Saca . . . saca tus manos del abrigo!

Otto lo miró fijamente en los ojos. Primero parecía no comprender bien. Pero luego, con un ademán exagerado, sacó violentamente ambas manos de los bolsillos de su abrigo de pieles, sacudió la cabeza y torció

## — — — — — HUIDA A LAS TINIEBLAS

la boca como para echarse a reír; luego se mordió los labios y dijo:

—Sin duda . . . sin duda estás soñando todavía. Vuelve en tí. Soy yo, Robert . . . tu hermano, tu amigo. ¿Qué es lo que te imaginas? Tu hermano . . . Robert. Pues cree de una vez, es necesario que de una vez lo sepas . . . no es posible que seriamente . . . que seriamente pienses . . .

Y le falló el habla. En sus ojos se reflejaba el miedo, la compasión, y un amor inmenso. Pero para el hermano el húmedo brillo de esa mirada sólo significaba astucia, amenaza y muerte. Y Otto a su vez, sacudido en lo más íntimo por la expresión de espanto que vio en el rostro del hermano, no pudo dominarse por más tiempo; se le acercó para abrazarlo y persuadirlo así, por ese gesto íntimo, exento de reservas, lleno de ternura fraternal. Pero Robert, sintiendo en su nuca las manos frías del hermano, ya no dudaba de que había llegado el momento tan temido, el momento del peligro extremo, tremendo, contra el cual estaba permitido, más aún, contra el cual era un deber, defenderse de cualquier manera: así lo ordenaban las leyes divinas y las humanas. Dentro del bolsillo de su chaqueta amartilló cuidadosamente el gatillo de su arma, y mientras el hermano colgaba de su cuello, colocó la boca del revólver contra el pecho de Otto, quien sólo ahora notó lo que se preparaba. Pero en el mismo instante en que se dió cuenta de lo que iba a suceder, y se disponía a coger el cañón del arma, a retroceder

y a dar voces, ya la bala le había penetrado en el corazón, y se desplomó, silenciosamente.

Y Robert, sin cobrar todavía plena conciencia de su acto, y sólo presintiendo lo pavoroso, lo irrevocable que había sucedido, y como dominado por una sorda angustia de que pudiera comprender allí mismo lo que había hecho, se precipitó, pasando por el cadáver de su hermano, a través del oscuro corredor, y escaleras abajo, y atravesando el zaguán y la puerta de calle que aún no había sido cerrada después de la llegada de Otto; cruzó corriendo la plaza desierta, y a través de la larga calle de la aldea avanzó hacia el paraje abierto, pisoteando la alta nieve; tiró el abrigo que le impedía correr, y siguió corriendo y corriendo con vehemencia, cada vez más lejos y más lejos, impulsado por la única y firme voluntad de no recobrar la conciencia nunca. Y así avanzó, corriendo por una sonora noche azul que jamás debía tener fin para él. Y sabía que ya miles de veces se había precipitado por ese mismo camino, y que era su destino huir por él otras miles de veces más, por toda la eternidad, a través de sonoras noches azules.

A no menos de siete buenas horas de camino del lugar desde el cual emprendiera su huida, sobre un despeñadero ríscoso que bajaba hacia el Ache ya casi cubierto de hielo, con la cabeza hacia abajo y las manos desgarradas, con la sangre ya seca en el cráneo y la frente, descubrieron tres días más tarde su cuerpo exánime.

Los apuntes que se hallaron en su valija de viaje,

## — — — — — HUIDA A LAS TINIEBLAS

fueron entregados a los tribunales, y se publicaron de ellos algunos extractos. El caso, con todo su carácter sombrío, era clarísimo: delirio de persecución, ¿quién podía dudarlo? Sin embargo, el doctor Leinbach tenía sus ideas propias al respecto, y no vaciló en confiarlas a su diario, que él llevaba con esmero. "Mi pobre amigo", escribió, "padecía la idea fija —así es sin duda como se le llama—, de que moriría, forzosamente, por su hermano; y el transcurso de los acontecimientos, al fin y al cabo, le dió la razón. Cierto es que él no pudo prever cómo se produciría, poco a poco, el desenlace. Pero tuvo el seguro presentimiento, esto no puede negarse. ¿Y qué son los presentimientos? No son, sin duda alguna, otra cosa que asociaciones de ideas, dentro de la esfera de lo inconsciente: la lógica dentro de lo metafísico, podría decirse, quizá. ¡Y nosotros hablamos de ideas obsesivas! Si tenemos derecho a llamarlas así, si esta palabra, como tantas otras, no significa en verdad sino tan sólo un refugio, una huida, desde la desasosegada multiplicidad de los casos singulares, hacia el sistema... esto ya es otra cuestión. Y un caso como el de mi pobre amigo... "



## ÍNDICE

	Pág.
Arthur Schnitzler, por <i>Guillermo de Torre</i>	7
La señorita Elsa	15
Huida a las tinieblas	121



# LA PAJARITA DE PAPEL

COLECCIÓN DIRIGIDA POR  
GUILLERMO DE TORRE

*Volúmenes publicados:*

- FRANZ KAFKA: LA METAMORFOSIS.<sup>1</sup>  
FRANZ WERPEL: LA MUERTE DEL PEQUEÑO BURGUÉS.  
KATHERINE MANSFIELD: EN LA BAHÍA.  
GEORG KAISER: GAS. UN DÍA DE OCTUBRE. DE LA MAÑANA A LA MEDIANOCHE.  
D. H. LAWRENCE: LA MUJER QUE SE FUÉ A CABALLO.  
PAUL VALÉRY: POLÍTICA DEL ESPÍRITU.  
JULES SUPERVIELLE: LA DESCONOCIDA DEL SENA.  
GEORGE SANTAYANA: DIÁLOGOS EN EL LIMBO.  
RAINER MARÍA RILKE: LOS CUADERNOS DE MALTE LAURIDS BRIGGE.  
PAUL CLAUDEL: EL LIBRO DE CRISTÓBAL COLÓN.  
WALT WHITMAN: CANTO A MÍ MISMO.  
THOMAS MANN: CERVANTES, GOETHE, FREUD.  
ALDOUS HUXLEY: EL JOVEN ARQUIMEDES.  
D. H. LAWRENCE: EL HOMBRE QUE MURIÓ.  
ALDOUS HUXLEY: EL TIEMPO Y LA MÁQUINA.  
ARTHUR SCHNITZLER: LA SEÑORITA ELSA. HUÍDA A LAS TINIEBLAS.

LA PAJARITA DE PAPEL

VOLUMEN 16

CON ILUSTRACIONES Y VI-  
ÑETAS ORIGINALES DE SANTIAGO  
ONTAÑÓN, ACABÓSE DE IMPRIMIR  
EL PRESENTE LIBRO EN LA IM-  
PRENTA LÓPEZ, PERÚ 666, BUENOS  
AIRES, EL 12 DE SETIEMBRE DE 1946.





NT 580341  
LB  
1043283

S

r



i



B



d



CONACULTA  
BIBLIOTECA DE MÉXICO  
"JOSÉ VASCONCELOS"

\$ 6.—  
m/arg.